

REVOLUCIÓN DE LAS IDEAS EN EL ARTE,
LA CIENCIA Y LA FILOSOFÍA

LIBRO I

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

ORIGEN DEL MAL



36.877

R. 18 H

25,00€

1001520865

FRXX3260

ORIGEN DEL MAL

REVOLUCIÓN DE LAS IDEAS EN EL ARTE, LA CIENCIA
Y LA FILOSOFÍA

LIBRO I

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

ORIGEN DEL MAL



DERECHOS RESERVADOS

Al doctor don Pablo Barrachina

Homenaje

El Autor

CAPÍTULO PRIMERO

FALTA DE BUEN EQUILIBRIO ENTRE LA VIDA FÍSICA, LA VEGETAL Y LA ANIMAL

I

LA solidaridad de la Vida en el planeta terrestre es general. Gira entre la Ley y el Accidente en sentido progresivo, o sea en favor de la Ley. En el medio donde domina el Accidente, la vida aparece en forma monstruosa. No puede ser de otro modo. Esta es la causa de la disparidad que ofrecen los organismos sometidos, necesariamente, en su acción y desarrollo, a las peripecias ciegas de origen.

La disparidad de la vida Vegetal se funda en la disparidad de la vida Física. Las disparidades de la vida Animal tienen su base en las que afectan a las existencias inferiores. La coordinación de los elementos primarios pone orden en los términos sucesivos.

¿Por qué tal diversidad de vegetales? ¿Por qué tal diversidad de animales? Estos dos hechos tienen la misma explicación. Se fundan en la diversidad de los elementos materiales oriundos del Caos. ¿De qué se trata? De llevar a cabo la obra de reversión de dichos elementos, pero esta obra sólo puede efectuarse merced a los organismos vivos, desde los más rudimentarios a los más perfectos. Las fuerzas motrices, causa de la transformación de la Materia por involución de la vida, están fuera de aquellos elementos desordenados. Es preciso hacer máquinas para llevar a cabo semejante trabajo. El Poder interno se ve obligado a realizarlo por los únicos procedimientos que son posibles. Se constituyen aquellas máquinas empezando por la más imperfecta... Decimos mal... Las máquinas de la Vida son perfectas desde su principio, hasta en sus formas más primitivas y monstruosas. Son como deben ser. Tienen la capacidad estricta para que su trabajo resulte útil, adaptándose al Medio del modo más conveniente.

No todos los elementos físicos o materiales pueden entrar en movimiento de reversión a merced del mismo procedimiento mecánico. De aquí se deriva la necesidad de que las

máquinas de reversión, u organismos de la Vida, sean diferentes. El caso es que por su acción y movimiento se vaya transformando la Materia para que se produzcan nuevos elementos de vitalidad que hagan posible la generación de otras máquinas dedicadas a más elevados y superiores desarrollos.

No debemos olvidar que coincidiendo con el desarrollo de las existencias orgánicas que tienen su campo de acción en la corteza o superficie del planeta terrestre, se desarrolla también la existencia del planeta mismo. Hay que atender a todos procurando que desaparezcan sus choques o bruscas diferencias.

Contemplando la vida terrena en sus accidentes, aparece, por sus desórdenes, como si careciese de orientación y sentido. De aquí se originan las dudas de los filósofos y las negaciones de los escépticos; pero penetrando en su fondo, conociendo las causas que motivan aquellos accidentes, el cuadro se ilumina con intensos resplandores y se observa, a esa luz, el vínculo de solidaridad que une a todas las existencias y se penetra en el plan general presidido por esa Lógica Suprema, que consiste en que las cosas deban ser como son y no de otra manera, sin que al llegar a este punto del

análisis racional quede ninguna incógnita por resolver.

Todos los seres cumplen su misión en la Tierra procurando adaptarse a la vida del Planeta en defensa de la propia vida. Las tremendas luchas que se establecen entre ellos no pueden evitarse. En el Plan general se atiende al objeto principal del mismo, prescindiendo de las luchas que son motivadas por la intervención que se debe al Accidente. La disparidad de los individuos de cada especie y de cada individuo no admite fronteras que los separen armónicamente entre sí. De esto se trata precisamente; de establecer los términos transitivos que operan el contraste haciendo desaparecer el choque; pero ínterin no sea posible la formación de estos elementos, el choque tiene que ser fatal como el Accidente de donde se deriva. La disparidad no produce los mismos efectos que la variedad, ni la discordancia es como la armonía.

En el Plan general se conciertan admirablemente todas las luchas. El caso es que a pesar de la Fatalidad y desdichas del accidente, la resultante se ofrezca, en conjunto, según interesa al Poder interno que todo lo vivifica.

La existencia de un ser, por extraño que esto nos parezca, nunca es, ahora, inexplica-

ble. Consideramos que si vive es porque no carece de medios de nutrición y subsistencia. Cuando no es así, la desaparición de aquel ser se hace inevitable. Averiguado esto, como que se trata de un organismo de reversión de la Vida, la verdad que se deduce hela aquí. Aquel individuo realiza un trabajo útil para la constitución de otras máquinas, porque su trabajo es de transformación y los elementos que se asimila, a la vez que le sustentan, se transforman asimismo para servir de base a otros organismos. Las especies se estancan o desaparecen cuando ya no encuentran elementos transformables y el trabajo de reversión, en aquella etapa, ya no es necesario porque se ha elevado la escala general de reversión de la Vida, o bien porque ya son otros sus ángulos de modulación y desarrollo.

Recordemos que el Planeta tiene su vida propia que se relaciona con la vida Física, la vida Vegetal y la vida Animal. Los elementos que dan desarrollo a estas existencias proceden de capas o términos del Medio Universal que pertenecen a todos los Mundos. Se forman aquellas existencias sustentándose sobre soportes de resistencia material. Estos son los que allega el Planeta hasta la partícula de mínima condensación material.

Aquí está el eje del giro que hace posible la estabilidad de la Vida sustentándose sobre bases que son materiales.

II

Estas tres vidas en convergencia, asociadas profundamente a la marcha que sigue el Planeta, se han puesto en pugna, dando lugar a los fenómenos más diversos y accidentados. Observamos que la vida humana es la que padece mayor quebranto por aquella perturbación o falta de armonía. Las enfermedades minan la existencia del Hombre... Individuos que por su juventud lozana debieran tener perfecto derecho a la vida, son despedazados por los microbios que por doquier la combaten... Se destruye y descompone nuestra maravillosa máquina por súbita enfermedad, como cosa inútil y superflua que para nada hubiese servido... El cuadro es doloroso...

Este mal inmenso no puede atribuirse a la obra que progresivamente realiza el Planeta. Interviene el Accidente como una reminiscencia del Caos de origen en el rayo, la tempestad y el terremoto. Cuando el sacrificio de la vida humana se debe a tales accidentes nada tene-

mos que objetar, ni tampoco cuando se sumerge un barco y perece toda la tripulación. Aquí los hechos son explicables. Obra en ellos la Fatalidad, que ya es necesaria como que da fundamento a la lucha, promovida por la libertad del espíritu; pero no así las miserias y enfermedades que padece el Hombre... No es lógico que las fuentes de la vida produzcan, por una parte, los gérmenes fecundos a los cuales debe aquélla su generación y, por otro, los elementos nocivos que la destruyen inmotivadamente... Esto no puede ser obra de las leyes naturales. Por el contrario, hay que fundarlo en el incumplimiento de estas leyes. Vamos a estudiar a fondo el problema.

No debemos nunca olvidar que la Muerte carece de finalidad irreparable. Nada importa que un individuo nazca y que luego perezca, sea como fuere. Otro le reemplaza inmediatamente. La Muerte no puede destruir los elementos que se emplean para realizar el trabajo total. El Accidente, como antes dijimos, sólo afecta a los términos de la serie de la Vida, haciendo que ésta obtenga, en ciertos períodos caóticos, desarrollos inarmónicos y formas monstruosas, mas no puede oponerse al curso progresivo de la serie total. Los elementos de constitución orgánica se hallan en la Natura-

leza terrestre, y su reparto y distribución, más o menos accidentada, se subordina al equilibrio, más o menos estable, que deben guardar aquellas vidas convergentes.

Este equilibrio puede interrumpirse o por exceso o por defecto de los elementos de resistencia que aporta el Planeta para que se efectúe la obra de constitución de los organismos. Puede haber, en ciertos casos, un predominio de la vida Física sobre la vida Vegetal y de ésta sobre la vida Animal, ocurriendo a veces todo lo contrario, es a saber: que haya un exceso de vida animada sobre la Vegetal y la Física. En estos vaivenes acontece que huelgan unos elementos a expensas de otros, y, como el movimiento no puede detenerse, se invierte y choca el trabajo de unos seres respecto de otros.

Creemos que no hay dificultad de comprensión en esto que decimos, pero le daremos mayor claridad con algún ejemplo. Ciertas materias en estado de descomposición exhalan olores fétidos, que nos producen una gran repugnancia. Estas mismas materias sirven de abono a los vegetales y se transforman, ayudando a la producción de exquisitos frutos o a la formación de espléndidas flores cuyo perfume nos halaga sobremanera. En

este caso, las máquinas de la vida Vegetal han invertido el giro de aquellos materiales, haciendo que el olor fétido se convierta en agradable aroma. Unos elementos se han ponderado con otros, y la resultante ya deja de ser nociva para nuestra existencia; pero si el foco de infección aumenta y los organismos se constituyen con aquellos elementos de infección, entonces se hace precisa la existencia del miasma.

III

De hecho debe comprenderse que no es de ley infalible que los tres órdenes de vida Física, vida Vegetal y vida Animal involucionen armónicamente, dado el libre ejercicio de la Voluntad humana, que obra con entera independencia de los otros dos factores que integran la ecuación total.

No hay que objetar que la vida del hombre se halla asegurada porque no puede carecer de los elementos de nutrición que son necesarios para el desarrollo de la especie. El Hombre, con sus atributos de inteligencia y libre voluntad, se ha sobrepuesto a la Naturaleza terrestre, haciendo fructificar las semi-

llas que constituyen su abastecimiento en cuantas zonas pueden hallar aclimatación. Además improvisa bosques y jardines en tierras donde, acaso, no podrían éstos crecer ni florecer, haciendo que las corrientes de agua subterráneas salgan a la superficie, convirtiéndose en manantiales fecundos. Por semejantes causas, no es posible admitir infaliblemente la armonía de la vida terrena, ya que para aceptar semejante posibilidad fuera menester el concurso de las tres vidas convergentes bajo una tónica común y obligada.

La nutrición de la vida Animal se lleva a cabo por diferentes vías. La alimentación y la respiración principalmente sostienen la llama que arde en el cerebro con luz espiritual. La respiración tiene que ser constante. La alimentación ya puede ser periódica a intervalos de tiempo más o menos largos o prolongados. La digestión es asimilación. Cuando se tiene apetito es porque la llama pide combustible para no debilitarse o apagarse. El hambre es una exacerbación del apetito. Todo esto es sabido y ha penetrado ya hasta en el vulgar conocimiento. Lo que hay, además, que tener en cuenta es que aquellos elementos de nutrición, no sólo sirven para generar la corriente o flujo de la

vida que tiene su límite serial en el cerebro, sino también para constituir y conservar el organismo, o sea el soporte de resistencia que sirve de sustentáculo para que aquellas funciones de las fuerzas vivas puedan realizarse. Así es que parte de los alimentos con que saciamos el apetito y del aire que respiramos y del agua que bebemos se utiliza al objeto de que aquel soporte no decaiga, nutriéndolo y renovándolo sin cesar, empleándose en este trabajo los elementos de mayor densidad o materialidad, aquellos cuya involución no puede operarse hasta el grado de transformación espiritual que llevan a cabo las otras sustancias concurrentes.

Estos elementos que constituyen y nutren el soporte orgánico son materiales. Se dividen en partículas microscópicas cuyos grados de giro en reversión son diferentes, variando desde la partícula de materia en completa inversión hasta la partícula de agua pura que ya ha realizado su primera etapa de reversión. Materia es una y materia es otra, como ya sabemos, pero entre una y otra se establece una escala variadísima que pasa por todos esos estados materiales que denominamos diamante, hierro, plomo, estaño, carbono, fósforo, etc.

Sucede que los elementos afines, o que se encuentran en el mismo grado correspondiente al giro de su involución o reversión, se asocian entre sí. Esta es la ley de su afinidad, constituyéndose las partes orgánicas que no difieren en su manera de ser, ofreciéndose en estados más o menos homogéneos, como la substancia ósea, por ejemplo. Ocurre también que dichos elementos, materialmente orgánicos, no son completamente iguales u homogéneos, sino que se corresponden y asocian, no por un grado igual de reversión, sino por grados de sucesión infinitesimal, formando un ángulo modulado progresivamente. En tal caso, la composición ya es otra y ofrece estados más exquisitos; estados de materia viva. La infinitud es la medula de la evolución e involución de la Vida; la soldadura universal.

Por lo dicho, podemos ver, con perfecta claridad, que la constitución del organismo humano sigue el ritmo de armonía que guardan entre sí los elementos constitutivos. Es decir, que si la vida Física, cuyo desarrollo depende de la involución del Planeta, no concurre con sus factores en la medida necesaria a la formación y conservación del organismo, la nutrición no será completa. Fla-

queará el soporte orgánico, aunque la fluxión de la vida sea posible. El caso es que las condiciones en el desarrollo no serán tan propicias, por la carestía de las partículas materiales que asisten a la formación total del organismo. Tal deficiencia viene ya iniciada en la vida Vegetal. Los alimentos que ésta produce son débiles por la misma causa. Cuando la vida Física regatea sus elementos de composición orgánica las demás existencias correlativas tienen que decaer necesariamente. La tónica precisa del desarrollo de la vida terrestre en general la da la involución del Planeta suministrando a la Naturaleza y a la Atmósfera un arsenal, que va en aumento progresivo, de elementos orgánicos de resistencia muy rico y variado, pero no inagotable en todo momento y ocasión.

De este modo de ser variado de la constitución, nutrición y conservación del organismo salen también las diferencias orgánicas, como es de comprender y suponer. No hay uniformidad de acción en el Planeta, ni los elementos materiales que al acaso se mueven y agitan, solicitando la coesión homogénea o modulada, son siempre los mismos, ni el caudal es inagotable. Cada zona tiene los suyos propios, abundando en unas más que en otras

aquéllos respecto de éstos, o bien éstos respecto de aquéllos, y traduciéndose las diferencias, luego, en la variedad constitucional del tipo de construcción, estableciendo líneas divisorias muy marcadas.

A diario observamos la gran participación que tiene el clima en la salud o tónica de nuestra vida. Experimentamos que hay siempre una región donde vivimos mejor, adquiriendo tonos más fuertes y vigorosos. No es que nos falte la vida donde la disfrutamos habitualmente, sino que baja de nivel. ¿Cuál es la causa? La que antes expusimos. Los elementos de la conservación constitucional orgánica son más propicios en el primer ejemplo. Acaso el aire se halla más oxigenado. Acaso los alimentos son más fuertes. Contienen más hierro tal vez. Ello es que por la variedad en los resultados se demuestra la variedad en las causas productoras.

Juzgando por las sensaciones que recibimos, cuando nos sentimos débiles físicamente, lo atribuimos a la disminución de las fuerzas vivas motrices, y no es así. La fuerza motriz se deriva del Medio donde reside toda causa operante. La decadencia débese al enflaquecimiento del organismo, o sea de sus elementos de resistencia que originan la determina-

ción. Pero entiéndase que tal flaqueza no se refiere sólo a las partes más consistentes o materiales, sino a toda la red orgánica, desde la materia ósea a las mallas más exquisitas y delicadas que ya son materia muy viva. Todos participan de la debilidad general, cada uno en la porción que corresponde a su grado. En el Medio determinante se halla íntegro el caudal de energía dispuesto para llevar a cabo las funciones de la máquina, pero el grado mayor o menor de esta propia energía depende de los elementos de resistencia que solicitan la determinación, actuando a la inversa, a partir del libre ejercicio de la Voluntad.

Los higienistas sólo se preocupan de la salud de los individuos, dictando reglas beneficiosas que tienden a la mejor conservación de la Vida; pero es que hay una Higiene más general que comprende al Todo, o sea a la vida de la Humanidad. No es ya el pueblo ni el hogar los que tienen que higienizarse, sino el Planeta entero. Hay que seguir atentamente el desarrollo que tiene, en conjunto, la especie humana, considerando a la Humanidad en total como si fuera *un hombre que no muere nunca*, según la expresión feliz del Sabio. De esta manera podremos percatarnos de que conforme hay enfermedades particulares o in-

dividuales, hay también enfermedades de carácter general que comprenden al Hombre, en quien resumimos toda entera la Humanidad. Las epidemias son enfermedades que este Hombre padece, al igual que las guerras constituyen los padecimientos de su alma, y claro es que, cuando su salud se resiente, débese a la falta de equilibrio que sus soportes de resistencia establecen con el Medio determinante de todos los fenómenos de la Vida, así de carácter particular como de carácter general.

Por estas verdades que cuidadosamente hemos recogido, tenemos forzosamente que admitir que los males físicos que padece el Hombre se deben a la falta de equilibrio de aquellas vidas convergentes. ¿Pero cómo se ha operado la interrupción de sus relaciones armónicas? Se hallará la causa en que la vida física no aporta en cantidad suficiente los elementos de resistencia de la construcción orgánica? Hemos de rechazar rotundamente la posibilidad de un hecho semejante. La vida del Planeta, en su progresiva involución, es la que suministra aquellos precisos elementos. Se apodera de ellos la vida Vegetal, transformándolos y combinándolos para que sirvan de base a la organización de la vida animada.

En el encadenamiento causal de estos hechos intervienen las leyes naturales actuando el Poder interno que lo anima todo. ¿Será posible que se falte por alguna existencia al Plan, progresivamente armónico, de la Creación? Con arreglo a la ley natural, haciendo uso todos los seres de los órganos genésicos de que se hallan dotados para llevar a cabo su procreación, aquella armonía no puede interrumpirse, porque si así fuera tendríamos que los resultados se sobrepondrían a las causas que los determinan, y esto no es posible.

¿Dónde, pues, se encuentra la causa de la perturbación? ¿Dónde se halla el origen del Mal? Prosigamos nuestro estudio.

CAPÍTULO II

REVELACIÓN DEL DESTINO DE LOS SERES POR SUS FUNCIONES NATURALES

I

Dando mayor concreción a las ideas anteriormente apuntadas, podemos afirmar que el equilibrio de los elementos orgánicos que constituyen la vida Animal experimenta las mismas sacudidas y vaivenes que todo cuanto nace, vive y se desarrolla en el Planeta. ¿Qué debiera ocurrir si el número de organismos de la animalidad fuera excesivo? Démoslo por hecho. ¿Qué acontece en tal caso? Que como no se producen en la misma escala los elementos de resistencia que ofrece dicho Planeta, porque éste realiza su giro de reversión sin tener en cuenta la fecundidad, mayor o menor, que puedan tener los actos genésicos, realizados, separadamente, por el libre ejercicio

de ajenas voluntades, no son suficientes para soportar con el vigor que es debido las funciones de la vitalidad. Al decaer los elementos de resistencia, los organismos se enflaquecen. El reparto justo se hace injusto, porque la distribución de los materiales que han de dar apoyo a la vida, no alcanza a satisfacer las necesidades de todos los individuos y el Accidente se sobrepone a la Ley de equidad, siendo inevitables las consecuencias que se derivan de aquella mala distribución. En este caso el trabajo de la reversión, encomendado a tales individuos, no se lleva a cabo eficazmente. La vida, que es un bien para todos, se empeora para todos. La salud es un privilegio que gozan aquellos a quienes cabe mejor suerte en el reparto. Se hace precisa la selección disminuyendo el número de los organismos. Hay que restablecer el equilibrio entre las máquinas de la vida y sus necesarios componentes. ¿Cómo se lleva a cabo esta obra de reparación?

Dijimos en otra ocasión que el misterio con que se envolvía la finalidad de los seres desaparece en el acto en que nos fijamos en los resultados que ofrece la vida de estos mismos seres. Contemplando cómo azota el Mar a lasocas en días de tempestad, decimos: ¿Por qué

tanta violencia? ¿Para qué tan rudos embates? Mas luego oímos el golpe, también brusco y violento, del martillo sobre el yunque en casa del herrero, y esto no nos produce ninguna admiración. Y, sin embargo, un sencillo axioma lo explica todo. A igualdad de causas igualdad de efectos. ¿Qué objeto guía al forjador de hierro? Ya se sabe; el de machacar, moldear y destruir, si es preciso, a la masa de hierro que se resiste a cambiar de forma. He aquí el misterio desvanecido. Eso mismo es lo que hace el Mar, obligando a que sus olas choquen contra las rocas con ímpetu formidable, para romperlas, machacarlas y hasta pulverizarlas cuanto le es posible. Tal es su finalidad. El Mar, en este caso, hace el oficio de forjador, ni más ni menos.

La Atmósfera se llena de nubes; el agua cae a torrentes sobre valles y colinas; se forman los ríos. La gota de agua horada a las rocas en las cimas de los montes, pierden aquéllas su punto de apoyo y caen rodando al precipicio. Los ríos arrastran cuanto pueden para llevárselo al Mar. ¿Y para qué todo eso? Para que la obra común se lleve a cabo. El caso es pulverizar a la Materia, primero a golpes violentos y luego mordiéndola suavemente, y hasta besándola, como hace el Mar tranquilo

con los dientes finos, para que las partes disgregadas resulten más sutiles; de manera que en viendo los efectos que produce la vida de un ser, nada tenemos que indagar ni preguntar sobre el misterio de su finalidad, porque no hay nada más claro ni más sencillo en el mundo. Lo que hace es precisamente lo que tiene que hacer, sin ningún género de distinciones ni mixtificaciones.

Siguiendo este orden de consideraciones tenemos que aceptar, fatalmente, que los microbios homicidas revelan su finalidad matando a muchos. Así es, en efecto. Esta verdad motiva la generación en nuestro espíritu de nuevas y más alarmantes dudas. Nos hallamos confusos y como extraviados en medio de un laberinto. Por una parte no podemos conceder que Dios sea ilógico en la producción de sus obras, observando la excelsa armonía que reina allí donde impera fuera de la Voluntad humana. Por otra no podemos culpar a la Naturaleza de un yerro tan profundo. Habría que considerarla como Madre que devora por placer a sus hijos. Y por otra tampoco podemos conceder que el microbio deba su existencia a una generación espontánea cuya finalidad no sea la que indica el propio microbio por a función destructora que realiza. El hecho es

que la fuente origen del Mal permanece oculta todavía a nuestras miradas.

Para salir de este dédalo confuso vamos a cogernos al hilo de la Lógica. Consideremos en primer término que Dios no puede equivocarse. Que la Naturaleza no tiene más que un manantial de donde sale la Vida armónica, fuente de agua dulce y no amarga y venenosa. Consideremos también, por último, que el microbio homicida realiza la obra que debe realizar. Veamos hasta donde nos conduce el desarrollo de esta lógica.

Aceptemos que el microbio nace para destruir a los organismos que sobran, o para que caigan los que están mal organizados. El caso es restablecer aquella ley de necesario equilibrio. Tienen que vivir sólo los que puedan vivir en buenas condiciones; porque la vida, mal sustentada y peor retribuída, es un mal. La justicia no consiste en que vivan muchos a la vez, sino en que vivan de modo que no se perjudiquen mutuamente. ¿Cómo se consigue esto? Restringiendo el número.

¿No parece esto cruel? Al parecer sólo. En el fondo no puede ser más justo, y, si se quiere, más bondadoso; como que la Justicia y la Bondad pertenecen a una misma mano. Lo cruel fuera que se llenase el Mundo de

seres enclenques, miserables, hasta agotarse por consunción la Raza humana, sufriendo las angustias y dolores que se producen por la falta de equilibrio entre el organismo y sus componentes. ¿No fuera mejor que se impidiese su génesis evitando los frutos de la procreación? Esto es absurdo. La Voluntad ha de ser libre en el acto genésico como en todos. No siendo así dejaría de ser Voluntad. Hay que dar plaza a todos.

¿Pero esta acción homicida de los microbios, cómo se cumple? Nosotros podemos realizar actos injustos, funciones arbitrarias, por error unas veces, por falta de elevación espiritual, otras; pero todo aquello que se halla separado de la esfera de nuestras acciones y se lleva a cabo sin nuestro consentimiento, cuando no se malogra por el Accidente, se cumple en forma de Ley, sin arbitrariedades de ninguna especie. La formación de los microbios se debe a las mismas causas que operan el desequilibrio. Son hechos correlativos.

II

Los microbios homicidas se forman en todo tiempo y ocasión; pero las circunstancias y

elementos constitucionales no son siempre los mismos. Desde luego puede comprenderse que, para que lleven a cabo su oficio y se conviertan en máquinas microscópicas de destrucción, tienen que ser muy fuertes. Fijémonos en que la lima de acero se *come* al hierro y hasta al mismo acero. La sierra del propio metal corta a los metales. El taladro los perfora. Estos resultados se deben a la forma y al giro. No hay que pensar mucho para comprender que no es posible asociar un destello de fuerza motriz tan vigoroso y activo a un organismo tan pequeño, como no sea a merced de un soporte de gran resistencia material, tanto más acrecentado cuanto mayor pequeñez ofrezca dicho organismo. Es decir, que por esta Ley los microbios de menor tamaño son los más virulentos y mortíferos. Así lo prueba la experiencia. Debiéndose la formación de estos seres a organismos de tal resistencia, claro es que han de ser muy materiales, y, por tanto, sus formas se separan de la suavidad que ofrecen las partes esféricas que allegan los elementos de fuerza natural. Se hallan armados de dientes como la sierra, y de arrugas como las limas de acero.

Esta constitución orgánica no es muy per-

durable. La labor más perfecta y duradera de la vida requiere elementos de sociabilidad y afinidad, unidos por la medida de la infinitud. Así las fuerzas concentrativas del Medio los casan dándoles vínculos de gran cohesión, mas para esto se requiere que modulen las formas suavemente y que éstas sean partes moduladas de esfera, círculo y radio. Por tal motivo los microbios viven muy poco tiempo, deshaciéndose sus organismos con facilidad, a causa de que carecen de aquellas afinidades de cohesión orgánica que hacen más estable la vida, debido también a las formas intrincadas que la constituyen; pero esto no es óbice para que su acción destructora se lleve a cabo como cumple a su finalidad.

Estos obreros infatigables se generan al descomponerse aquellos órganos y miembros y cuerpos que quedan sin vida. Es preciso que los elementos que los constituyen se reintegren al laboratorio Atmósfera y prosigan su trabajo, aportando nuevos elementos de resistencia a la labor común para que la formación de los organismos no se interrumpa y con objeto de que no falte aquel equilibrio de que ya nos hemos ocupado.

III

Fijémonos en este hecho vulgarísimo. Allí donde falta la limpieza no tardan en asomar los insectos..., los parásitos. Bien mirado, en el fondo, la Higiene se cuida de que nunca falte la armonía entre el Medio y el individuo para hacer determinada y posible la salud, hasta donde lo permitan las irregularidades y oscilaciones del Accidente. La limpieza, lo mismo en la persona que en el recinto donde se vive, tiende a eliminar los obstáculos que entorpecen aquellas relaciones de buena adaptación. Por manera que la existencia del parásito con todas sus formas de vida repugnante, tiene que atribuirse, por necesidad, a las causas de carácter general que hemos referido. He aquí la Ley de generación de todos los seres enemigos de la salud. Podemos calificarlos de seres intermediarios o estancados, puesto que viven a expensas de elementos de vida que huelgan o que son ociosos. La falta de limpieza reviste a los organismos de esos elementos malsanos o que no se adaptan a su natural modo de ser; pero un organismo es un núcleo de fuerza que tiene también su atmósfera, donde hay

irradiaciones de fuerzas muy activas, y estas fuerzas se combinan con aquellos elementos ociosos, dando lugar a formaciones orgánicas de giros irregulares contrariamente modulados a los giros armónicos que corresponden a la vida que sigue otro plan de organización. Siempre acontece que al Medio determinante se debe la generación de los seres determinados. Un hombre limpio y otro descuidado en el aseo, se relacionan ambos exactamente con las causas determinantes. Por eso calificamos de seres intermediarios o parasitarios a cuantos huelgan en la buena marcha y conservación de la vida.

Según ya expusimos, los daños que producen estos seres, de toda contextura y linaje, débense a que el giro de sus soportes orgánicos se halla en oposición al giro bien ordenado de las existencias en general, por lo mismo que la falta de aseo se halla en oposición con el buen régimen que debe seguirse para obtener la limpieza. Todas las cosas se corresponden armónicamente entre sí. La disparidad de estos giros, al ponerse unas y otras existencias en contacto, produce los males que tanto afligen a la especie humana, así mayores cuanto que es mayor aquella disparidad.

Tales consideraciones nos conducen a esta

síntesis. La presencia del parásito se debe a elementos malsanos que ejercen su influencia en un medio o atmósfera que pudiéramos llamar individual; y de ahí podemos deducir que la presencia de los microbios homicidas epidémicos se debe a elementos malsanos, que ejercen su influencia en el medio atmosférico en general. La extensión de las causas obedece a la amplitud que se observa en los resultados.

La Ciencia médica consigue, en muchos casos, oponerse a la acción destructora de los microbios. ¿Y cómo? Por medio de las inyecciones que preparan la inmunidad. Sabiamente, mas sólo por deducciones de orden experimental, la Medicina halla remedio cultivando en el organismo humano, por medio de formas atenuadas, aquella misma vida de giro irregular. Nosotros ya podemos dar la Ley. Tales giros se hallan muy opuestos, según ya hemos manifestado, a nuestra forma constitucional orgánica. Pertenecen a otros ángulos de modulación. ¿Y qué se consigue por medio de aquellas inoculaciones? Interponer entre los seres ofensivos intermediarios, otros seres subintermediarios cuyos giros no se hallen ya tan opuestos. Así se constituyen ciertos términos de sucesión modulada que atenúan los efectos destructores de los giros más

opuestos, estableciendo una gradación, correlativamente ordenada, para que no se interrumpa, tan bruscamente, la adaptación del individuo al Medio.

Calcúlese del efecto interno que debe producir en el organismo humano la intrusión de microbios que giran desordenadamente actuando sobre órganos de opuesta formación y resortes de mayor delicadeza. ¿Quién resiste a semejante aluvión? Los organismos mejor constituidos, que son los más fuertes. Los enemigos lo invaden todo. Llevan sus garras, y, como los malhechores, prueban a meterlas por todas las cerraduras que encuentran. Los hay que nada pueden contra un órgano determinado, o porque éste se halla en buen estado de resistencia, o porque el microbio no está *armado* convenientemente para producir la destrucción que apetece, pero como son tan diversas y tan diferentes sus armas y estructuras, al fin unos encuentran donde morder y otros donde lesionar o hacer daño, aprovechándose de la menor debilidad que les ofrece el órgano, unos atacando a los pulmones, mejor dicho, encontrando en ellos carne propicia, otros el corazón, otros las células nerviosas, etc., etc., según su condición, linaje y estructura.

¿Cuáles son los resultados que se obtienen con la general invasión? Aquí volvemos a plantear la cuestión de la finalidad de los seres ¿Destruyen? Pues he ahí, exactamente, su misión. Destruir... Esto es lo que se proponen y lo que efectivamente consiguen, sin remilgos sentimentales de ninguna clase. ¿Y qué objeto tiene, en tal caso, la destrucción? Uno que es tan luminoso como todos los demás. Se trata de desfacer los entuertos del Accidente, incluso los que se producen por los yerros de la Voluntad humana, y contra el Accidente no se puede obrar de mejor manera. Este es causa de las imperfecciones que resultan en los desarrollos de la vida orgánica, porque es más claro que la luz que brota en el fondo de nuestro cerebro, que la Ley de formación; en lo que al impulso generador de la Vida se refiere, es perfecta *en sí*. La obra se hace para que resulte como al pensamiento de la Creación conviene, pero el Accidente la malogra, y estos son los yerros que hay que corregir y los entuertos que hay que enderezar.

De otra suerte la especie animal, sobre todo la humana, que se deja arrastrar por sus pasiones, acabaría por cubrir la tierra de seres enfermos y macilentos, con órganos de

pobrísimo vigor, haciendo todos vida de Hospital y no de animación, trabajo y alegría, como cumple al destino de todos los seres en la gran Fábrica, que es a la vez morada espléndida y jardín luminoso, a la cual damos el nombre de Universo. ¿Será esta fuente del Mal precisa para que no se agote la especie humana y se convierta el Planeta en un vasto cementerio?

IV

Todo se halla previsto en la máxima Sabiduría. Contra esa invasión general hay un ejército de obreros que dentro del organismo defienden la conservación de la vida. ¿Y para qué? Para defenderla; esto es. ¿De que se trata? De que caigan los órganos pobres de acción o mal constituidos, pero no de que sucumban, del mismo modo, aquellos otros que reúnen excelentes condiciones para seguir viviendo. Los enemigos invasores nada respetan y acabarían por destruirlo todo sin tener en cuenta privilegio alguno, ni títulos que dan derecho a la vida, ni consideraciones de estirpe ni clase, ni distingos de ninguna especie. En una palabra, así destruyen lo bueno como

lo malo, y esto no debe maravillarnos. ¿No matan los hombres injustamente a otros en muchas ocasiones? Pues si esto hacen los que tienen capacidad mental para establecer líneas divisorias entre lo justo y lo injusto, ¿qué puede exigírseles a los que carecen de ella por completo? Desdicha semejante se interpreta en esta forma. Los defensores de la Vida consiguen su objeto hasta donde lo permiten las condiciones de resistencia del órgano que defienden. Si éste resiste, la plaza así defendida por valerosos soldados, vence en la lucha y rechaza la agresión, pero si el fortín se desmorona, la guarnición también sucumbe. La finalidad se cumple. La tasa se hace debidamente. La obra de destrucción realiza su objeto convirtiéndose en golpe de sana eliminación, porque si una plaza cae, sobre hallarse tan bien defendida, es porque debe caer, salvo las excepciones rudas del Accidente, cuando éste todo lo arrolla, lo bueno y lo malo, y a cuyas demasías no puede oponerse, en este modo de ser tan azaroso de la Vida terrena, el Espíritu universal que a todos alienta y por todos vela.

Los organismos tienen que descomponerse, porque no hay evolución posible capaz de realizar ese trabajo, y se descomponen a la

inversa, o sea con giros contrarios a los que se realizan para constituirlos y darles desarrollo. Todo cuanto se deshace gira a la inversa de como se ha hecho. Por eso producen tanta repugnancia en el organismo que invaden, porque aquellos giros no casan con ninguna de las partes orgánicas. He ahí aplicada la causa sensacional del hedor que producen, que es una forma de expresión que tiene aquella repugnancia.

Nada hay más hermoso que el estudio de estos giros que ofrecen los hechos, apareciendo algunas veces tan ilógicos o enrevesados, que hacen dudar al espíritu a expensas de la sabia Ley infinita, como si todo el Universo fuese un *Caos* y cuantos seres lo pueblan juguetes del capricho del Gran pensamiento director. Cuando llega este caso hay que recogerse profundamente. Hay que tomar luz que desvanezca las sombras con que se envuelven los hechos, y con más penetrante mirada se ve entonces que no hay hecho alguno, ni muerte, ni maldad, ni crimen que sean inexplicables... Todos se revisten de una aureola diáfana y pura. Allí está la Verdad.

Los gérmenes putrefactos que salen del estiércol hacinado y de los organismos en descomposición, se convierten en delicados per-

fumes. ¿Cómo? Invirtiendo el movimiento; los giros negativos se hacen positivos. Para eso están las máquinas u organismos de la vegetación, que tienen palancas y engranajes y resortes de mayor resistencia que cuantos puede ofrecer la máquina humana. Estos se encargan de la realización de aquel trabajo. Los pétalos de las flores que caen marchitos sobre la tierra de las macetas, y que al aire se pudren y son nocivos, sepultos allí, en aquella misma tierra, sirven de fértil abono a la planta, y los elementos desorganizados vuelven a la flor, no para envenenarla, sino para robustecerla, acrisolar su vida y hacer más intensos sus colores, dando aumento a su caudal de aroma y hermosura.

He aquí, pues, que la vegetación corrige los males que acarrea el exceso de las máquinas destructoras del organismo.

V

No hay que objetar tampoco, que si fuese hacedero poblar de bosques la Tierra, no podrían formarse las regiones de microbios homicidas. Esta objeción, oculta en el fondo, otra gran verdad, que se asocia admirablemente

a las anteriores. Veámoslo. No es hacedero poblar de bosques la Tierra porque ésta es la que tiene que suministrar los materiales que se necesitan para llevar a cabo la construcción orgánica de la vida Vegetal, a no ser que se crea, absurdamente, que los organismos se forman por arte de magia o encantamiento, y que las substancias orgánicas se deben a un *maná* milagroso. Por manera que el número de estas substancias orgánicas se va desarrollando conforme a la involución que realiza el Planeta. El abastecimiento es limitado y la vegetación se halla supeditada a los elementos de vida que la soportan y hacen posible. En el origen, antes de la aparición de la vida Animal, descartada la obra del Accidente, que acciona por fatalidad, debió establecerse el natural equilibrio entre ambas existencias: la Vegetal y la Física. Al cabo, ¿qué son los vegetales? Máquinas que llevan a cabo la reversión de las substancias muy materiales para que giren y se transformen en otras substancias más exquisitas y delicadas. ¿Y para qué? Para que se haga posible la construcción orgánica de la vida Animal. La Tierra no puede abastecer al Laboratorio, directamente, de los elementos de construcción que aquélla necesita, y los vegetales se encargan de realizar este trabajo. La

vida es cooperativa, y unas existencias dependen de otras, formando la serie causal que las determina, enlazándose todos los eslabones sucesivamente para que pueda formarse la total cadena.

Cuando en la Naturaleza se hallan ya contenidos los elementos de construcción que se hacen precisos, aparecen las primeras formas de la vida Animal, que necesariamente han de ser muy toscas en el primitivo origen. No tiene que haber gran diferencia entre un vegetal y un animal, así como la primitiva vegetación no difiere en gran manera de los tipos materiales de la vida Física. ¿Cómo progresa la cadena? Aumentando el número de sus eslabones y perfeccionándose éstos a la vez. Los animales inferiores constituyen nuevas escalas de reversión de las substancias orgánicas, las cuales ya pueden servir de base a la construcción de organismos superiores dentro de la vida Animal. En el progreso más perfecto de la serie se halla comprendida la vida humana. Pues bien: despojemos al Hombre de la libertad que goza para llevar a cabo así los actos buenos como los malos, y pongámosle al servicio de la Naturaleza. ¿Qué ocurriera en tal caso? Que el equilibrio entre la vida Física, la Vegetal y la Animal, alcanzaría en lo posible su gra-

do más perfecto. ¿Por qué razón? Porque el desenvolvimiento de todas ellas se verificaría paralelamente, con exacta sujeción a los elementos de base que determinan la involución del Planeta. El Hombre carecería del don precioso de la Libertad. Sería un irracional, pero su constitución fuera más robusta y no tendría enfermedades, porque su adaptación al Medio se verificaría por Leyes de natural constitución y desarrollo impuestas por el propio Medio. Aun ahora puede observarse que los animales libres en la Naturaleza, no tienen tales padecimientos físicos, aunque les acosen el hambre y la sed, por otro orden de explicaciones.

A nosotros nos parece que todo es lo mismo... Que hay una atmósfera muy grande y muy ancha para contener cuantos elementos respirables necesitamos, sin advertir que a pocos kilómetros de elevación ya no se respira, ni tener en cuenta que las partículas más materiales de la construcción orgánica no viajan tampoco a grandes alturas... Que lo mismo da que sepulremos a los cadáveres como que llevemos a cabo su descomposición por medio del fuego, devolviendo, rápidamente, a la atmósfera, aquellos elementos de que tanto carece... Que así importa que plantemos viñas como naranjos..., etc., etc.

Seguramente que ya debe haberse comprendido la enormidad de semejantes errores que afectan a la gran Higiene que debiera servir de régimen a toda la Humanidad. Si plantamos muchas viñas ¿qué sucede? Que asoma la filoxera para restringir el número excesivo. Digamos aquí, como antes: ¿Qué hace la filoxera? Ataca a los viñedos y destruye las cepas. Pues eso es precisamente lo que tiene que hacer. No podemos nunca equivocarnos, y lo propio decimos de las enfermedades que aquejan a los naranjos y de otras formas de vegetación, cuyo origen y crecimiento son debidos a la mano del Hombre. Cierto que no es posible coartarle en el libre ejercicio de su voluntad; pero tampoco fuera justo, ni hacedero, que el Hombre se opusiera con sus actos al Plan general de involución de la Vida que comprende a todas las existencias. Por manera, que, aunque nos empeñásemos, todos los hombres juntos, en hacer de toda la tierra que hay de sembradura, un plantío de viñas o un jardín de flores, por ejemplo, no lograríamos nuestro objeto. La filoxera nos saldría al paso, y con ella otras formas intermediarias de la vida que acusan el desarreglo y el desorden que nosotros introducimos en la vida organizada por las Leyes naturales.

CAPÍTULO III

CAUSA PRIMORDIAL DE LAS ENFERMEDADES

I

No debemos dar por agotada la tesis que nos sirve de estudio. Es tan fecunda, que la Ciencia médica tendrá que servirse de un tratado muy extenso para desarrollarla como merece. A nosotros nos incumbe, sólo, la revelación de los hechos que tienen carácter general sin descender a las particularidades que nutren el cuerpo de la Ciencia. La ley de mayor generalización que nos ha sido revelada es esta: *Los gérmenes orgánicos que se estancan se descomponen y organizan de un modo que es contrario al giro de la vida en circulación.*

Decir vida en circulación, quiere decir vida en renovación constante. Si ésta falta, la vida no circula, como es consiguiente. La ley es tan

general que hasta puede aplicarse a la vida que propiamente pertenece al Espíritu. Podemos afirmar, en consonancia, que: Las ideas estancadas se organizan de un modo que es contrario al giro de las ideas en circulación.

No es menester que nos extendamos en grandes disquisiciones para dar por legítima la obtención de aquella Ley. Cuando la vida se estanca se pone en pugna con ella misma, ya que la renovación constante de todos los elementos que la componen se hace necesaria. ¿En qué se funda esta necesidad? En que la vida es fluxión, o corriente, de substancias que se transforman por grados. De ahí se sigue que a la vida no ha de faltarle abastecimiento, de lo contrario se extingue, como acontece con la vela que arde y se apaga, así que se consume la substancia que la nutre o alimenta. Tal es la Ley general de la Vida en lo que se refiere a los organismos constituidos, como máquinas que se encargan de operar la reversión de aquellas substancias merced al impulso intenso del Medio al cual sirven aquellos organismos de soporte o punto de apoyo para que la tal corriente o fusión, pueda establecerse, alcanzando esta misma ley a los gérmenes orgánicos.

La Vida Universal tiene dos movimientos,

opuestos: uno que acciona en demanda del Espíritu, otro que tiende a la Materia. Nosotros venimos de la Materia y al Espíritu vamos no por propia voluntad, sino impulsados por el Poder interno que todo lo anima y vivifica. Este es el que dirige y desarrolla la Vida por involución en todo el Universo, que puede ser considerado como un inmenso círculo por cuyo fondo interno corre la savia universal de la Vida. Cada elemento orgánico es otro círculo, o digamos un pequeño universo, escondido a nuestras miradas, por donde también circula la misma savia. Se unen muchos de estos círculos y se forma otro círculo mayor. Este es el organismo humano, universo medio entre aquellos dos universos. El flujo que corre por dentro, es el que sostiene la vida de todos los seres. Los cuerpos se mantienen erguidos por esta causa. La vida es una constante excitación. ¿Qué ocurre cuando este flujo se extingue? Que se rompen todos los círculos de fuerza que atan al Medio a los organismos. Los elementos orgánicos tienden a la Materia o movimiento de origen. Se hacen retrógrados y se disgregan unos de otros, para organizarse a la inversa. El Medio ya sólo los contiene por uno de los extremos del círculo de fuerza que se ha roto, y en

parte se desligan del curso progresivo de la Vida universal; así es que se convierten en seres parásitos o detenidos en su marcha, sin que por su interior circule como antes aquel flujo vital. Ciertamente es que viven pero con vida estancada que se sale de las leyes naturales. Son como cabos sueltos de la vida bien organizada. Para que recuperen el giro directo hay que unir los dos extremos del círculo. Esta es la función que realiza la vida Vegetal, pero si aquellos parásitos permanecen mucho tiempo estancados, entonces se estacionan para siempre, porque ya se ha roto, también, para ellos el gran círculo de la Vida Universal. Entonces hay que eliminarlos y la Naturaleza se encarga de hacer la selección; sólo que esta labor es muy lenta y aquéllos constituyen el pesado lastre que dificulta la marcha regular y armónica de la vida bien organizada. Estos son los retrógrados o parásitos de la Naturaleza. Estos son los cadáveres vivientes. El organismo completamente inanimado no tiene plaza en el Universo. Hay que vivir de todos modos, o con el impulso general de la Vida, en conjunto, o con el impulso propio que es contrario a la Vida conjuntiva.

Nada existe que no tenga su lógica explicación, por más que no siempre se obtengan

los datos que son necesarios para que pueda explicarse lógicamente. Si no existiera esa Ley de oposición entre las dos funciones, la directa y la inversa, una que se condensa hacia la Materia y otra que se irradia hacia el Espíritu, no podría llevarse a cabo la descomposición de los organismos y se cubriría el Universo de cadáveres. Como antes dijimos, la vida por irradiación tiene su manantial oculto en una corriente interna que todo lo anima y vivifica. Para vivir hay que beber en esa fuente oculta; pero se puede vivir de dos maneras. Para vivir y dar vida a los demás, y para vivir únicamente para sí. El primer género de vida es el género de vida universal. El ser que vive de este modo acude a la fuente, no sólo para satisfacer su sed de vida, sino para ofrecer su contingente de vida, convirtiéndose en uno de los innumerables afluyentes que van engrosando el río hasta que ya es un Océano.

El segundo género pertenece a los seres que acuden a la misma fuente, para vivir a expensas del fecundo manantial. Tales son los parásitos. Aquéllos son como círculos por donde corre el flujo vital sin detener su curso. Estos son como circuitos donde se estanca la corriente. Así es que se hallan desvinculados

de la general irradiación, que va progresando en actividad y movimiento, dentro de las leyes naturales. Para vivir bien no hay que ser altruistas ni egoístas sólo, nutriendo la vida con el patrimonio ajeno. Es preciso corresponder, en la misma medida, a los bienes que se reciben del ajeno patrimonio. Así queda la balanza en el *fiel* y así es como se establece el círculo.

El daño está en que la vida parasitaria, con todas sus diversas y numerosas legiones de invisibles micodermas y microbios, quiere recuperar el derecho que ha perdido al quedar estacionada, sumándose a la vida que circula progresivamente. No se funda su instinto en el daño que produce, sino en el ansia instintiva que siente todo ser animado, induciéndole a formar parte del conjunto armónico; pero al sumarse a los órganos bien constituidos, sus giros inversos no casan con los giros directos, y entonces producen la enfermedad y hasta la muerte, rompiendo aquellos círculos orgánicos por cuyo interior circula el flujo de la universal corriente. ¿Pero qué fatalidad les separa de la vida en aquella forma? Volvemos al magno problema. Esto no puede ser obra de la Equidad Suprema.

II

Cuando los gérmenes se localizan, substrayéndose al movimiento general orgánico, como tampoco pueden permanecer ociosos, porque no hay elemento que pueda holgar en ninguna situación ni en escenario alguno del Universo, se descomponen para organizar la vida a la inversa. Nada hay que deba sorprendernos en este caso. La vida estancada es opuesta a la vida en circulación, y, naturalmente, sus formas orgánicas tienen también que invertirse poniéndose en oposición. Esto es lo que ocurre cuando el agua se estanca. Los gérmenes que circulan por la atmósfera son retenidos por el líquido y se estancan, produciéndose aquel fenómeno que nosotros atribuimos al agua creyendo que ésta es la que se corrompe. Se forman los miasmas, que son formas orgánicas de la vida invertida, según hemos manifestado, y estas organizaciones son tóxicas, en mayor o menor grado, para la salud cuyo giro es directo.

¿Cómo se efectúa la inversión de estas existencias? De un modo que es también muy explicable. La vida, así organizada, carece

de fluxión o de corriente. Se halla adaptada al Medio en función directa, o sea de menor a mayor condensación, y sabido es que todo ser bien organizado tiene que adaptarse al Medio, en función inversa, ofreciéndole resistencia porque de lo contrario el Poder interno no puede apoyarse en tal organismo para realizar su trabajo, por el cual se establece la fluxión o corriente de que hicimos mérito. Así es que todo se halla contrapuesto, ofreciéndose aquellos seres invertidos de obstáculo entre el referido Medio y los otros seres que son armónicos, intermediándose entre ambos con peligro de destrucción para estos últimos. Más aún. No pudiendo realizarse en ellos el giro de circulación de la Vida, este giro se produce en sus organismos. En los seres bien organizados la fluxión o corriente de la Vida es la que circula o gira. Por el contrario, en aquellos otros, son los organismos los que giran. Todo se halla en consonancia. El organismo es el pedestal de que se sirve el Medio para transformar, dividida en partes, a la Naturaleza, mas para esto tiene que haber abastecimiento de sustancias variables renovándose de continuo. Si faltan estas sustancias por estancamiento de los gérmenes orgánicos, aquel pedestal ya huelga y gira

para no permanecer ocioso, invirtiéndose el orden natural de la Vida. A la inversa, cuando se ofrece como cuerpo de resistencia, entonces circula la fuerza en fluxión. Tal acontece en los cuerpos organizados cuando mueren. Aquellos materiales se estancan. Y ¿qué sucede? Que se descomponen, apareciendo las larvas y los gusanos, cuyos organismos giran también desordenadamente, ofreciendo la imagen de los giros que realizan los microbios, ocultos a las miradas en los senos invisibles que los cobijan.

El veneno en la vida Física, el miasma parasitario en la Vida vegetal y el microbio en la vida Animal, con su variedad inmensa, deben su formación a este orden de causas. Constituyen los principios alterantes de la salud hasta producir la muerte en muchos casos, cuando se ponen en contacto con los organismos de constitución opuesta. Inoculados en la sangre, por ejemplo, la alteran produciéndose la fiebre, que es una consecuencia de los choques que se operan por semejantes giros opuestos. Unos elementos chocan con otros y se eleva la temperatura, como ocurre con todos los cuerpos que se ponen en contacto, agitándose a merced de contrarios impulsos.

Apliquemos, ahora, esta misma Ley a la tesis que estábamos desarrollando, la cual comprende a la vida entera del Planeta y a la higiene de toda la Humanidad.

Afirmamos que donde hay hacinamiento de hombres aparecen los seres intermediarios o parásitos. ¿Por qué causa? Porque se infringe la ley de precisa y urgente renovación. El aire es insuficiente. No proporciona el oxígeno necesario. Cada individuo se ve imposibilitado para acudir a su aseo con la prontitud debida. Se confunden los alientos..., etc., etc. En suma, que se estancan los elementos orgánicos. El estancamiento es correlativo a la falta de renovación y la Ley se cumple.

Lo mismo ocurre cuando se pretende que en muchas zonas prospere el viñedo, aprovechando el ejemplo que antes expusimos. Viajan por la Tierra, el Mar y el Aire todos los elementos de la renovación necesaria al objeto de que la fluxión de la Vida no se interrumpa ni degenera en ningún organismo, en cantidad variada para que puedan aquéllos utilizarse y nutrir a todas las existencias, que también son muy variadas, repartiéndose entre ellas equitativamente. No es lo mismo atender al viñedo que a la huerta sembrada de hortalizas o al jardín matizado de flores.

Cada planta, cada legumbre, cada flor, necesita elementos de nutrición adaptados a su naturaleza, y como ésta es distinta, aquéllos tienen que ser también diferentes. Ahora bien; si todo son viñas, o todo son legumbres, o todo son flores en los campos, ¿qué resulta? Que se interrumpe la ley de la equidad, productora de la vida bien organizada. Resulta que la Naturaleza no puede proporcionar los elementos apropiados para aquel género unísono de vegetación, la cual ha tomado exagerado desarrollo sólo porque así place, en muchas ocasiones, a la voluntad del Hombre, teniendo en cuenta que cuantos agentes producen la vida Física no obran de común acuerdo con aquél, sino siguiendo las leyes generales de la vida en involución que comprenden a todos los seres, lo mismo a las plantas que crecen en los jardines que a las cepas de los viñedos y a las legumbres de las huertas. El pan de la nutrición tiene que repartirse bienamente entre todos.

¿Y qué sucede cuando falta esta justa ponderación? Que se estancan los elementos excesivos y que los que debieran constituir la renovación no son suficientes para llevarla a cabo con la prontitud que se requiere, enfermando también los organismos que la nece-

sitan. Un organismo estancado es un organismo enfermo, llámese cepa, llámese flor, llámese legumbre... Total, que aparece la filoxera cuando es viñedo el que sobra. ¿Y a quién ataca? No a las flores ni a las legumbres, sino a las viñas. ¿Y por qué a las viñas? Porque en ellas se encuentran organismos que se han estancado y se hallan, por consiguiente, enfermos. Así es que hay que destruirlos. ¿Y quiénes se encargan de hacerlo? Precisamente se erigen en ejecutores de esta necesidad los seres cuya resistencia se ha invertido por aquella misma causa. Del fondo del propio daño sale inmediatamente el remedio.

Apliquemos este mismo orden de consideraciones a la vida humana y daremos al punto explicación de las causas que producen la génesis de los numerosos enemigos que tienen la vida y la salud del Hombre.

III

En general, y conforme a lo que ya tenemos expuesto en muchas ocasiones, la falta de salud, a la que damos el nombre de enfermedad, siempre se debe a una misma causa de origen. Al quebranto de las relaciones ar-

mónicas que el individuo debe sostener con el Medio en función inversa, ó sea de resistencia. Así que el organismo se debilita, por estancamiento o por otra causa deprimente, ya no puede resistir al Medio con el vigor necesario y se interrumpe el ajuste o ponderación que la buena función requiere, de modo que puede ser más o menos grave en relación con las causas productoras. Cuando esto ocurre, los elementos orgánicos, externos o internos, que más prontamente ceden al Medio se descomponen, como es sabido, invirtiendo su modo de ser orgánico. Esta es la vida intermediaria que suple a la falta de aquellas relaciones y que se revuelve contra la piel, la célula, la vértebra, el miembro, el hueso..., etc., que no pueden resistir al Medio, para desaparecer cuando aquellos órganos recuperan su fortaleza, o para destruirlos si persisten en su debilidad.

Pulid una hoja de acero y, expuesta al aire, pronto veréis que el robín tiende a cubrirla de manchas rojas. La limpidez de aquella superficie no puede resistir al Medio, y el robín se encarga de demostrarlo atacando al propio acero; pero si previamente lo cubrimos de una ligera capa de aceite, la hoja ya no pierde su pulimento, porque la grasa se interpone

como un preservativo contra los efectos alterantes del aire. Esto mismo ocurre con las enfermedades, en número variadísimo, que padecen los vinos. Si se empobrecen y debilitan por falta u oxidación del alcohol que los vigoriza, pronto decaen y aparece la vida intermedia en forma de *micoderma*. Todo cuanto se veía lleno de sombras, antes de conocer la causa de tales fenómenos, se ofrece, ahora, a nuestro examen, con diáfana claridad. La herida que se infiere a la piel presenta un nuevo caso tan luminoso como los anteriores. El tejido carnoso lesionado cede al Medio en aquella parte donde se debilita la resistencia orgánica, y aparece el pus, que es la forma intermedia que corresponde al quebranto sufrido. La Medicina antiséptica es, en el fondo, lo que el aceite a la hoja de acero pulida. La cuestión estriba en interponer unas u otras sustancias que resistan al Medio, supliendo la falta que acusa la debilidad del órgano.

Las oleadas de microbios que invaden la atmósfera en las epidemias, no se producirían si la Humanidad en general no se hallase debilitada y enferma. El giro del movimiento orgánico sirve como de vehículo para que aquellos microbios puedan emigrar de unas a otras zonas en demanda de órganos a quie-

nes destruir y de inexpertos a quienes aleccionar. Aquí debemos hacer presente que la vida de estos seres intermediarios es muy efímera. Las oscilaciones de sus organismos impiden la estabilidad que hace duradera la existencia, pero esto que aniquila al microbio individualmente produce su mayor desarrollo en conjunto, porque se organizan y desorganizan con gran facilidad y rapidez allí donde encuentran gérmenes propicios que han de ser de la misma naturaleza, o sea de vida también parasitaria.

Esto es debido a que las sustancias componentes no se transforman ni consumen en la producción del flujo vital, porque ya sabemos que en tales organismos esta corriente se estanca y no circula. Si se acumulan tales sustancias, entonces aumenta de un modo copiosísimo la homicida grey; mas si no encuentran gérmenes propicios y las zonas que recorren se hallan bien limpias y desinfectadas, pronto desaparecen dispersos y arrastrados por el general torbellino que los repudia y destruye con la acción de su giro, contrario a la aglomeración de semejantes existencias. Siempre resulta que la aparición de la vida intermediaria, acusa la falta de orden en los elementos que sirven de sostén a los or-

ganismos. Nosotros creemos, equivocadamente, que en el origen los microbios producen la enfermedad, y de este error tendrán que sanarse las gentes. Los microbios vienen cuando, por causas ajenas al cumplimiento de las Leyes naturales, se falta a la Higiene en el concepto más amplio que podemos atribuir a esta ciencia, interrumpiendo las relaciones que todo ser vivo debe sostener con el Medio. En principio el microbio, como efecto, es debido a una causa; pero los términos se invierten, y en el contagio la causa cede su lugar al efecto.

He aquí la magna cuestión para el Médico cuando le toma el pulso a un enfermo. Tiene que descifrar la misteriosa clave, averiguando si la enfermedad que aqueja al paciente es de causa o efecto... En el primer caso el gran problema de restaurar su salud no se resuelve del mismo modo que en el segundo. No se le sana, matando al microbio. ¿Por qué? Porque del propio enfermo salen los gérmenes productores de la enfermedad. Hay que matar al enfermo, y de esto ya se encarga la Naturaleza, puesto que, humanamente, no debe matar. el Médico, aunque bien pudiera llegar un día, de más elevación moral, en que el Médico y la Naturaleza operen de común acuerdo. En el

segundo caso, cuando la enfermedad es efecto y no causa, cualquier remedio que haga imposible la vida intermediaria del microbio, basta para curar al paciente.

Hay que tener en cuenta que la causa y el efecto giran con suma facilidad, invirtiendo sus términos de acción y desarrollo. Cuando es causa, el paciente da generación al microbio. Cuando es efecto, el microbio da generación al paciente. En el primer caso se trata de una enfermedad. En el segundo se trata de un enfermo; pero, es que pueden invertirse muy bien los términos sin salir de un mismo individuo. Puede el enfermo contraer la enfermedad, y lo que en un principio es efecto, puede al fin obrar como causa. El eje del giro se encuentra en la resistencia orgánica. Si el eje no tiene fuerza o se quebranta, el giro se efectúa. Por parecida acción resulta que, aunque en la invasión de una epidemia los gérmenes nocivos penetren en muchos organismos, no todos ellos *caen* enfermos. Caen en primer lugar los más débiles, o que tienen más débil el órgano atacado; mas puede acontecer que el órgano resista hasta que por uno o por otro motivo, intervenga una influencia deprimente. Entonces el órgano cede al microbio, y creemos que el contagio se opera en aquel punto.

El organismo invadido cede, todo él, al principio alterante así que se separa del flujo de la Vida. Aquella es materia que sirve de desarrollo a las legiones homicidas. El eje, en este caso, gira totalmente. Comienza el padecimiento, debido al efecto del contagio, y acaba por convertirse en causa del contagio. Desde el enfermo se pasa a la enfermedad.

Queremos decir con esto que, cuando hay predisposición orgánica, nada más fácil que se lleve a cabo semejante inversión de causa a efecto en el cuerpo del paciente. Así es también como se explica que un mismo remedio tenga eficacia en unos individuos y deje de tenerla en otros. Aplicad el 606, por ejemplo, a un sífilítico *de efecto*, y obtendréis buen resultado. Aplicádselo a otro de *causa*, y no lograréis igual éxito. Decimos el 606 como pudiéramos citar otros mil remedios aplicados a distintos enfermos, cuya eficacia es variable según los casos y según los grados del giro que efectúa la dolencia hasta constituirse en enfermedad.

Expuestas las anteriores verdades acabemos de hacer el deslinde. Las enfermedades se curan sólo con la gran Higiene que abarca toda la Humanidad, porque su causa y desarrollo provienen de faltas y desórdenes que

son colectivos. Los enfermos se pueden curar con la Higiene que debe regir a cada individuo. Ser Médico de un hombre no es lo mismo que serlo de la Humanidad.

IV

No es menester llegar a un estudio muy profundo de la Higiene o ciencia de conservación de la especie humana, para comprender que no hay buen equilibrio entre los organismos y sus necesarios componentes: o sobran organismos o faltan elementos estructurales de resistencia. Hay una trabazón tan íntima entre la vida Física, la Vegetal y la Animal que el exagerado predominio de cualquiera de ellas sobre las demás, se ofrece con visibles manifestaciones al examen del observador. La selección se hace necesaria.

Nuestro gran instrumento de análisis es éste: ¿abundan las causas del aniquilamiento que experimenta la especie humana?... Ya nos basta para orientarnos y formar juicio definitivo. Podemos afirmar que sobran organismos, porque dé lo contrario aquellas causas destructoras no existirían. Nuestra experiencia no puede ser más sencilla... Sabemos de antema-

no que la finalidad de los seres y las cosas, así como el desenvolvimiento de los hechos, se significan, exactamente, por los resultados que producen, no olvidando, en ningún caso, que no hay acción alguna superflua fuera de la voluntad humana.

Los organismos se forman con elementos y materiales de resistencia que, aunque divididos en partículas invisibles, tienen existencia real y positiva, dentro del laboratorio que ofrece la Naturaleza, donde viajan, interna y externamente, para realizar su trabajo. De manera, que la labor total tiene que computarse y repartirse entre aquellos organismos, en forma de que el producto se equipare a la labor, y cuando falta esta necesaria armonía, los resultados no corresponden al plan de la obra, como ya hemos manifestado.

Si la organización supera a los materiales de construcción, la máquina no puede constituirse como es debido. Si con el alimento que es preciso para sustentar la vida de tres hombres, por ejemplo, se quiere nutrir la de mayor número, pronto veremos que decae la fuerza de todos ellos. Esto es innegable. Además, la renovación de los elementos constitutivos, en aquel caso precario, no se verifica con la actividad necesaria por la apremiante razón de

que éstos son insuficientes. Seguro es que los organismos pueden existir en número excesivo, pero viven de mala manera, empequeñeciéndose y acortando el radio de acción de su vida para suplir por este defecto aquel exceso. La ponderación se hace a expensas de la buena tributación y conformación de la Vida. El Hombre vive menos tiempo para dar plaza, con mayor rapidez, al excesivo número de individuos que la solicitan.

Cierto es, como ya dijimos, que la causa determinante de los mayores desórdenes estriba en la voluntad humana, a cuya libérrima acción no puede ponerse otra cortapisa que la serena y majestuosa elevación del Espíritu, quien debe aleccionarse en el estudio de los hechos y de las causas que motivan toda perturbación del buen régimen y construcción de la vida, para hacer que todos los hombres colaboren al fin de la Creación, estableciendo el necesario equilibrio entre los elementos afines.

Es muy arbitrario culpar a Dios por ciertos hechos que, a una mera inspección, parecen injustos y hasta ilógicos, cuando, por el contrario, son en el fondo, remedios precisos, aunque el dolor los haga penosos, por los excesos que nosotros cometemos, validos de la

libertad que poseemos y de la cual no hacemos el uso regular y armónico que requiere el ejercicio de un Don tan precioso.

Acusamos, injusta y superfluamente, a la Divinidad de muchos males y desgracias que nosotros mismos nos acarreamos. Hacemos abuso de las funciones sexuales, y nos maravilla que aparezcan luego en los órganos manifestaciones de la perturbación que producimos. El venéreo y la sífilis. ¿Qué son? ¿De dónde proceden? ¿Cuál es su origen? ¿Qué fin se proponen? Apliquemos a este caso nuestro instrumento de análisis. ¿Se trata de enfermedades que dificultan y malogran el acto de la generación? Pues bien; helo aquí explicado... Tal es su finalidad: dificultar y malograr el acto de la generación. Hay que seguir siempre este orden de racional y sencillo discurso.

¿Y por qué tal finalidad? Porque sobran organismos, y hay que restringir su número para que haya equilibrio. De aquí se derivan todas las demás causas correlativas.

En el Planeta mismo. ¿Qué finalidad tienen sus convulsiones, que podríamos, también, calificar de enfermedades? La misma que hemos mencionado. ¿Hay perturbación? Luego falta equilibrio. Así el Planeta va en demanda

de mejores y más sólidos estados de composición orgánica. De este modo llegamos al fondo de la Verdad y a su máxima sencillez. ¿Dónde nos conducen los males que padecemos, preguntamos? No vacilemos ni un punto en dar la respuesta. Al equilibrio.

Ahora bien. El equilibrio, cuando las causas perturbadoras dependen de nuestra voluntad, no siempre conduce al mejor estado. La razón la expusimos antes. Vivimos unos a expensas de otros. Esto es malo. La ponderación se impone, pero la vida no mejora. Así nos hallamos siempre envueltos por grandes aluviones de microbios homicidas. La falta de salud amarga las horas de la felicidad. A los cincuenta años caduca el derecho, sino a la vida por completo, a la vida robusta. A esa edad el vigor de la especie decae prematuramente. Estos son los resultados del equilibrio forzoso, no del natural equilibrio, que consiste en que las causas de la perturbación desaparezcan espontáneamente, haciéndose innecesarias.

V

Penetrando serenamente en el fondo de este gran problema, lo hallamos inundado de

diáfana claridad. Antes dijimos que el pensamiento de Dios y la razón de ser única que tienen las cosas no difieren en lo más mínimo. Así es, en efecto, y conviene repetirlo muchas veces para que quede bien incrustado en la memoria. La acción de este pensamiento obra simultáneamente en todos los casos y en todos los hechos, relacionando y empalmando sus modos de ser diversos para que nada se realice por artes milagrosas. Las causas que operan el necesario equilibrio, cuando éste se perturba, salen de los propios elementos perturbadores. Los que huelgan por mala distribución del caudal común, se encargan de hacer la nivelación que restablece la equidad. Se observa el predominio que ejerce la Ley niveladora, especie de péndulo regulador que hace posible la vida de todos los seres en sus innumerables fases y desarrollos.

Para orientar el entendimiento en cuantas cuestiones se someten a nuestra contemplación, fijémonos, siempre, en las causas que operan los resultados más sencillos y comprensibles. Así es como llegamos a la explicación de los más complejos y difíciles hasta penetrarnos de su razón de ser única, que es lo mismo que haber encontrado su Ley o haber adivinado el pensamiento de Dios. Sírvanos

la siguiente experiencia, volviendo al ejemplo que ya expusimos, de la presencia del parásito allí donde falta la limpieza. Si van juntos éste y el individuo, podemos afirmar rotundamente que el tal individuo no lleva buen régimen. Apliquemos este mismo orden de ideas a lo más complejo. Insistamos en la creencia de que la Humanidad entera es como un Hombre en conjunto, y digamos: puesto que hay microbios que viajan en la atmósfera como seres intermediarios, es porque tal Hombre no se halla bien regido, no sólo por falta de aseo, sino, también, por otros defectos que ofrecen un estudio más hondo y prolijo. Así ya sabemos que si hay microbios, es por que no hay buen equilibrio entre los elementos de organización y conservación de la vida, y aquel Hombre, en quien consideramos reunidos todos los demás.

Hay que tener presente que la casa es al individuo como el Planeta a toda la Humanidad. Si de repente doblásemos el contingente de hombres que la constituyen, exagerando la tesis, para que tomen clara determinación los términos del problema, ¿habrá quien crea que no se alterarían las condiciones de la vida común, haciéndose ostensibles en cada organización individual? Por el pronto, este cambio

no nos afectaría sensiblemente, aunque, desde luego, ejercería su influencia sobre nosotros; pero de hecho es forzoso aceptar que faltaría el necesario oxígeno en la atmósfera para que todos pudiesen respirar como antes. Ahora también se vive donde no hay todo el oxígeno que corresponde a las funciones de buena conservación orgánica, pero se vive mal y a expensas del organismo. Para que se restableciese el orden alterado por aquella causa, se haría preciso, también, elevar a un doble y en un punto, el desarrollo de la vida Vegetal y los productos que ofrece la vida Física. No siendo esto así, pronto veríamos cómo se doblaban y centuplicaban las legiones de microbios homicidas para eliminar aquel sobrante de organización que tan diferencialmente se separaba de la armonía que deben seguir aquellas tres vidas convergentes. Tómese el ejemplo de lo que ocurre con el hacinamiento de hombres en espacios reducidos, donde la existencia de los parásitos, causa de las epidemias, se hace correlativa y necesaria.

Agreguemos, ahora, que entre los hombres hacinados hay muchos enfermos. En semejante caso, el mal se hace mayor tomando proporciones extremadas. La salud se funda en la buena alimentación y en la buena respiración.

El oxígeno es el regulador de la salud cuando ésta no se interrumpe bruscamente por otras causas. Por manera que, doblando el contingente de hombres, según propusimos, no habría ni uno de ellos que estuviese sano, y a tal número de enfermos calcúlese los elementos insanos de vida intermediaria que entrarían en acción y desarrollo.

Hemos establecido diferencias muy distantes de la realidad del caso, para que se comprenda que, estas causas de perturbación del buen régimen de la vida, en comunidad, no desaparecen en los términos más cercanos a la propia realidad. Basta una diferencial de cierto grado en las tres vidas citadas: la Física, la Vegetal y la Animal, para que la vida de los seres humanos se resienta por las causas ya mencionadas y esto es lo que ocurre actualmente.

Acabamos de decir que los mismos elementos que se producen por la perturbación, actúan, luego, como factores que tienden el obligado equilibrio, y así es la verdad. Los excesos del sensualismo que, por el pronto son causa de la excesiva génesis de la especie, dando un giro, coadyuvan, luego, a mitigarla. Veamos cómo. Al exceso de organismos sucede la degeneración orgánica por los motivos

ya expresados, y faltándole al ser organizado sólidos soportes, no sólo se revela su flaqueza por falta de vigor en las manifestaciones de orden físico, sino también en aquellas otras de orden sentimental con carácter imaginativo. Los centros nerviosos piden una sangre más robusta y generosa, y no consiguiéndolo se entregan a las más extrañas exaltaciones. He aquí el estado de general neurosis que es el signo de la época presente. Parece que el sensualismo se ha enseñoreado de todas las manifestaciones de la vida. La novela, el cine, el grabado, el teatro..., todos a porfía se consagran a la Venus sensual... El Arte se ha hecho voluptuoso... Con todo esto se exaltan las pasiones de la juventud, hasta producir las perversiones eróticas y hasta el punto de perder sus propios estímulos las funciones genésicas, satisfaciendo el hombre sus instintos exagerados por medio de recursos que son atentados contra la Naturaleza. Por otra parte, la mujer, como hembra, se atrofia en cierto modo, viéndose en medio del torbellino que de tal modo sensual la solicita, privada como se encuentra, socialmente, para dar satisfacción a las exigencias del sexo. ¿Y a dónde va a parar todo esto? A la desmembración de la raza.

CAPÍTULO IV

LAS FUENTES DEL MAL

I

Aquí llegamos al punto capital de la cuestión. Hemos observado, por muchísimos ejemplos y experiencias, que no hay buen equilibrio en la Vida, comprendiéndose en ella sus tres órdenes distintos. Se ha demostrado que sobran organismos o falta resistencia, habiéndose estancado por semejante causa la Vida de la Humanidad, dolida y aquejada por muchas y muy diversas enfermedades. Estos son los hechos observados; pero y la causa de haber tomado tal crecimiento el número de organismos de la especie humana, rompiendo la trisácea armonía, ¿dónde reside? ¿Puede la voluntad humana oponerse al cumplimiento de las Leyes naturales? Y si esto es así... ¿Bajo qué formas puede llevarse

a cabo esa infracción que tantos males acarrea?

Recojamos bien el Espíritu para dar satisfacción a tales preguntas. La existencia de los órganos de la generación indica, de un modo claro y preciso, la necesidad de la función genésica. Apliquemos nuestro sencillo instrumento de observación y análisis. ¿Qué resultado ofrece la función de tales órganos? La procreación progresiva de la Especie. Helo aquí todo averiguado y sabido. Esa es su finalidad. Lo más natural es, precisamente, lo que más conviene a la idea de Dios, que nunca se equivoca. Bajo el fundamento que nos ofrece esta verdad, hemos de organizar las restantes ideas. No puede ser que el Hombre produzca la perturbación que se observa en la vida terrena, ejerciendo las funciones naturales que son propias de aquellos órganos. En plena vegetación, los animales inferiores se entregan, con completa libertad, a satisfacer los instintos genésicos que les son peculiares. En el Plan general, o sea en las Leyes comunes, no hay excepciones absurdas: los individuos de la especie humana pueden entregarse del mismo modo, haciendo uso de su libertad, a la realización de los actos que motivan la génesis de su necesaria procrea-

ción. Si hay limitaciones, éstas deben imponerlas los propios órganos, debilitándose y perdiendo por esta causa sus dotes fecundas. Tal es la buena doctrina y de ella no debemos separarnos. No. No se halla en esos pródigos manantiales la fuente del Mal. Hay que dirigir la investigación por otros derroteros. Si aceptamos que sobran organismos por semejante causa, tenemos, también, que aceptar que la génesis de la vitalidad humana, se anticipa a los hechos promovidos y sancionados a merced del general impulso que se halla determinado por todas las funciones naturales en conjunto. El caso fuera entonces milagroso y, por consiguiente, absurdo. Tendríamos que aceptar que cada existencia podría divorciarse del vínculo que las une a todas en conjunto. La solidaridad del Universo sería un mito. La obra de la Fatalidad podría sobreponerse a la del Espíritu, cuya acción es de Libertad. Así es que para nosotros no puede ofrecerse, en este punto, duda alguna. La vida Física ha producido todos los materiales que son precisos para dar organización a la vida Vegetal, y ésta no ha regateado ninguno de los elementos que son necesarios para que la vida Animal pueda organizarse.

Parece que encerramos la cuestión en un

profundo dilema. Provocamos, adrede, esta crisis del juicio, para que al resolverse, se inunde el entendimiento de esplendorosa luz, porque si aquellos órdenes primarios de la vida en común, proporcionaron los elementos orgánicos que sirven de pedestal a la vida humana, ¿cómo nos ha sido posible demostrar que esta misma vida se halla estancada y enferma por carecer de aquellos propicios elementos? Vamos a descorrer el velo que encubre uno de los errores más crónicos y profundos que viene padeciendo la Humanidad. Se ha interrumpido la armonía de las tres vidas convergentes, porque aquellos elementos de construcción no han sido totalmente utilizados para la formación de los correspondientes organismos. ¡Oh! ¿Es esto posible? ¿Puede la explicación del Mal encerrarse en términos tan críticos? Así es, desgraciadamente. Aquellos elementos de construcción y renovación de la vida humana, producidos, ordenadamente, por la vida Física y la vida Vegetal, se hallan, en gran parte, secuestrados y retirados de la circulación producida por el movimiento orgánico. Esa gran parte del caudal no viaja, como el oro de los avaros, que permanece inactivo en la caja de caudales. ¿Cómo así? ¿Quién los ha secuestrado? La

mano torpe de la Humanidad. ¿Dónde se hallan? En la tierra sepultados. De polo a polo y desde una a otra zona, en la superficie del Planeta, todos los pueblos entierran a los cadáveres, y esto no es de hoy, ni de ayer... constituye una labor de muchos siglos. He aquí revelada la causa del Mal inmenso... He aquí proclamada la infracción capital de la Gran Higiene. Esta es la verdad que tiene proporciones gigantescas, llena de luz y dolor.

Los elementos orgánicos de la vida Animal, como debe comprenderse, no participan de una densidad común, sino de densidades muy diferentes, tantas como pueden observarse por el estudio fisiológico del organismo. Aquellos que se asocian para dar constitución al esqueleto, formando la substancia ósea, son más materiales que aquellos otros que dan organización al tejido carnoso; y así sucesivamente. Por esta causa vemos que unas partes tardan mucho más tiempo que otras en llevar a cabo su descomposición. Las partículas más materiales no viajan tan libremente por la atmósfera. Lo impide su mayor densidad y, por consiguiente, su mayor peso. La Tierra las suministra sacándolas de su seno, que también se halla en labor constante por las fuerzas, unas que proceden del Sol, otras

del centro del Planeta, todavía caliente, y otras por causa de las lluvias..., etc., etc. ¿Quiénes se encargan de hacer el suministro? Principalmente los vegetales, cuyas raíces penetran en la Tierra para apoderarse de aquellos elementos y servirse los a la vida Animal en forma de alimento.

Ahora bien: ¿qué sucede, dando sepultura a los cadáveres? Que las partes orgánicas más materiales, o de mayor resistencia, quedan estancadas, por mucho tiempo, en los senos de la Tierra, aislados y circunscritos por las tapias de los cementerios, como si se tratara de impedir que corran, fluvialmente, por los ríos de la fecunda savia, hasta inocularlos en los frutos de los árboles, el caldo de las uvas, los granos del trigo, la carne suave de las legumbres..., etc., etc., para que sirvan de alimentos al Hombre y se derramen por todo su organismo, dando robustez a los huesos, fortaleza a la sangre y vigor a todo el cuerpo, en colaboración con aquellos otros componentes que hacen sus viajes a merced de los impulsos y vaivenes del ambiente respirable; trabajo de tal urdimbre y minuciosidad que pone de manifiesto la Mano soberana que lo dirige.

Allí permanecen sepultos, por muchísimo tiempo, aquellos elementos, en caudal enorme,

por la funesta práctica de *enterrar a los muertos*, que se lleva a cabo en todos los países del Mundo.

II

Hallada esta fuente, quizás la más copiosa del Mal, cuantas incertidumbres se habían apoderado de nuestro espíritu se van desvaneciendo. Observamos que en la vida Vegetal se hallan mejor ponderados que en la vida Animal los elementos de la nutrición y de la resistencia orgánica. ¿Dónde se nota el desorden? ¿Dónde aparecen las enfermedades? Sólo en las plantaciones que se deben a la mano del Hombre. Ávido éste de sacar producto de las tierras que son de su propiedad, hace la siembra en consonancia con sus deseos, relacionados con el interés y la facilidad con que se efectúan las importaciones; pero es el caso que la vida Vegetal tiene sus recursos, contados, en cada zona y en cada clima, conforme expusimos en otro lugar, y estos recursos no bastan, en muchas ocasiones, para satisfacer los deseos del agricultor o cosechero. Se exagera la producción, se debilita el plantío y aparece la enfermedad. No siendo así las plantas, por regla general, no tienen enfermedades. Esto

puede observarse, en plena Naturaleza, en los bosques vírgenes. Allí los elementos exactos de la producción son los únicos que determinan su crecimiento y desarrollo, y la vegetación se ofrece sana y robusta.

Hasta en los animales inferiores observamos que el equilibrio que debe hacer armónicas las funciones de los organismos, en relación con los medios de subsistencia, se halla mejor establecido que en la vida humana. Cierto es que muchos individuos de aquella especie animal contraen enfermedades; pero estos individuos pertenecen a especies procreadas por la voluntad del Hombre, como ocurre con los vegetales cuyos productos son objeto de la explotación comercial. Fuera de estos casos, la vida de los animales inferiores se genera y desarrolla en buenas condiciones de salubridad.

Los hechos revelan que sólo donde el Hombre interviene, se promueven los desórdenes que son causa de las enfermedades. Estas se ofrecen como un castigo cruel en la vida humana. ¿Y qué prueba esto? Que en ella es muy decisiva la intervención de las causas que actúan contra Naturaleza y que dificultan el desarrollo de los organismos.

No hay razón ninguna, de orden natural, que

justifique aquel hecho, experimentado, de que la Naturaleza sea tan injusta con el Hombre y tan benévola con los animales inferiores y la vegetación, en el reparto de los bienes que hacen la salud de los individuos, cubriendo a los que pertenecen a la especie humana de enfermedades y miserias orgánicas. Así es que la causa de esta desdichada excepción se halla fuera del orden natural, porque no es la Naturaleza enemiga irracional del Hombre.

Ya conocemos la causa y ahora vemos que no puede ser otra. No hay que culpar a la Madre común, sino a las supersticiones de la Conciencia humana, que se determinan en actos de voluntad contrarios a la conservación de la especie.

El Hombre, libre por su espíritu, se convierte, por su ignorancia, en un miserable parásito. Este es el dolor con que se paga el mal uso que se hace del don precioso de la Libertad. La vida Física proporciona todos los elementos de la mayor resistencia que son necesarios para que pueda sustentarse la Vida. Los vegetales realizan su labor transformando las materias hasta el punto de que ya puedan adaptarse a las funciones de la máquina humana. ¿Y qué hace el Hombre del tesoro que se le confía? Lo estanca en las sepulturas, oponiéndose

a los naturales designios de la Creación.

Los elementos menos duros pueden salir de su cárcel, cuando se descompone el cadáver, pasado algún tiempo; pero allí queda retenida la substancia ósea, cuyos principios orgánicos tardan mucho más en llevar a cabo su disgregación. Acaso crean algunos que no importa que la materia ósea quede allí estancada pudiendo los otros elementos recobrar su libertad. He aquí el error. Las tres vidas convergentes forman un círculo y ofrecen todos los materiales aptos para que la Vida pueda afluir a la corriente universal circulando por el organismo humano; pero si éste carece de la necesaria resistencia para realizar su trabajo, huelgan aquellos elementos que son aptos para la vida pero que no pueden llevar a cabo su función. No importa que se dispongan, en el taller mecánico, de grandes fuerzas vivas si no es posible fundarlas sobre válidos soportes de resistencia. ¿Y qué es la materia ósea? La que mejor garantiza el buen ejercicio de aquellas funciones. Al quedar esta materia estancada se produce una serie de males correlativos. Los elementos que no pueden utilizarse huelgan y se estancan. Los órganos decaen por no tener la suficiente fortaleza..., la vida se acorta..., etc. De modo que

los que *entierran a los muertos*, impidiendo que sus componentes se reintegren, cuanto antes al gran laboratorio de donde proceden, llevan a cabo un acto abominable... *Entierran también a los vivos*.

III

Parecerá exagerada la anterior afirmación. Vamos a ver que no es así.

Síganos, con el pensamiento despojado de todo prejuicio, quien, con nosotros, quiera penetrar en el fondo de las tinieblas para desentrañar la Luz. Observe atentamente. ¿Quién revolotea en aquel fondo oscuro? Una sombra con alas. Es el buitre. Una de las formas organizadas por los elementos parasitarios. ¿Dónde se dirige? Al muladar, donde le ofrece rico festín el cadáver. ¿Y el insecto aquel negruzco, dónde se esconde? En inmundo agujero, que lo mismo puede calificarse de celda de presidio que de hoyo de sepultura. Su presencia se advierte por un fenómeno inverso de la visión. Se distinguen porque se ve cuanto les rodea. Fuese todo oscuro como son ellos, y entonces no se verían. Las formas no se destacan en la noche cuando no hay

resplandor. Y es que en sus cuerpos la fuerza viva no se refracta y no penetra en el cerebro para producir la imagen luminosa. Salgamos de ese mundo tenebroso donde tienen su abismo las fatalidades del instinto, después de dirigir una mirada piadosa a esos seres inmundos, pero no nacidos para la eterna desgracia. De sus cuerpos oscuros saldrá mañana la Luz... Dios la saca de las entrañas de la piedra, y mejor ha de sacarla de un ser que está vivo. Ascendamos a otras esferas. ¿Qué hallamos en la vida social? La misma tendencia. Instintos cadávericos... Ideas que parecen girones de sombra con alas. Espíritus que se sepultan voluntariamente, contraviniendo las Leyes de Dios. Este no quiere a los hombres sepultos en muerte; ¿cómo ha de quererlos sepultos en vida? ¿No hay en este cuadro, arriba y abajo, una gran afinidad? ¿No se observa de un modo evidente que reina en toda la Humanidad atrasada una invencible tendencia sepulcral, es decir, una atracción irresistible hacia las sepulturas? ¡Ah! Sí. No es posible negarlo.

¿Por qué? ¿Por qué se origina en el alma de las sociedades y en la conciencia humana esa extraña tendencia que tanto se separa del modo de ser natural de la Vida? Por una su-

prema razón. Porque nuestros organismos se nutren con elementos que salen de las sepulcrales... No es posible evitar la función en consonancia con el órgano. Los animales más inofensivos no son carnívoros, son vegetarianos. Tómense cuantos ejemplos ofrece la Naturaleza en confirmación de este aserto. La paciente oveja ofrece resignada su cuello a la cuchilla. El caballo no se dejaría dominar tan fácilmente por el Hombre si comiese carne. Cierto es que el perro la come y es amigo del Hombre. ¿Mas por qué? ¿Por qué tal afinidad? Porque se nutre con despojos de alimentos que nutren al amo. El Hombre y el perro, en la animalidad, constituyen, por esta causa, dos vidas paralelas. Fuera de esta protección, el animal carnívoro, para atender a su subsistencia, tiene que acometer al animal. Son hechos correlativos. La función hace al órgano. El órgano hace a la función. Y la Naturaleza de cada individuo viene a ser como los órganos, y de allí sale el instinto y el carácter y hasta la Conciencia.

Nosotros somos sepulcrales por la Conciencia, porque también es la Conciencia la que retiene en la sepultura los elementos estructurales de nuestra composición orgánica. El error estriba en que los hombres entienden que

un cadáver no tiene ningún género de vida, y lo sepultan en esa creencia. No cayeron en la cuenta de que todas las partes componentes son seres vivos cuya existencia no puede destruirse. La vida se invierte, mas no por eso deja de ser vida. ¿Qué es la Muerte? Un giro. Los elementos orgánicos que antes giraban a la directa, giran ahora a la inversa. Por eso se disgregan, para poder cambiar de giro. Metidos por mucho tiempo en las sepulturas, al asociarse luego, los que pueden hacerlo, a la vida de giro directo, no abandonan sus hábitos sepulcrales, y los transmiten de generación en generación a la conciencia humana, que no puede desasirse de ese lastre de tantos siglos, obscuro y supersticioso, que también se revela, a su modo, en los instintos de ciertos animales inferiores.

Más todavía. Este horror exagerado que nos inspira la idea de la Muerte, tiene ese mismo nacimiento. Situémonos al borde de una fosa en ocasión en que se da sepultura al cadáver. ¿No es cierto que, por instinto, nos asalta un vago temor supersticioso? ¿No es verdad que nos estremece involuntariamente la escena que presenciarnos? Algo hay que nos rechaza y algo que nos atrae. Son dos instintos en pugna. El de conservación, que

nos induce a que nos retiremos, y otro que solicita nuestra atención, atrayéndonos, como si dentro de aquella sepultura hubiese imán para la voluntad. ¿Y por qué? La explicación de la causa no puede ser más luminosa. La atracción que sentimos es un espejismo de la Conciencia tan natural como el que se produce en las regiones polares. No está en la tumba el imán que nos atrae. Lo llevamos nosotros dentro del organismo. Nuestros componentes orgánicos en gran parte han salido de aquellas sepulturas. Sus instintos, tan elementales como sus cuerpos, se suman para formar el instinto grande que se desarrolla en nuestro ser, y de tal manera nos sobrecoge. Son ellos los que se agitan de ese modo, vago y misterioso, que da carácter al instinto animal. Son ellos los que tienden al hábito adquirido, al igual que gira, por el cable de retención, la fuerza eléctrica, habituada al giro de la dinamo. Son ellos los que nos impulsan interiormente, como si la sepultura estuviese donde ellos se encuentran y no abierta, por fuera, donde nosotros la vemos. Y es verdad que si recogemos el espíritu profundamente, parece que llevamos dentro una sepultura, y se despierta en nosotros un horror invencible hacia la Muerte. Creemos que so-

mos atraídos, y no es así: somos impulsados.

Este sentimiento contrario, al impulso de atracción que recibimos, no se manifiesta sólo al borde de una tumba, sino también al borde de todo abismo cuyo fondo no alcanza a ser divisado. El doble fenómeno de atracción y repulsión se produce del mismo modo, porque las causas son semejantes. La sepultura se ofrece a la conciencia supersticiosa, como un abismo que no tiene fondo, y lo mismo ocurre a la entrada de toda mansión tenebrosa, cuya salida se oculta a las miradas.

CAPÍTULO V

LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA

I

EL Sol, la Tierra, el Mar y el Aire coadyuvan, todos, a la organización de la vida terrestre, sin contar con nuestra aquiescencia; pero hay otro elemento que nos pertenece por completo; éste es el Fuego, y de él nos servimos para atender a nuestras múltiples y diversas necesidades; sólo que hemos olvidado la función principal que nos pone de acuerdo con el Sol, la Tierra, el Mar y el Aire.

Oigamos lo que Dios dice al Hombre:

« Serás dueño del Fuego, para que coadyuves, con los demás elementos, a la obra común. Con el Fuego debes destruir los cuerpos que ya no tienen vida, entregando a la atmósfera las partes componentes desatadas por el voraz elemento. El Aire se encarga, luego,

de esparcirlas sobre la Tierra, derramándolas, a granel, por todos los campos. Así se apodera, de aquellos elementos diseminados, la vida Vegetal, y así es como van, por último, a nutrir el organismo del Hombre. Bien que retenegas en la memoria a los muertos, ésta debe ser su sepulcro, y si a tanto llega tu anhelo, conviértela en un santuario; pero no confundas el respeto a los muertos con el que deben inspirarte los cadáveres. El cuerpo que carece de alma ya no es tuyo: pertenece a la Naturaleza. Respeta lo que no es tuyo, y así verás lo que te exige la Naturaleza. Te exige que descompongas el organismo que ya no tiene vida; primero para evitar la labor malsana del gusano, y segundo para que el movimiento orgánico no se retrase ni entorpezca por la carencia de los materiales puestos en circulación. Voy a explicarte cómo se organizan las existencias en el Planeta donde vives, ya que no han sabido decírtelo con toda claridad los filósofos. La vida Física débese a los impulsos combinados del Sol, que obra como principio alterante; la Tierra, que ofrece los componentes de mayor resistencia; el Mar, que actúa como principio disolvente, y el Aire, que es el vehículo que transporta por doquiera los elementos de la nutrición y organización.

La vida Vegetal sirve de cuerpo de transmisión entre la vida Animal y la vida Física. Es vida de tránsito, como la de los animales inferiores, para que pueda constituirse tu organismo, que aquí, en la Tierra, llega al término superior de la escala. Los alimentos que no te asimilas vuelven a las influencias del Sol, la Tierra, el Mar y el Aire, y así es como se forma el círculo para que vuelvan a ti de nuevo en mejores condiciones de adaptación. Todos trabajan y nada se pierde, porque nada sobra ni falta. El desarrollo de tu organismo se efectúa por evolución, o sea de menor a mayor densidad. Esta labor me pertenece, como todo lo que se realiza sin tu consentimiento. Debes comprender que para que haya desarrollo progresivo, es necesario que los elementos de la composición orgánica varíen a cada instante, substituyéndose correlativamente unos a otros en la misma Ley de menor a mayor densidad, para que el cuerpo, conforme se va desarrollando, adquiera también mayor resistencia, y con objeto de que el flujo de la fuerza en transformación aumente de caudal de un modo igualmente progresivo. Si este trabajo continuo de renovación se entorpece, se estanca, en mayor o menor grado, el desarrollo, y la adaptación al Medio altera sus relaciones de buena

armonía. Acontece, además, que el Planeta involuciona con giro de mayor a menor densidad y los elementos de construcción orgánica primitiva que ofrece, son cada vez menos densos. Luego, girando en aquel círculo que forman la vida Física, la vegetación y la vida animada, vuelven a disminuir de densidad gradualmente. Este es el motivo por el cual, la vida en conjunto, varía de modo de ser, haciéndose más exquisita, porque las máquinas elevan sus exponentes orgánicos siempre en demanda de los términos superiores de la escala. Por manera que son cinco los giros o movimientos que dan lugar a la existencia humana. El procedimiento de construcción sigue los mismos trámites que sigue el Hombre para llevar a cabo sus construcciones. El Maestro que dirige la obra concibe la idea generadora y establece el *plano*. En este caso yo soy el Maestro, y como sale de mí la iniciativa y mi poder activo es interno, y dicha obra comprende a un organismo que tiene que vivir en la Naturaleza y en el Espíritu, simultáneamente, claro es que el movimiento, por lo que respecta a mi plan de dirección, tiene que salir de lo interno, que es el Espíritu, y llegar hasta lo externo, que es la Naturaleza. Así es que tengo que operar desde la infinitud, me-

dula de la Evolución. Este es el primer movimiento. Planeada la obra, hay que contar con los materiales necesarios para ponerla en práctica. Estos, como ya sabes, los ofrece el Planeta. El segundo movimiento es de configuración orgánica. La máquina tiene formas variadas que pertenecen a substancias diferentes, debiendo modular todo el organismo, en la fuerza de resistencia de mayor a menor densidad. El tercer movimiento es de desarrollo. La construcción de la obra se desenvuelve haciendo que se adapten a ella las partes estructurales, de manera que estas partes vayan aumentando de resistencia. Así es que este movimiento es de menor a mayor densidad. El cuarto movimiento es de elevación progresiva de toda la máquina, con objeto de que alcance mayores grados de perfección. La densidad, en este caso, es cada vez menor y el giro es de involución. Tu progreso moral sale de este movimiento.

»Al llegar a este punto considero de gran urgencia rectificar el concepto que has formado de la Evolución, y su inversa la Involución. Cuando el movimiento es de menor a mayor complejidad, a partir del elemento más simple que se halla en el Infinito, o Ley común a todo el Universo, el desarrollo se

verifica por evolución, y la Substancia Unica, fuera de cuya realidad no hay nada posible, se condensa por grados hasta convertirse en Materia, cuyo es el estado de mayor densidad. Esta vida por Evolución es mi propia vida y la que corresponde al Medio Universal, que es la escala armónica por donde se desarrolla mi existencia, actuando siempre de Poder determinante. Ahora es preciso retornar al origen para que haya giro, y no se estanque la Substancia Unica, sólo en Espíritu o sólo en Materia. El caso es que ninguna existencia constituya estado alguno definitivo. El movimiento que antes era directo, tiene que ser ahora inverso. Este desenvolvimiento es de Involución, y comprende a los seres diversos que pueblan todos los Mundos diferentes. De modo que yo constituyo el Medio a cuyo poder determinante tienen que adaptarse todos los individuos. Los filósofos no advirtieron este dualismo necesario que tiene la Vida universal, y clasificaron el desenvolvimiento que tiene la vida terrestre de evolución, invirtiendo el concepto, porque tal desarrollo es de involución y no de evolución, como creyeron. Por esta causa no observaron que la Vida tiene dos ciclos, uno directo y otro inverso: el de evolución, cuyo movimiento es

del Espíritu a la Naturaleza, perteneciente al Medio, y el de involución, cuyo giro es de la Naturaleza al Espíritu, correspondiente al individuo. Como que sólo hay un camino en el Universo para realizar ambos movimientos opuestos, se hace precisa la adaptación del individuo al Medio. Aclarado este punto vuelvo a la tesis interrumpida. Mi obra, en sus comienzos, se planea, construye y desarrolla merced a mi concurso, pero falta el quinto movimiento, que se refiere al funcionalismo de la máquina, cuyo substancial objeto consiste en triturar, por grados, a la Materia, haciendo que la Substancia se desdoble o revercione para que se produzca el flujo de la vida desde la Naturaleza al Espíritu. Con mi trabajo yo llego hasta ti, actuando desde la infinitud a la finitud, o sea desde lo interno a lo externo. Ahora eres tú quien debe llegar hasta mí, con dirección contraria, desde lo externo a lo interno. Yo voy a ti por el camino de lo infinitamente pequeño. Tú vienes a mí por el camino que conduce a lo infinitamente grande. Así es como nos correspondemos mutuamente, Yo, evolucionando, y tú, involucionando. ¿Cómo se realiza, para hacer posible la comunicación, el trabajo que se encomienda a tu voluntad?

»Tienes que recibir las influencias del Sol, de la Tierra, el Mar y el Aire, dando satisfacción a las que llamas tus necesidades y que en el fondo son tus deberes. Debes comer, beber, respirar..., etc., y eso tienes tú que hacerlo porque es un trabajo externo. Aquí empiezan los obstáculos y las imperfecciones que malogran la labor que realizamos en comunidad, y no te culpo por eso. Mi Justicia es Suprema, y mi Bondad no es menor que mi Justicia. Cooperas a mi obra de un modo torpe y confuso, porque tu Razón, también, tiene que formarse involutivamente. Apenas se revela el Yo en tu conciencia, piensas en ti solamente. Sientes el despertar gozoso de una pesadilla de muchos millones de siglos dormitando en el seno de la Materia. La Vida que se agita a tu alrededor, te ofrece encantos indescriptibles. De ti mismo sale, por la propia causa, el llamado instinto de conservación porque la Muerte es, vagamente para ti, como una reminiscencia de aquella pesadilla, y la temes figurándote que vas a volver al pesado sueño de la Materia. Como la Voluntad se forma primero que la Razón, haces mal uso de ella, y te entregas a vicios y placeres que quebrantan mi obra, saliéndote de las necesidades estrictas del organismo. Esto te acarrea

males y desgracias que me atribuyes injustamente; pero así y todo, a pesar de tales imperfecciones, y con muchos dolores y fatigas, la máquina acciona para realizar su objeto, y así es como queda la obra, en conjunto, terminada. Por fin se adapta tu alma a la mía en forma que también es interna, y se eleva por grados, hasta el término superior, en que ya te es posible oír mis consejos y guiarte por ellos. Te hago tan minuciosa explicación con objeto de que comprendas la importancia que tiene para mi labor el hecho de que no se distraiga ni retenga ninguno de aquellos elementos estructurales que la Naturaleza distribuye ordenadamente, sin punto de huelga ni reposo. La Naturaleza tiene también sus yerros y accidentes, que malogran a veces mi trabajo, pero esto es necesario, porque no es posible evitar por completo las peripecias que son obra de la Fatalidad. Este movimiento de eliminación del Accidente, por grados, se debe al Progreso, que preside a todo el giro de la Vida universal. Cuando la densidad del organismo llega, en la vejez, a su máxima condensación, cayendo por este motivo o porque se interrumpe el flujo vital de la máquina, debes imponerte el más grande de los deberes empleando el quinto elemento: el Fuego,

que se halla a tu disposición. El cadáver debe descomponerse sin pérdida de momento, para que no se estanquen los materiales allí hacinados, degenerando en perjuicio de los organismos que tienen vida. Tu acción cooperativa te demanda esa obligación ineludible. Vas a saber el daño inmenso que se produce cuando se infringe ese deber. Enterado fuiste de los movimientos que son precisos para dar organización a la Vida humana en particular y a la existencia de todos en general. En conjunto, la Vida es como una ola que avanza. Todo elemento que se retrasa queda separado de la ola, y ya no puede alcanzarla por el sendero de la Involución. Tiene que seleccionarse, o irse por otros senderos, para esperar a que resurja otra ola. Pues bien: si los materiales orgánicos que componen el cuerpo del cadáver, se sepultan y permanecen allí estancados por mucho tiempo, se salen del círculo que forman las tres vidas correlativas, la Física, la Vegetal y la Animal, y aunque luego vuelvan al círculo ya es tarde, porque los más retrasados no se adaptan a la nueva etapa progresiva de menor densidad que ha obtenido el desarrollo de la vida en conjunto. Este es el gran dolor. Primero quedan estancados. Luego quedan estacionados, sin poder formar parte

de las nuevas estructuras orgánicas, porque éstas ya se han ido por otros ángulos de modulación dentro de los cuales no hay plaza para aquellos elementos retrasados. Esta es también la causa de que seas contemporáneo de ciertos animales muy inferiores y estacionados, por motivo de que la Naturaleza altera, en algunas zonas, los medios de nutrición de la vida animal retrasada, estancando su desarrollo. Esta, entonces, se separa de los ángulos de modulación que la unieron, en el origen, al movimiento general de involución y progreso. Cuanto dijera es poco para hacerte comprender los males que ocasiona tan enorme falta. Los organismos, todos, se debilitan por carecer de la necesaria resistencia. La adaptación al Medio se realiza con gran dificultad, y esto produce la perturbación de que te lamentas, lo mismo en el orden físico que en el orden moral. Padeces mil enfermedades. Te acosan por todas partes legiones de microbios homicidas. Se acorta el radio de tu existencia. La máquina mejor constituida recibe, de súbito, un golpe de muerte y cae, como si todo el trabajo que se invierte para llevar a cabo su organización se debiera, únicamente, al Acaso, o a Leyes que se entretienen jugando a la Vida.

»Aun es el daño, en lo moral, más profundo. Confundes la serena razón de los filósofos, quienes no aciertan a explicarse la causa racional que justifique la producción de semejantes desórdenes, acusando a la Naturaleza de dar la vida, pródigamente, con una mano, para quitarla con la otra despiadadamente, envenenando, con tal ejemplo, todas las fuentes de lá Moral y acusándome de falta de lógica; ofreciéndome como un Ser enigmático que hace de la vida humana un contrasentido; cubriéndome con el manto del Poder absoluto y del falso portento de lo Incognoscible, para no tildarme de injusto, sin tener en cuenta que ni el Sol, ni la Tierra, ni el Mar, ni el Aire, ni Yo mismo, podemos corregir tu falta en otra forma que la que se deriva del propio incumplimiento de las Leyes naturales.

»Leo en el fondo de tu Espíritu. Me preguntas *in mente*: ¡ Oh, Dios! ¿ Por qué no evitas el daño con tu omnímodo poder? ¡ Cuán engañado vives! ¡ Qué terca es la fatalidad obscura de tu conciencia! Yo no soy Omnipotente... Tu corazón se estremece al oirme... Tu espíritu se conturba... No. No soy Todopoderoso. No soy el Ser Absoluto que tú imaginas. Los que eso dicen me desconocen... Serena tu razón, porque a ella voy a dirigirme

para que disipes el error más profundo que se cobija en el entendimiento humano. Emplearé para convencerte la lógica más sencilla, que es la suprema Lógica. Esto nos separa algún tanto de la cuestión principal, mas no importa. Conviene, a todo trance, que conozcas la Verdad. Atiende. Si me haces Absoluto tienes también que hacerme Incognoscible. Fíjate bien y verás como no es posible que pueda tener ingreso en tus juicios semejante idea. Hazte cuenta, prescindiendo del absurdo, que Yo no puedo ser conocido, como condición la más alta y precisa de mi modo de ser; pero es el caso que has logrado averiguar que soy Incognoscible; de modo que ya soy conocido por lo que se refiere a mi atributo principal. Ahora bien: si tu razón no puede llegar hasta la mía por ningún sendero, ¿cómo has sabido que soy Incognoscible? ¿No comprendes que a ser Yo de tal condición y naturaleza, mi existencia no podría ser revelada por ningún conocimiento? Lo Incognoscible se separa por completo del progreso universal del conocimiento. No así lo desconocido. ¿Cómo llegáis vosotros al conocimiento de las cosas que no conocéis? Moviendo las Ideas; estudiando las causas de los fenómenos; perfeccionando el Espíritu y haciendo

involucionar al cerebro. Ante un sujeto Incognoscible toda actividad es nula. Las ideas carecen de objeto. La Razón queda incapacitada. El Progreso resulta inexplicable. Por otra parte, ¿no comprendes que si Yo fuese todopoderoso tendría que permanecer inmóvil eternamente? Esto también te confunde, y sin embargo se demuestra con la mayor facilidad. Pongamos que me muevo en cualquier sentido. ¿Qué ocurre? Que ya puede establecerse una relación referida, o bien al modo de ser antecedente, o bien al modo de ser consecuente, invirtiendo el orden de los términos comparativos. Este movimiento podría luego repetirse en sentido contrario, o sea a la inversa, de donde resultaría que el Ser Todopoderoso tendría que someterse a la Ley de las dos funciones precisas; la directa y la inversa, demostrándose, por este hecho, que existía una Ley anterior y superior a mi Omnipotencia. Así es que, para ser Absoluto, tendría que encerrarme en una perfecta inmovilidad y en un aburrimiento que también tendría que ser absoluto. Para explicarte mi existencia tendrías, antes, que destruir tus racionios, poniéndolos en pugna, obligándote a explicar lo que es inexplicable. ¿Qué podría hacer Yo en tal caso? ¿Qué obra es la que

podría salir de mis manos? La obra del milagro solamente; pero es que el milagro también es inexplicable, porque si lo fuera dejaría de serlo, de modo que no salimos de lo Incognoscible por ningún sendero; es decir, no salimos de la infecundidad eterna producto del Dios Todopoderoso... Ya respiras con más libertad, como si te descargas de un gran peso. Tu conciencia, sacudida por mis palabras, arroja su pesado lastre... Aun no he concluído... Yo soy un Hombre como tú, pero infinitamente grande, de máximo poder, pero no Omnisciente. No puedo realizar ningún acto sobrenatural porque tampoco hace falta. Sin salir del orden natural, hay muchas cosas que todavía desconoces. Si fueras más razonable hubieras comprendido al punto que, no habiendo llegado al colmo del conocimiento, no puedes afirmar que lo que aun te resta por conocer, sea incognoscible. No. No soy Absoluto, ni Omnipotente, ni Todopoderoso. Soy el Espíritu de máxima radialidad, y ya me basta para llevar a cabo mi obra sin la adjudicación de aquellos falsos atributos. Aun poseyéndolos no podría utilizarlos en manera alguna para que no quedase sin objeto la Vida universal.

»Tú crees que yo soy antes que la Ley. Te

equivocas. Primero es la Ley; luego soy Yo. Así se garantiza la libertad de todos, y por eso tienes tú libertad, aun haciendo mal uso de ella. Yo me hallo sometido a la Ley Infinita que preside a todos los seres en el Universo, para que ninguno pueda salirse de la Razón común, o modo de ser natural de cada uno de ellos. No me es posible evitar el daño después de cometido el yerro. Si así no fuese las causas distintas no producirían resultados diferentes. Yo gobierno, pero la Ley es la que impera. Hay que quitar la causa para que desaparezca el efecto. Nada existe que sea inexplicable, aunque no se explique, ni nada, tampoco, que sea incognoscible, aunque no se conozca. Volvamos a la vida parasitaria. Las invisibles falanges de elementos orgánicos estacionados han invadido ya todos los ámbitos de la Tierra. Esto no debe maravillarte, habida cuenta de los miles de millones de cadáveres que quedaron estancados en sus sepulcros por la funestísima práctica que se viene ejerciendo, al través de los siglos, de *enterrar a los muertos*. El microscopio denuncia el paso de la formidable invasión. Se encuentran organizados en forma de bacterias en todos los seres vivos. La atmósfera se halla infestada. Ya no hay bocado de carne que se halle lim-

pia por completo de toxinas. La aglomeración es tan enorme, que ha sido preciso transigir y hasta pactar con ellos, como se hace con los enemigos beligerantes, procurando atenuar su virus. Los biólogos pretenden, en vano, hallar las fuentes de donde se derivan tan copiosos raudales, bien lejos de creer que salen, principalmente, de las sepulturas. Verás cómo se organizan. No todos esos elementos estacionados tienen la misma densidad, porque no todos ellos perdieron a la vez el turno que les daba derecho a formar parte de los organismos de la vida en involución. Los más antiguos tienen mayor densidad que los más modernos en relación con los elementos orgánicos que continuamente se depuran, girando en el círculo de su acción y progreso. Estas densidades diferentes de los elementos que se estacionaron, forman una gran escala de mayor a menor densidad, que también es retrospectiva, comprendiendo a todos los términos de la sucesión infinitesimal. De manera que, relacionándose unos con otros por este orden, se organizan moduladamente, porque cumplen con la Ley de adaptación y asociación que da génesis a la vida organizada. Los elementos de asociación, bien organizados, empiezan por el elemento de mayor densidad;

a éste siguen otros correlativos cuya densidad es menor, hasta que consiguen formar el cuerpo orgánico que se interna desde el Medio Natural al Medio Espiritual, porque cada fenómeno tiene, por necesidad, que operarse en su ambiente propicio. Por el contrario, los elementos que se salen del turno, se asocian a la inversa. El elemento de menor densidad es el que sirve de base. A éste siguen otros cuya densidad es mayor, y así sucesivamente hasta que consiguen exteriorizarse orgánicamente, en orden retrospectivo, para formar, entre todos, la Vida estacionada o parasitaria. Ésta abarca, también, tres órdenes de vida Física, vida Vegetal y vida Animal. Como que no hay más que un escenario para que vivan todos, resulta que, así la vida progresiva como la vida retrógrada, tienen que vivir en comunidad, y así es como se producen los desórdenes que experimenta en su génesis, constitución y desarrollo, la vida regular y armónica. Cualquier descuido; la más pequeña infracción de la Higiene, cualquier estancamiento de la vida natural, sirve de base para dar organización a la vida parasitaria. Este hecho se explica porque la relación entre ambos modos de ser de la vida, una progresiva y otra estacionada, sólo es posible por mediación de

todos los términos de la escala de menor a mayor densidad. El empalme no se efectúa sin la concurrencia precisa de todos los términos de adaptación de la serie ; pero como hay tal convivencia y se halla el común ambiente plagado de elementos parasitarios de todos los órdenes, grados y estructuras, resulta que ya fué necesario establecer una componenda entre aquellos dos modos de ser de la Vida, constituyéndose otra, en síntesis, que no se halla estacionada por completo, ni sigue, en su desarrollo, la marcha francamente natural y progresiva que le pertenece, rodeada de miserias orgánicas y repetidos accidentes y enfermedades. Como es consiguiente, los parásitos tienden a que la Vida retrograde a sus pasados tiempos de mayor densidad, originando sus atavismos.

» Los elementos sanos la impulsan para que siga avanzando en demanda de organismos más intensos y superiores. Sólo son ajenos a esta lucha, los animales muy inferiores, que ya resultan anacrónicos porque también se estacionaron. Para el león, por ejemplo, toda carne es buena, y para el buitre, cuanto más putrefacta, mejor. La influencia la recibe principalmente el organismo humano, que es siempre moderno en su estructura. Los mias-

mas y bacterias lo invaden, produciendo efectos que varían, relacionándose con las diferencias de oposición que marcan los giros opuestos, desde el hedor más repugnante hasta el Cólera morbo. Así es como se establece el forzado equilibrio entre ambas existencias, al través de mil choques y peligros para la Vida humana, teniendo ésta que reducir, por necesidad, sus contingentes orgánicos y aminorar sus naturales vuelos de perfección, para atemperarse a la vida común exigida también por la Naturaleza, que, de buena o de mala manera, tiene que dar plaza a todos los seres cuya existencia se imponga por el encañamiento causal de los hechos concurrentes... Ya veo que tu espíritu se ilumina. Sigue escuchando. Mis pensamientos son puros. Mis planes son perfectos; mas no es con la pureza ni la perfección como se da fundamento a la Vida. Con la perfección Yo permanecería ocioso en un estancamiento infinito. El trabajo se impone por necesidad, y para que lo haya se hace también precisa la existencia de un elemento que nos sea adverso en Ley de oposición recíproca. Así es como se entabla la lucha y hay trabajo para todos. Si nada hubiese que hacer, ni nada que corregir, ni nada que perfeccionar, la razón de ser de

mi existencia y de la tuya perdería al punto su finalidad, y esto, como comprenderás, es un absurdo, porque, de hecho, cuantos seres pueblan el Universo, cada cual a su manera, todos luchan y trabajan. Por este motivo la Ley de perfección infinita tiene que convertirse en Ley de perfeccionamiento progresivo. Así es que para nada hace falta que Yo sea Todopoderoso. Ahora voy a decirte, en síntesis, cuál es mi trabajo. Éste tiene por objeto despertar al Espíritu que dormita en la Materia. Para realizar mi labor tengo que desdoblarla comenzando por descomponerla en partes mínimas, único procedimiento que hallo factible para vencer la resistencia indomable que me ofrece la masa. Tengo que apelar a la violencia haciendo que choque la Materia con la Materia en inmensas moles estacionada. Aquí empieza el dolor, mas ya está vencido el primer obstáculo. La Materia, con su resistencia, es la primera fatalidad que se opone a mis planes por aquella ley de justa y necesaria oposición. Antes de que despierte o salga el espíritu de las entrañas de la Materia, ésta tiene que volverse carne, y he de luchar contra las malas pasiones. Tal es la segunda fatalidad. Por último la Carne se vuelve Conciencia antes de llegar a la Razón, y he de luchar contra las su-

persticiones de la Conciencia. Aquí tienes la tercera fatalidad. Éstas son las tres Fatalidades trágicas. Mi obra empieza en el Caos. Mi pensamiento unísono y perfecto tiene que determinarse en formas monstruosas apenas se hace posible la vida en aquel escenario de fuego. Al contraste armónico sucede el choque discordante. La variedad es substituída por la disparidad. La vida Vegetal que se deriva de la vida Física, aparece en mil formas desordenadas por esta misma causa, y lo propio acontece con la vida Animal cuando ya me es posible constituirla. Para realizar mi trabajo he de valerme de los materiales de construcción que lo hacen posible, descartada la intervención del milagro, que es una de las invenciones más injustificadas de tu conciencia. Yo no puedo apoderarme de estos materiales uno por uno, como hace el cajista con los tipos de imprenta para componer las páginas. Viajan sin orden ni concierto, formando aluviones y torbellinos. Así es que tengo que adaptar mi obra al Acaso, aceptando su colaboración, uniéndolos por grupos homogéneos y haciéndolos modular, por diferencias progresivas, conforme antes te dije. Así es como puedo organizar la vida Vegetal, y así es como doy organización correlativa a la

vida humana, haciéndose precisa la existencia transitiva de la vegetación, porque con los elementos materiales que aporta la vida Física no es posible hacer armazones de hueso ni tejidos de carne, ni músculos ni tendones, etc., etc. No debe escapar a tu entendimiento que en mi plan de construcción sólo entra la creación de un tipo: éste es el hombre; mas no es posible construir mi obra de un salto, porque de lo contrario podría ahorrarse todo mi trabajo y volveríamos al principio absurdo de la Perfección y al Infinito aburrimiento. Tengo que escalonar mi obra para que al fin puedas tú aparecer en la escena de la Vida pasando por muchas y muy accidentadas peripecias. No es esto sólo. Así como no puedo distribuir, mano a mano, los materiales de la construcción, tampoco puedo hacer que, los seres, a medida que en ellos se desarrolla ya el instinto, ya la inteligencia, se muevan a mi antojo. He de adaptarme a su voluntad para que realicen la mía. La Carne tiene instintos y pasiones. Cuando la vida primitiva toma la forma animal, bajo composiciones extrañas y hasta disparatadas, que acusan la colaboración que tiene en mis contrucciones orgánicas la obra del Acaso, los individuos de las diversas especies se sienten acometidos de

impulsos también diversos, en razón a que tampoco es posible llegar a un instinto común con organizaciones diferentes. La disparidad de la forma es causa de la disparidad del instinto. Así es que los animales, contrariamente diversos, tienen que acometerse en la necesidad, obedeciendo a sus contrarios impulsos. Por esta causa el animal se hizo carnívoro, hecho que no puede ser más adverso a mi plan de construcción y evolución, basado en las formas típicas sucesivas de vida Física, vida Vegetal y vida Animal, por cuyo plan de sucesión los vegetales son únicamente los que deben servir de nutrición a los animales. Esta Fatalidad produce un gran trastorno en mi obra y complica mi labor de un modo extraordinario, porque adiciona a los desórdenes que produce la disparidad en la vida Física, los que se introducen por aquella causa en la vida Animal. Las construcciones orgánicas, dentro de un modo de ser estructural, se ven asaltadas por elementos intrusos que provienen de otras estructuras, y, naturalmente, se entorpece la buena marcha y el desarrollo de todos los organismos que yo dirijo por la senda del perfeccionamiento progresivo. Este lastre que dificulta la acción de mi obra se carga de una complejidad in-

mensa al aparecer en escena mi tipo ideal, o sea el Hombre. También comprenderás que en mis planes perfectos no entra para nada la prolongación de aquellas series extrañas de animales, haciéndose, así, anacrónicamente, contemporáneas del tipo humano. Mi pensamiento es el de eliminarlas por grados al aparecer el Hombre primitivo sobre la Tierra, borrando las diferencias anteriores en cada etapa sucesiva de mi trabajo; pero esto sólo es posible en la vida por evolución que es mi propia vida y pertenece al Medio Universal. Observa, en el *arco iris*, que cuando se determina el color rojo, ya no hay en él ningún asomo del amarillo, y lo mismo ocurre con los demás colores. Las diferencias van desapareciendo rítmicamente, de color a color, como debieran desaparecer los tipos diferentes de la animalidad, de etapa en etapa. Pero, en la vida por involución, los hechos no pueden realizarse del mismo modo. En mí está la Perfección; en ti está el perfeccionamiento. Aquel anacronismo se debe al estacionamiento de la vida Animal en determinados puntos y zonas de su involución, a causa de que la Tierra, por convulsiones del Planeta y por otras causas alterantes, no les ofrece los suficientes medios de nutrición, y se estancan

por falta de natural desarrollo. Y como la ola avanza sin detenerse, porque Yo no puedo interrumpir el curso de mi trabajo para no estancar, a la inversa, las existencias que alcanzaron los términos más progresivos, resulta que aquellas existencias quedan rezagadas y estacionadas hasta que otras leyes, más tardías de eliminación, las va seleccionando de la vida armónica en conjunto. Pero el dolor nunca se agota. El Hombre se hace también carnívoro.

»La base de su alimentación es puramente vegetal como la de todos los animales inferiores correlativos. Yo me veo precisado a construir los organismos, no conforme a la perfección de mi pensamiento de origen, sino a la colaboración precisa que debe tener la realización de mi plan, contando con la voluntad humana, buscando siempre el equilibrio más estable, y resulta que no todos los organismos se hallan preparados para tomar por base de nutrición los elementos que ofrece la vida Vegetal. Su composición mixta indica, claramente, la participación que todos los hechos debidos a la Fatalidad tienen en mi obra, dentro de los tres órdenes distintos que antes he mencionado. Las fuentes del dolor universal se hallan en esas intrusiones. Mi suprema

bondad se opone a cuantos dolores se producen por el sacrificio ilógico de unas existencias por otras. El animal no puede sacrificar al animal. Cuando la cuchilla del Hombre penetra en el cuello de un ser animado, yo me estremezco de dolor contemplando aquel triunfo del Mal inevitable. Esa no es mi obra. Es obra tuya impuesta por la trágica Fatalidad contra la cual todos luchamos. Tú también tienes que luchar contra ese mismo destino y también eres sacrificado, horrendamente, en los campos de batalla. Por fin, llegamos a la Fatalidad que se deriva de las supersticiones de la Conciencia. Las fuentes del Mal se nutren aquí en la forma que ya conoces. Aparecen tus miserias y enfermedades. Tu alma estancada tiende a la sepultura sintiendo horror por la Muerte. El forzado equilibrio que impone a las leyes naturales del perfeccionamiento, grandes períodos de parada en su marcha progresiva, no se consigue sino a merced del dolor universal. ¡Ese es mi gran dolor! Yo quisiera verte alegre y lleno de salud, en tu morada de tránsito, y te veo triste y enfermo. Yo quisiera que tu Razón se impusiera a los yerros que te estancan y esto aun no es posible. Ya sé que tal es la ley del Trabajo, sólo hacedero cuando no

falta materia de oposición. Mi profunda pena halla este bienhechor alivio, con la esperanza de que llegues a los superiores términos de la Felicidad por medio de mi Trabajo, siempre en colaboración con la fuerza de tu Espíritu... Hasta hoy no me ha sido posible hacer llegar esta luz a tu cerebro. Pienso que con ella descargarás tu conciencia de ese lastre pesado y anacrónico, preñado de obscuras supersticiones.

»Si amas tu salud no confíes en que la Ciencia Médica podrá ser siempre tu guía para que puedas recuperarla. Los sabios de la Medicina, desconcertados por el general desorden, presienten la necesidad de invertir el giro de sus investigaciones haciéndose filósofos. Primero apelaron a los principios alterantes. Estos son los medicamentos constituídos, en parte, por los parásitos de la vida Física y la vida Vegetal. Modernamente los médicos bacteriólogos, han enriquecido los sistemas de la curación, considerando como remedios del Mal, las atenuaciones de los virus infecciosos por medio de cultivos, derivados de las falanjes parasitarias que corresponden a la vida Animal. Ya se vislumbra que la nueva Ciencia Médica, debe fundarse en el preservativo, mas se tropieza con el formidable escollo de

que hay que crear enfermos para evitar el excesivo rigor de las enfermedades. No culpo a los médicos por eso. ¡Cómo había de culparles si el procedimiento que emplean es mi propio procedimiento! ¿Cuál es su objeto? Establecer el equilibrio, aunque sea forzado. En Medicina a este equilibrio se llama inmunidad. Ese es también mi objeto como único medio que hace posible la existencia, aunque no sea dentro de inmejorables condiciones. No hay más remedio que transigir con el Mal cuando éste es inevitable. Así ellos conservan la vida del individuo, por cuantos medios le sugiere su inteligencia y su ciencia, que ya es mucha, porque se ha inspirado en la mía, y Yo conservo la vida de toda la especie creando las naturalezas mixtas con funciones alternas de salud y enfermedad. Así es como he podido evitar la extinción completa de la Raza, creando además un ejército de defensores de la vida orgánica, contra las numerosas huestes de enemigos que la acosan. Sin este equilibrio, no sería posible la existencia del Hombre. Los choques con los organismos estacionados y malsanos producirían, siempre, la Muerte por la enorme discrepancia de los giros de oposición. La Involución progresiva tiene que detenerse a grandes intervalos, por

estas causas. Cuando avanza mucho, en determinadas épocas, en algunas zonas del Planeta, el estancamiento en otras, de los gérmenes atávicos, se acentúa; luego éstos se irradian; y esas irradiaciones son mortales, porque encuentran organismos demasiado progresivos y delicados que ya se habían separado de la vida mixta común tratando de romper el forzado equilibrio. Estas son las epidemias que se originan por depresiones de ese mismo equilibrio, como se forman los ciclones en la atmósfera y las reacciones en la vida social. Todas obedecen a la misma causa; a restablecer el equilibrio, aunque no sea perfecto. Es un dolor, pero la Vida tiene que transigir con esas grandes fatalidades que provienen de la Materia, el Instinto y la Conciencia. ¿Dónde está el remedio? En el Trabajo común. Todos tenemos que trabajar, aunando nuestros esfuerzos, para que recobre su imperio la Ley infinita. Confío en tu buena voluntad. Me veo precisado a respetarla, pero a la vez tú debes respetar la mía, para que el trabajo mutuo resulte provechoso. Estudia bien las Leyes naturales. En ellas verás reflejado mi pensamiento. Síguelas sin vacilar y nada temas. Me tendrás siempre a tu lado. Observa que el Mundo en que vives tuvo su origen en el

Caos. ¿Sabes por qué? Porque la Substancia, que es mi cuerpo, evolucionando, acaba por convertirse en globos de materia. Una mole, así condensada, es un cadáver... Yo hago que choquen aquellas moles para que resurja la Vida que en ellas se estanca y petrifica. Las pulverizo, y así ya puedo distribuir las partes formando los cuerpos de resistencia que dan organización a todos los seres. Auxíliame en esa obra, haciendo uso de tu poder externo, pulverizando a los cuerpos así que en ellos se extinga la vida, al objeto de que Yo pueda reorganizarla con aquéllos y otros nuevos elementos. Tú crees que con darles sepultura evitas el Mal, y precisamente das origen al Mal. Si te fijaras, más profundamente, en los sencillos fenómenos que se ofrecen a tu observación, se mitigarían mucho tus yerros. Dejas insepulto un cadáver. ¿Y qué resulta? Que ataca en breve tus órganos con pútridas emanaciones. Aquel repugnante hedor no es, como te figuras, un producto de la descomposición del cadáver; no por cierto: es un efecto, no ya producido por los elementos de la construcción orgánica, completamente disgregados, sino por las primeras formas de organización que toman dichos elementos, asociándose, como ya sabes, a base de la inver-

sión de la vida natural. Para que te convenzas por ti mismo, lleva a cabo su descomposición aplicándoles el Fuego. Pulverízalos como te aconsejo y verás como luego no huelen mal las cenizas. Este mismo resultado lo obtendrás aunque el cadáver se halle en estado completo de putrefacción. El Fuego es el elemento indicado para realizar esta obra de sanidad, fuente de la salud que has de gozar en el porvenir. ¿Sabes por qué no huelen mal las cenizas? Porque disgregas a dichos elementos orgánicos totalmente, a causa de que los menos densos, impulsados por el aire, se separan de los más densos y se rompen todos sus vínculos de asociación. Pero tú los enterraras, creyendo que es lo mismo quemarlos que sepultarlos. Aquí está tu error profundo. El cadáver debajo de tierra prosigue su labor malsana, lo mismo que cuando se halla a flor del suelo. Los organismos peligrosos se forman allí para florecer y dar sus pésimos frutos cuando, al transcurrir del tiempo, puedan dejar la cárcel provisional que los sepulta.

» Los efectos que producen estos elementos que tanto tardan en retornar al círculo de la Vida son mucho más sensibles que aquellos otros que sólo experimentan un estancamiento puramente accidental. El cadáver descom-

puesto a flor de tierra pronto se disgrega, ofreciendo sus partes componentes a la atmósfera, ingresando de nuevo en el círculo constituido por aquellos tres órdenes de vida en acción que ya he mencionado: el Físico, el Vegetal y el Animal. Los gérmenes putrefactos por el aire esparcidos y derramados doquiera, no pierden, por su estancamiento accidental, el derecho al turno que establece la serie en involución, porque no se han alejado de los primeros términos del progresivo desarrollo. Los vegetales se encargan de que aquellos elementos estancados los recuperen, apoderándose de todos ellos y obligándoles a formar parte de la organización vegetal, encargada de restablecer los giros armónicos que se han invertido al verificarse la descomposición del cadáver. De este modo la vida Animal encuentra su base de nutrición más sana en la vida Vegetal, siempre que ésta no se halle estancada, porque también ciertos vegetales demasiado nutridos a merced de aquellos gérmenes insanos, acaban por pervertirse de la misma manera, constituyendo un peligro para la existencia de los animales. Por el contrario, la desorganización llevada a cabo en el fondo de las sepulturas se opera más lentamente. Tardan mucho tiempo en tornar al

círculo de acción progresiva de la vida los elementos orgánicos, y cuando esto se hace posible, muchos de ellos ya no pueden tomar plaza en aquellos términos progresivos, quedando estacionados. Este es el caso más crítico, porque en semejante estado, no sólo merman los productos que son precisos para constituir los organismos cuya procreación se realiza, sin atender a ninguna Ley de limitación, porque ésta depende de la Voluntad humana, sino que paralizan y estancan la Vida en conjunto, convirtiéndose en causa de eliminación de muchos de aquellos organismos, haciendo imperfecta y desgraciada la Vida de todos. Ya conoces donde se halla el origen del Mal. ¿De dónde tiene que salir el remedio? De ti mismo. Para eso es menester que tu Razón sea la Luz que desentenebre tu conciencia. Nada aceptes que sea contrario a la Razón. Ésta es la Ley Infinita que nos preside a todos. Para afirmarla sobre seguro pedestal, debes hacerte de continuo las siguientes reflexiones. Dios no me abandona. Está conmigo. Si fuera Todopoderoso podría evitar los males que sufre la Humanidad. ¿Cómo no los evita siendo bueno en grado máximo? Porque su Poder se halla limitado. ¿Por quién? Por aquella Ley Infinita. No sería ra-

zorable que Dios consintiese en el Mal por capricho, ni aun a cambio de futuras compensaciones. Siendo Omnipotente sería injusto y se saldría de la Razón Suprema que impide que vayan juntas la Omnipotencia y la Injusticia. Debo tener siempre en cuenta que mi Lógica no difiere de su Lógica. Lo que racionalmente es para mí imposible lo es también para Él. Los fenómenos ordinarios de la Mecánica que se estudian en los talleres, obedecen a las mismas Leyes y se repiten con escrupulosa regularidad, en toda la mecánica celeste. Las Leyes naturales y racionales no exceptúan a nadie de su cumplimiento, sin excepción de Dios mismo. Este es el fondo de la cuestión. Si lo exceptúan, Dios es milagroso, injusto, enigmático. Si no lo exceptúan, Dios es como debe ser: natural, justo y razonable. Dios no puede impedir que yo extienda mi brazo cuando me plazca. Si pudiera hacerlo se anularía mi libertad. El Hombre sería un miserable autómatas del Universo. Se le daría existencia para hacerle sufrir. Uno solo que fuera desgraciado, siendo además esclavo de la voluntad ajena, podría pensar que Dios es un ser irracional. Esto es ilógico. Mi Voluntad tiene que cumplirse fatalmente. De aquí se sigue que mi Voluntad, mal regida, se cons-

tituye para Dios en una Fatalidad, contra la cual tiene que luchar constantemente. ¿De qué modo? En la esfera que pertenece a su máximo Poder, haciendo que baje esta luz a mi cerebro. Para evitar mis propios yerros se ve obligado a convencerme. De esta manera corrige el daño sin atentar contra mi libertad. Este es el único camino que puede abrir en el Mar Rojo de mi conciencia. Tal es el fundamento de su Trabajo. Todos los hechos se enlazan y giran dentro de un círculo de perfecta Lógica que se salía de mi entendimiento por su extraordinaria sencillez. Mi Libertad se opone a que sea un hecho la Omnipotencia divina. La Naturaleza tiene que luchar contra las fatalidades de la Materia. Yo tengo que combatir las fatalidades de la Materia y los yerros de la Naturaleza, y Dios tiene que luchar contra los errores de mi conciencia, los males de la Naturaleza y las fatalidades de la Materia. Así es como hay trabajo para todos por orden gradual, siendo Dios el primer obrero. Para que el Mal no existiese sería preciso que la substancia Única no saliera nunca de su primer estado, en cuyo caso quedaría el Universo inactivo. El mal proviene de la necesidad de que la substancia gire y se invierta hasta ponerse en oposición con

ella misma, convirtiéndose en Materia. De manera que todo se halla relacionado, sin que pueda prescindirse de ninguno de los hechos que forman el círculo. Suprimiendo la Materia, ya no tiene nada que hacer el Espíritu. Suprimiendo el Espíritu queda estancada eternamente la Materia. Haciendo a Dios Todopoderoso se anula la libertad de mi Espíritu y huelga el objeto de mi existencia. El Bien sólo se explica como oposición al Mal... La Luz como sombra a la inversa. La Libertad como situada frente a la Fatalidad. Los dos polos necesarios: el positivo y el negativo, para que pueda realizar su giro eterno la vida Universal.

.
»Ya se han desvanecido tus pesados sueños... Ya comprendes la enorme falta que has cometido. Sepultando a los cadáveres has sepultado también la resistencia de tus huesos... La robustez del niño que nace... El vigor de la Raza... La salud de la Humanidad. Por luengos siglos has minado el soporte que sirve de pedestal al Espíritu, quebrantando las Leyes de la Creación. Has contribuído de un modo enorme y funestísimo a que la enfermedad se apodere de los organismos... Has acortado el radio de acción de la vida Humana...

Has llenado de hospitales, manicomios y cárceles la vivienda que te ofrece el Planeta y que Yo deseo cubrir de mieles y de frutos y de flores... Has faltado al precepto principal de la Gran Higiene... Como el error es común, porque el pecado lo cometen todos los hombres y todos los pueblos, la pena es también común. Así lo habéis querido. Lo bueno y lo malo: todo es conforme a la voluntad del Hombre... pero aun hay esperanza. No olvides nunca estos consejos. No te separes jamás de estas reflexiones, y trabajando, de común acuerdo, haremos que el Dolor Universal se convierta en Dicha Universal, para girar de nuevo y volver al Dolor con la esperanza de recuperar otra vez la Dicha, que así es como no se agotan, jamás, las fuentes dulces y amargas de la Vida. »

Ahora es el filósofo quien se dirige al hombre para decirle: No. No des sepultura a los cadáveres. Arroja sus cuerpos al Fuego. Así es como te verás libre de miserias y enfermedades. ¡Al Fuego!... ¡Al Fuego! guardando las cenizas para aventarlas cuando el aire sopla con fuerza desde las cumbres más altas de las montañas. Lo exige la Higiene de la Humanidad. Lo manda Dios.

CAPÍTULO VI

SOLIDARIDAD DE LA HIGIENE Y LA ÉTICA

I

EN el Hombre, la Vida tiene tres órdenes distintos. Vida sensorial o de la Naturaleza. Vida Motriz o de la Voluntad y vida Racional o del Espíritu. El ser humano más perfecto es aquel en quien se ponderan, con mejor y más estable equilibrio, aquellos tres órdenes distintos de su vida.

Desde luego puede observarse que, en general, por lo que respecta al conjunto, o sea a la Humanidad, falta aquel equilibrio. La guerra, que es la enfermedad moral humana, traducida en choques y riñas entre los hombres, quienes se hallan también, moralmente enfermos, sigue siendo, con dolorosas repeticiones, la que dirime las cuestiones y diferencias internacionales. Los hombres se lanzan

unos contra otros, golpeándose y desangrándose... La barbarie toma en los campos de batalla proporciones verdaderamente espantosas. Los odios seculares de raza... La injusticia social... El crimen... La ambición..., etc., etc. Estos son los factores que producen el daño y que ponen de manifiesto que, efectivamente, no hay buen equilibrio en aquellos órdenes fundamentales de la vida humana.

¿Dónde se halla la causa perturbadora que da origen al problema del Mal?... He aquí la cuestión que debemos resolver. ¿Se halla en la vida sensorial o de la Naturaleza? No, ciertamente. Esta es igual para todos los seres. Nadie puede acusarla de parcial en el reparto de sus bienes. Para ella no hay privilegios de ninguna clase. Su balanza se halla siempre en el *fiel*, como la balanza de la Justicia. A todos atiende por igual. En sus campos fecundos se hallan los medios de nutrición de todas las existencias... Enciende el amor en todos los corazones... Hace partícipes a todos los hombres de idénticos placeres... No distingue de raza, ni de color, ni de pueblo... Si a ella se deben las diferencias estructurales de los organismos de la especie humana, atiende a esas diferencias pródigamente, particularizando sus bienes y productos en las zonas

donde hallan concreción aquellas diferencias... Así es que no puede culparse a la Naturaleza como causante de la perturbación.

¿Se hallará la causa en la vida racional? ¡Oh! Esto es absurdo. La Razón ejerce sus funciones constituyéndose en poder reflexivo y moderador de las acciones humanas... No se halla en la Razón la causa del Mal. He aquí entablada la disyuntiva. Ni a la Naturaleza ni al Espíritu puede aquella causa atribuirse; luego ésta debe residir en la Conciencia humana, que se hace motriz y se traduce en Voluntad.

¿Por qué hay guerras y choques? ¿Por qué hay mal reparto en los bienes que por igual nos ofrece la Naturaleza? ¿Por qué hay privilegios sociales, injusticias y deshonras, etcétera, etc.? Por la Voluntad humana.

Puede afirmarse que éste es el Mal inevitable. ¿Por qué motivo? Porque no todos los hombres alcanzan el mismo grado de elevación espiritual. Unos por diferentes estructuras del organismo, y otros por falta de educación... Ello es que no todos pueden frenar su Voluntad guiada por la Razón. Hay ser humano, tan infeliz, cuya inteligencia es inferior a la del chimpancé. Así resulta que la mayoría de los hombres son ciegos instru-

mentos del instinto, unos porque carecen de cultura, otros porque se dejan dominar por las malas pasiones. ¡Redimir a todos de esas miserias del alma!... Éste es el trabajo social. Mas para que este trabajo resulte fecundo, hay que conocer, bien a fondo, las causas de gran generalización que producen el desorden, tomando por punto de partida no sólo al Hombre individualmente, sino también al conjunto, al que damos el nombre de Humanidad. Ésta es la gran Ética como en el problema de las enfermedades resulta ser la gran Higiene.

II

Aquí observamos que la Ética y la Higiene constituyen dos líneas paralelas, correspondiéndose recíprocamente con tales vínculos de solidaridad, que las causas resulten comunes. La Moral y la Higiene sólo se diferencian en que afectan a la vida que se desarrolla en esferas distintas. La primera se refiere a la vida del Espíritu. La segunda a la vida del cuerpo, o vida Fisiológica, como quiera entenderse; pero como higienizar el cuerpo es como higienizar el alma, y como la moral de ésta y la higiene de aquél van unidas en todos los actos

de bondad y aseo de la Vida, resulta, definitivamente, que la Moral y la Higiene pueden considerarse como ramas derivadas de un mismo tronco, perteneciente a la Ciencia del Bien.

Con efecto; las invasiones guerreras constituyen las inmoralidades de carácter general, y paralelamente hallamos que las epidemias constituyen, también, las enfermedades del propio carácter. Hay hombres inmorales como hay hombres enfermos. La falta de moral en unos se corresponde con la falta de aseo en otros. Podría llamarse a la Higiene, moral del Cuerpo, y a la Ética higiene del Alma.

Establecemos estas concomitancias para que se vea, de un modo claro y preciso, que las causas del desorden son correlativas; hallando las que producen la enfermedad, obtenemos el hallazgo de las que producen la inmoralidad.

Atengámonos a la Ley, descubierta por nosotros, expresada en términos generales: *La Vida que se estanca se organiza de un modo que es contrario a la Vida que circula.*

Ya vimos cómo los gérmenes orgánicos paralizados, se invierten en su estancamiento, produciendo los venenos, los miasmas, los microbios, que son seres intermediarios entre el Medio y las existencias que se han organi-

zado como conviene al plan de la Naturaleza. En esos seres intermediarios la Vida no tiene flujo, y por consiguiente no circula. El organismo gira en vez de servir de soporte fijo de resistencia, y así es cómo los microbios atacan las células, limando los tendones, minando las vísceras, raspando los nervios, etc., etc. Éstas son las causas generales de las enfermedades que tanto amargan la existencia de los hombres. Por regla común, la fuente originaria se encuentra en el estancamiento de los gérmenes orgánicos, los cuales al invertir el orden directo o normal de la Vida que se desarrolla en términos progresivos, en incesante giro de involución y renovación, se convierten en sus enemigos más implacables.

Sin salir de aquella Ley general, aplicándola a la vida del Espíritu, digamos que *las ideas que se estancan se organizan de un modo que es contrario a las ideas que circulan*. He aquí establecido el paralelismo entre la enfermedad y la moral; entre la Higiene y la Ética.

Efectivamente. Consideremos a las ideas como los gérmenes del conocimiento. Si aquéllas se paralizan, éste también se estanca, y se produce el mismo fenómeno en la conciencia humana. Las ideas pierden el flujo de la Vida y se invierten como aquellos gérme-

nes. Estas son las ideas intermediarias o estancadas. Los organismos que se forman con tales ideas son como los microbios que atacan a la salud del cuerpo, sólo que en este caso atacan a la salud del alma. Son los organismos los que giran, no las ideas, así es que, al ponerse en contacto con la vida progresiva del Espíritu, se producen los más tremebundos choques. Por manera que, así como del estancamiento de aquellos elementos se produce la enfermedad, causa de las epidemias, del estancamiento de las ideas se produce la inmoralidad, causa del malestar común y de las guerras. Por eso hallamos explicadas las guerras que, en la Edad Media, sembraron de cadáveres la Tierra, por el estancamiento que en esa noche de ochocientos años tuvieron las ideas de libre circulación. Es Ley inevitable. No hay elemento alguno que pueda permanecer ocioso en la vida del Universo. Todo aquel que se estanca, gira y se revuelve contra la vida que circula, por el motivo de que se organiza a la inversa y choca con ella al ponerse en contacto con la misma; así es que podemos establecer este gran principio: La enfermedad y la inmoralidad proceden de una causa común: el estancamiento en cualquiera de los órdenes de la Vida.

Pero ¿por virtud de qué poder se opera el estancamiento? No por obra de la Naturaleza. Ésta gira incesantemente, no regateando a ningún ser vivo los componentes que necesita para nutrir y renovar su existencia. Ella es la que se encarga de abastecer a la Vida para que su flujo no se interrumpa... No es tampoco por obra de la Razón, volviendo a nuestras anteriores disquisiciones. La Razón actúa de péndulo regulador de nuestras acciones. Hétenos ya en el término común de arribada. El estancamiento es obra de la Voluntad humana, lo mismo en el caso de la Higiene que en el caso de la Ética. Los yerros, causa del Mal, salen del Hombre y contra el Hombre se revuelven. La culpa es suya, no de Dios, a cuya permisión se atribuyen falsamente los males que afligen a la Humanidad. Dios no puede evitarlos por el apremiante motivo de que tendría que coartar el libre ejercicio de la Conciencia, y entonces se convertiría en tirano del Espíritu. La Razón de ser natural que tienen las cosas es infinita, y comprende a todos los seres: grandes y pequeños, altos y bajos, sin exceptuar a Dios mismo.

Poned autoridad en un hombre, por ejemplo. Este es un elemento de orden moral. Pues bien. Si ese principio de autoridad no

gira y progresa, siguiendo el flujo circulatorio de la Vida en mancomún, entonces se estanca y la Ley se impone, porque aquel elemento no puede permanecer ocioso. ¿Qué hace? Se organiza a la inversa y se convierte en enemigo del Bien común. De aquí sale esa gran inmoralidad que se llama el Despotismo, el cual organiza las fuerzas de que dispone de un modo que ya es contrario a la Vida del Progreso y de libre circulación. Junto al Despotismo se corrompen cuantos le rinden vasallaje. La inmoralidad se extiende como el contagio de las enfermedades más virulentas. Al lado del Déspota todos se sienten déspotas y tiranos, del mismo modo que el hálito de un enfermo inficionado, inficiona a todos cuantos le respiran y padecen. He aquí un caso de estancamiento de autoridad.

Lo mismo acontece con todos los espíritus que se estancan en una pasión determinada. En este caso la pasión gira y se convierte en enemiga de la libertad del Espíritu, avasallándole con su poder absorbente. Un hombre así resulta inmoral de un modo que es inconsciente. Si es avaro, acapara las riquezas, que es otro género de estancamiento, y las riquezas, no circulando, se vuelven contra él. Le hacen tacaño y miserable y no las disfruta. Si

ama con exceso a una mujer y pierde la serena guía de la Razón, el amor se estanca en su pecho y gira para convertirse en celos infundados que se revuelven contra su dicha, mortificándole sin cesar... Si le ciega la vanidad cae en el egoísmo de la inteligencia. Se hace pedante y soberbio... Los resultados de su saber producen efectos negativos que le desacreditan a los ojos del talento liberal y expansivo que sigue las leyes del natural progreso... Nunca acabaríamos de citar ejemplos. Los inmorales, como los enfermos, cunden por todas partes; pero siempre derivándose de aquella fuente original que calificamos de estancamiento.

III

Debemos decir que así como hay enfermedades y enfermos, hay también inmoralidades y hombres inmorales. La enfermedad lo es de causa y el enfermo lo es de efecto. La primera se produce por los yerros de la Humanidad entera. Esta enfermedad se propaga y se producen los pacientes por efecto del contagio; pero los términos se invierten, y lo que es efecto se convierte en causa, y el atacado

que al comienzo resulta ser un enfermo, acaba por contraer la enfermedad, convirtiéndose también en causa de contagio. Lo propio acontece en el orden moral. Las grandes inmoralidades proceden siempre de arriba. Luego aparecen los inmorales por el contagio. Aquéllas son de causa. Éstos lo son de efecto. Pero se invierten aquí también los resultados, y los sujetos inmorales acaban por convertirse en causa de inmoralidad.

Hay que distinguir entre un ser estancado y un ser estacionado. Puede acontecer que un hombre, como dijimos antes, revele menos inteligencia que un chimpancé, por su atraso intelectual; pero entre ambos media una diferencia que conviene establecer. En tal caso aquel hombre se ha estancado. El chimpancé es un animal estacionado. El ser inteligente se ofrece con signos de inferioridad a nuestra contemplación, porque no se ha desarrollado por completo. Hay en su organismo elementos estructurales de origen, que no han producido estado orgánico. Aquel individuo pertenece a un término superior en la involución que ha seguido toda la especie animal, en relación con el chimpancé, que quedó estacionado. La Naturaleza le ofrece como un tipo educable merced a las funciones

del Espíritu, que ya no son de su incumbencia, razón por la cual constituye el grado superior de la escala en la Vida terrena. El ulterior desarrollo por educación se confía a la Voluntad humana, única que puede completar la obra. ¿Y qué ocurre si el hombre civilizado, o en estado de mayor cultura, no realiza la obra que se le encomienda? Que su semejante inculto no se desarrolla conforme al plan que motiva la estructura de su génesis. He aquí bien definido lo que debemos entender por estancamiento.

En el chimpancé, por el contrario, el desarrollo es completo, sólo que no alcanza a mayores grados de elevación en la escala total de la Vida. Por eso es ineducable, porque no residen en él los elementos estructurales que son indispensables, desde la génesis, para hacer posible la educación en el ulterior desarrollo. No hay aptitud en la vida orgánica que no tenga su órgano. Si éste falta, la aptitud no puede manifestarse. No así a la inversa. La aptitud puede desarrollarse progresivamente por el hábito, cuando éste puede ejercitarse, y crear el órgano estructural adecuado. En este hecho se funda el progreso de las especies, haciéndose precisa la voluntad de cada individuo para iniciar la ap-

titud y establecer la costumbre: Así es que el origen del Hombre no está en el mono ni en otro animal inferior, sino en el primer vestigio de la vida orgánica que hiciera su aparición en la faz del Planeta. La existencia del chimpancé y de todos sus congéneres irracionales, en mayor o menor grado, indica que en ellos quedó interrumpida la serie progresiva y se ofrecen en el estado propio que pertenece a la vida en aquel término en que se produjo la interrupción. Estos son seres estacionados y por lo mismo incapaces para realizar su progreso por ninguna forma. Lo impide la ley ineludible de la Involución, o digamos evolución a la inversa, que del mismo modo se opone a que los ríos puedan remontarse a su origen, como que sigan su curso cuando sus aguas quedan estancadas.

Volviendo al estancamiento del ser humano, éste se debe, como ya hemos dicho, a la falta de desarrollo del organismo a base de mayores elementos de construcción orgánica, por manera que sobran esos elementos de iniciación genésica. Pero en el desarrollo de la vida universal no puede sobrar ni faltar nada. Hay que vivir y funcionar de un modo o de otro, a la directa o a la inversa. No causando estado orgánico en el desarrollo dichos

elementos estructurales, ocurre que faltan luego en el organismo, y, es claro, éste se resiente por carencia de complejidad. Su ajuste con el Medio es imperfecto, allí donde aquellos elementos se hacen sentir por su ausencia: en el cerebro. ¿Y por qué en el cerebro? Porque se refieren a principios de orden psíquico o espiritual. Aquí está la clave. Si tuvieran desarrollo, ¿dónde se manifestarían los resultados? En el cerebro, no en los demás órganos que pueden ser muy vigorosos y robustos. Allí es donde se revelan las aptitudes del Espíritu, hasta ese grado de racionalidad que debe distinguir al hombre del chimpancé.

Siguiendo este orden de ideas, ya podemos afirmar que un individuo de la especie humana estancado, es más imperfecto que cualquier otro animal inferior de instintos inteligentes, en atención a que este se halla completamente desarrollado y en aquel otro falta desarrollo. Las aptitudes que revela un espíritu tienen siempre por base la correspondiente estructura orgánica. Puede acontecer, según antes indicamos, que el Espíritu se eleve sobre la base de su génesis estructural. En semejante caso el órgano, o digamos aquí el cerebro, progresa al igual que el gimnasta

hace progresar sus músculos y tendones; pero el cerebro que no se perfecciona o desarrolla hasta el término adecuado que le pertenece, se encuentra en condiciones de inferioridad con el resto del organismo, se separa de la armonía del conjunto y no puede resistir al Medio con el cual debe adaptarse a la inversa como órgano de resistencia. ¿Y qué ocurre cuando el Medio predomina en mayor o menor escala sobre todo cuerpo u órgano de resistencia? Que éste cede al Medio; pero es que ceder al Medio es invertir el orden natural de la construcción orgánica, y los fenómenos que se producen caen siempre en el dominio de la Ley que ya conocemos. *La vida que se estanca se organiza de un modo que es contrario a la vida que circula.* Esta es la causa de la degeneración del órgano cerebral y, por consiguiente, de aquel estado inferior que sitúa al ser humano al nivel, y aun por debajo, de los seres irracionales.

Debe comprenderse que esta degeneración tiene sus grados según el contenido de los elementos de futuro desarrollo que aporta la génesis en relación con el que luego obtienen estos mismos elementos, hasta producir el fenómeno de la locura, que también se significa en diferentes grados. El flujo de la vida as-

ciende al cerebro por todos los cauces que le ofrece, el organismo, y al llegar a este órgano se entorpece su curso cuando aquél se halla mal constituido. Aquí es, precisamente, donde la substancia en fluxión, se hace consciente, porque ya se ha transformado en fuerza espiritual, y los fenómenos de la perturbación necesariamente han de ser psicológicos. El caso es que, detenida o entorpecida, la corriente esta ya no puede elevarse, con la fluidez necesaria, hasta los términos superiores de la escala donde se forma la Razón, ordenadora de todas las funciones del Entendimiento.

Conocidos estos hechos, se comprende al criminal nato, que es un ser falto de moral no por culpa suya, sino por culpa ajena. La Sociedad se halla en deuda con estos individuos degenerados. El ansia que sienten algunos de matar, se debe al impulso fatal que sigue a todas las degeneraciones de este orden. Es la misma que acomete al microbio contra la vida organizada, de un modo que es contrario a la suya; pero hay también seres degenerados inofensivos. ¿Cómo se explica esto? Porque en tal caso se trata de degeneraciones orgánicas que no afectan como aquéllas particularmente al órgano cerebral. El estancamiento aquí se produce por defectos habi-

dos en el núcleo genésico, por causas accidentales. El núcleo vital ya viene desde el origen mal planeado. No se hallan en él bien distribuidos los elementos que han de producir el futuro desarrollo, y estas deficiencias pueden afectar a distintos órganos, produciendo fenómenos que no tienen marcado carácter psicológico. Para este caso hay que aceptar que los elementos estructurales de la aptitud, intelectual o racional, se han desordenado o eliminado del núcleo genésico. Así el cerebro alcanza su desarrollo, pero con muy escasa inteligencia. La solución más crítica es aquella que se refiere al estancamiento operado por unas y otras causas, haciéndose casi insuperable la educación del individuo, o bien abandonándole en semejante estado de animalidad.

Las verdades inquiridas nos permiten establecer, con toda exactitud, las distancias que separan a la inmoralidad de la enfermedad, que hemos convenido en calificar de líneas paralelas. Cuando el estancamiento en el ser orgánico se opera por falta de elementos de resistencia, el caso es de enfermedad. Cuando el estancamiento se opera por falta de desarrollo de los principios genésicos, el caso es de inmoralidad. Por último; cuando se opera

por ambas causas a la vez, el caso es puramente patológico. De estas tres formas del estancamiento salen los enfermos, los inmorales y los locos.

CAPÍTULO VII

EL MAL POR LAS IDEAS ESTANCADAS

I

AHORA pasemos al estudio de las causas generales. La enfermedad proviene, en su fundamento más esencial, de los yerros que son de orden colectivo. La inmoralidad puede atribuirse a causas del mismo orden. Los seres humanos no pueden educarse por sí mismos. Tienen que ser educados. El desarrollo estructural lo ofrece la Naturaleza en la génesis. La Sociedad viene obligada a completar la obra, y si no lo hace, culpa es de la Sociedad. Queda sólo por dilucidar el tercer caso. La mala distribución, en los principios genésicos, no debe atribuirse ni a la Naturaleza ni a la Sociedad. Aquí interviene el Accidente que no abandona por completo a la

Vida que se desarrolla en el Planeta. Ésta es obra inevitable de la Fatalidad.

Los que sigan atentamente nuestras revelaciones podrán observar cómo se va desentrañando la sombra del fondo oscuro del problema, y cómo éste se va rodeando de esplendorosa luz.

Afirmamos rotundamente que: Los males que afligen a la Humanidad se derivan de la propia Humanidad, salvo los casos, que son los menos, en que aquellos se producen por el Mal ciego, oriundo del *Caos*.

Así como hay estancamiento individual, hay estancamiento colectivo. Las sociedades no se desarrollan conforme conviene a los principios genésicos de la Involución, y de aquí salen sus degeneraciones causa de las inmoralidades que padece.

En la Higiene de la Humanidad hemos descubierto, con profunda sorpresa, que la causa principal del estancamiento que produce las grandes enfermedades que la afligen, se encuentra en un hecho que forzosamente debía tener y tiene carácter general. Todos los pueblos sepultan a los cadáveres. He aquí el estupendo error. Tal es la fuente perniciosa, pródiga en desdichas, que constituye uno de los tres factores componentes del problema del

Mal. Los hombres retiran de la circulación de la Vida los elementos orgánicos de resistencia que la constituyen, y la vida humana se estanca y degenera por aquel motivo. La Tierra los suministra. El Vegetal los recoge. El Aire les da movimiento. La Naturaleza los organiza, pero el Hombre deja incumplidos sus deberes. El Hombre que dispone del fuego para operar la descomposición de los cadáveres y restituir al Aire las partes orgánicas, con objeto de que circulen en demanda y renovación de nuevos organismos, secuestra esas partes orgánicas, desmembrando, de un modo enorme, el caudal común, imitando al avaro miserable que entierra sus tesoros para que a nadie aprovechen... Luego estos elementos estancados, giran de un modo que es contrario a la vida bien organizada, y en vez de constituirse en sostén de la propia vida, si pasados los tiempos logran salir a flor de tierra, o ya no aprovechan, o se convierten en organismos homicidas... Los yerros de la Humanidad se vuelven contra la Humanidad.

¿Por qué ese afán inaudito de enterrar a los muertos? ¿En qué se funda? En la superstición religiosa. Aquí está la fuente del Mal. Por rendir culto a esa oscura superstición la Humanidad está enferma. De aquella fuente

salen las legiones de microbios que asolan a los pueblos... El hombre carece de vigor constitucional por la misma causa. Se marchitan prematuramente las flores humanas. Degenera el amor en las más repugnantes perversiones eróticas. Padecen las mujeres el ostracismo malsano de su sexo... La miseria orgánica es general. La desgracia es común porque el pecado es también común.

¿Y en las causas que producen la inmoralidad humana, no hay alguna otra que tenga también ese carácter general? Estudiémoslo con toda serenidad, sin rendir vasallaje alguno a la pasión. No culpamos personalmente a nadie: registramos los hechos con el mayor escrúpulo para desentrañar las causas que los producen. Nos guía el amor que sentimos a la Verdad con la Luz que hace descender hasta nuestro cerebro el soberano Espíritu.

El daño moral se produce por las Ideas estancadas. Las Ideas son los elementos orgánicos del conocimiento. Si éstas no circulan, el conocimiento no se renueva y también se estanca, produciéndose su degeneración. Ésta es la Ley fatal que no puede quedar incumplida en ningún caso. Los gérmenes de la vegetación, que circulando producen flores, cuando se estancan producen miasmas. Los

gérmenes de la vida Animal, que circulando dan fortaleza a la sangre y vigor a los huesos, cuando se estancan degeneran y se convierten en microbios que inficionan la sangre y perforan los huesos... Las ideas, que circulando acaudalan el conocimiento y hacen brillar la luz de la Razón, cuando se estancan degeneran y se vuelven contra la Razón.

¿Y dónde se oculta la causa de carácter más general que en todo tiempo produjo el estancamiento de las Ideas? ¡Ah!... Ya se han unido las dos líneas paralelas confundándose en una sola. La causa se halla también en la superstición religiosa. Esta es la que detuvo en todo tiempo la libre circulación de las ideas desde el Asia a la Europa, desde el Africa a la Oceanía, desde los más antiguos a los más modernos mitos religiosos. Ella es la que martirizó a los sabios de todos los países, sin excepción de religiones. Ella es la que hizo perecer en las llamas a Giordano Bruno... La que atormentó al anciano Galileo... La que desterró a Vésalo, fundador de la Anatomía directa...

No queremos hacer más larga la lista, que es interminable... ¡Caiga sobre esa fuente del Mal la severa crítica de la Historia; la indignación de los sabios, el anatema de todas las

conciencias amantes de la Justicia... La superstición religiosa no sólo es causa de que los hombres se hallen enfermos... es causa también de que sean inmorales.

El estancamiento de las Ideas por aquella causa de carácter tan general, obedeció a la Ley común. Las Ideas estancadas se organizan de un modo que es contrario a las Ideas libres. La degeneración se significa en este caso, como en todos, por procedimientos que son contrarios a la Vida organizada por las Leyes naturales. Las doctrinas de vida se convierten en doctrinas de muerte. El Amor degenera en Odio. La tolerancia en intolerancia. La humildad en soberbia. La paz en guerra... Las Ideas se sepultan en templos de piedra, que son los cementerios del alma. La Naturaleza, de acuerdo con el Soberano Espíritu, organiza las existencias por este orden: la materia sirve de base para llegar hasta el Espíritu por involución. La superstición religiosa invierte este orden. La base es el alma, y así es como se llega a la materia. La inversión o degeneración es total... El flujo de la Vida sólo es posible de mayor a menor condensación; desde la Naturaleza al Espíritu. Si se invierten los términos, el flujo de la Vida se estanca y corrompe, produciendo en unos casos la enfer-

medad y en otros la inmoralidad. La Higiene y la Ética tienen que darse la mano para combatir al enemigo de la Humanidad, haciendo que vuelvan a sus polos de acción, provechosa y fecunda, todos los valores que se han invertido.

VI

Las religiones tienen una nota común: la creencia en Dios. Esto es lo verdadero; pero cada una de ellas le adjudica atributos distintos. He aquí lo falso. Ha prosperado el elemento de mayor generalidad porque es el más simple, y han podido coincidir en tal Principio, así la Razón como la Fe, el Entendimiento como la Conciencia. En ese fundamento se borran los distingos, como que Dios se deriva correlativamente de la Ley Infinita, donde no es posible establecer ninguna diferencia. La idea de Dios ha unido a todos los hombres. El Ser racional no discrepa del creyente sentimental. El corazón y la cabeza van juntos para rendir culto al Poder Máximo (no Infinito) que en Dios reside.

Semejante comunidad de ideas y sentimientos, se explica por la fuerza *en sí* que la Ver-

dad posee, de mayor atracción y energía cuanto más cerca se halla del Infinito, y tiene, por consiguiente, mayor simplicidad. La Verdad se impone por sí misma, porque no hay razón, ni argumento, ni lógica que puedan sobrepujarla, como que tiene prioridad cronológica sobre todos ellos.

Observemos que los axiomas científicos tienen tal fuerza que ya no se discuten. Permanecen incólumes al través de los siglos, sin que les conmueva ni arrastre el torbellino de las Ideas. La fórmula de Pitágoras, por ejemplo, que establece las relaciones fundamentales que unen a los lados del triángulo-rectángulo, se considera, por todos los hombres de ciencia, con tanto fundamento como pueda atribuirse a la idea de Dios. ¿Cuándo se determinan las diferencias que separan a los creyentes de esta idea trascendental? Cuando toma desarrollo. Aquí ya se divide la creencia común. Los raudales diversos proceden de la misma fuente, pero cada uno de ellos se constituye en distinta religión, dando lugar a la creación de iglesias diferentes y promoviendo las guerras religiosas que han sembrado de cadáveres la superficie de la Tierra.

La conciencia universal acepta la nota unívoca como principio de la armonía, mas luego

hallamos que se produce la discordancia. ¿Por qué? Porque los acordes se han separado del Principio armónico. Porque la idea de Dios no ha tenido buen desarrollo. No era la Fe, elemento de conciencia y de sentimiento, la que podía operarlo. Esta es obra de la Razón, principio de inteligencia y entendimiento. Tal afirmación no puede ponerse en duda. Era preciso desenvolver la idea de Dios por Evolución, o sea desde lo más simple a lo más complejo, hasta relacionarla con nuestra existencia a merced del estudio que ofrece el encañamiento causal de los hechos, y esta labor, ¿a quién pertenece? ¿Al sacerdote, que puede ser un ignorante, o al filósofo dotado de sabiduría? Claro es que al filósofo. De aquí deducimos que, lógicamente, la Humanidad debió llamar sacerdotes a los filósofos, y a la Religión, Filosofía.

¿Querrá decírsenos que las muchedumbres necesitan de símbolos religiosos? Esta verdad no ha sido demostrada por la experiencia. Nada es, moralmente, adorable que no sea verdadero. Sólo la verdad es fecunda moralmente, apartando al entendimiento de engañosos sofismas. Aquellos símbolos religiosos varían de expresión simbólica y de forma, y hasta de fundamento, en cada urbe religio-

sa; luego no son verdaderos, y por lo tanto su efecto ha de ser inmoral necesariamente, poniéndose en pugna y apelando a la guerra para destrozarse mutuamente.

¿Por qué causa la Religión se separó de la Filosofía? ¿Por qué se crearon dogmas divorciados de las Leyes naturales? ¿Por qué se impuso el Monje al Filósofo, la Fe a la Razón? Para nosotros, esta nueva cuestión, no constituye ningún enigma. La explica nuestra Ley tantas veces citada. La idea de Dios no ha sido desarrollada conforme exigía su trascendental Principio. Sirvió para crear los organismos religiosos por medio de los engañosos espejismos de la conciencia Humana, esencialmente superticiosa, y la idea de Dios, estancada por falta de desarrollo, ha degenerado en los templos, volviéndose contra el Dios verdadero, como ocurre con todos los gérmenes orgánicos que, con natural desarrollo, producen organismos bien ordenados, y al estancarse se convierten en enemigos de esos propios organismos.

Hay otro ejemplo muy elocuente, y vamos a citarlo: ¿Quién duda que la Moral cristiana se funda en el Bien puro? Nadie puede ponerlo en duda; y, sin embargo, el cristianismo que trató de resistir al Medio social con-

vivente, en los primeros siglos que fueron los de su martirio, tuvo al fin que ceder al Medio. Ésta fué la causa de su degeneración, como la de todo organismo cuyo desarrollo se funda en la resistencia al Medio. Así vemos que tiene que vivir y organizarse a la inversa de como exigían sus primeros principios. Se hizo guerrero en la Edad Media, poniendo la cruz en la empuñadura de la espada, cosa tan positivamente adversa a la doctrina de Jesús. Promovió las guerras religiosas, y, en las Cruzadas, manchó de sangre la túnica del Maestro, predicador de la paz entre los hombres. Después el cristianismo organizado se hizo político, intrigando en las Cortes europeas, y hoy se ha hecho mercantil, adaptándose al Medio social en que vive, y el cual se distingue por su fervoroso culto al Becerro de Oro.

Esta inversión no puede ser más patente. El cristianismo puro no puede ser más moral y sencillo. Predica la paz y el desprecio a las riquezas; mas luego, al tomar desarrollo, como se anticipó históricamente a su tiempo, no pudo resistir al Medio y tuvo que adaptarse al mismo para ofrecer, al cabo de muchos siglos, el espectáculo de su dolorosa inversión, si bien conservando, irrisoriamente, la predicación estéril de su doctrina, capaz de conver-

tir en ricos a los pobres; pero incapaz de convencer a un rico de que la moral cristiana le obliga, no ya a despreciar las riquezas, pero ni siquiera a usar de ellas caritativamente.

Sensible es decirlo, pero la moral humana no tiene ningún elemento de resistencia que ofrezca estabilidad. ¿Dónde se halla el eje de acción de la Moral? En la Idea de Dios, pero no en la idea abstracta, sino en el Principio desarrollado, moduladamente, para que tenga fecundidad, conforme exige el orden científico de la Vida.

En el giro de Involución, los términos excesivamente variables, la quebrantan por medio de constantes oscilaciones. Los términos fijos tienen que alternar con los variables para que el desarrollo pueda verificarse con giro armónico. La moral humana no podía progresar sin poder hallar fundamento en su eje principal y verdadero, siendo esclava la conciencia de la obscura superstición religiosa. Carece, por la misma causa, de desarrollo, y se ha estancado, haciendo inmorales a los hombres que antes han aprendido a ser sabios que hombres de bien. Así anda en las sociedades la Moral pública y la privada. La deshonra con dinero es virtud. El honor es privilegio... La gloria, fortuna... La fortuna,

accidente... Carga pesada, el trabajo..., etcétera, etc.; formas todas que indican la degeneración que han sufrido todos los elementos orgánicos de la Moral. Sólo ha podido salvarse del general estancamiento la Razón humana. ¡Aun hay esperanza! ¡Ah, sí! Aun hay esperanza. La idea de Dios se ha desarrollado, al fin, conforme exigían sus leyes y principios... Los filósofos antiguos y modernos la han iniciado con sus prodigiosos vislumbres, obteniendo su desarrollo progresivo. Dios se halla vinculado con todos los seres. Dios, desde lo interno, y el Hombre, desde lo externo, se hallan en constante comunicación. Este es el eje verdadero de la Moral. La Humanidad se ha salvado. Ya nada importa que se ofrezca la Vida como un mar agitado en noche oscura y borrascosa. Brilla a lo lejos el resplandor de un faro luminoso. No hay más que dirigir el rumbo hacia aquella Luz. ¡Allí está Dios..., y con Él la Razón Humana!

CAPÍTULO VIII

EL BIEN PURO O FILOSÓFICO

I

EL destino total de la Vida toma exactas concreciones en nuestro entendimiento. La lucha entre la Ley, que proviene del Infinito, y el Accidente, que surge del *Caos*, es la que sirve de objeto de actividad a todos los seres, cada uno en la esfera de acción en que se agita. Si suprimimos la lucha, suprimimos también el objeto de la Vida. Desapareciendo cualquiera de los dos polos, positivo y negativo, del giro universal, ya no es posible el movimiento. El Accidente es tan necesario como la Ley. El choque, tan preciso como el contraste. La resistencia, tan fatal como la potencia. Decidle a un mecánico: Disponed de una fuerza viva muy intensa. Y al punto os dirá: Para realizar su movimiento necesito

otra fuerza constituída a la inversa, o sea un soporte capaz de oponerse a la acción de aquélla con una energía, igual por lo menos. Por la misma razón no puede concebirse una línea con un solo extremo, ni una esfera sin dos polos recíprocamente opuestos. Tal es la imprescindible necesidad del modo de ser de la Vida. No sobra la Materia ni sobra el Espíritu. Son precisos los dos elementos para que la Vida sea posible, pero no estancados, sino girando eternamente, renovándose y transformándose por etapas sucesivas, para que no sea posible el estado definitivo en ninguna existencia.

Como la Materia se debe a la inversión de la fuerza psíquica, no es que sean cosas esencialmente distintas, ni fuerzas diferentes, sino cosas en oposición para que las diferencias de las fuerzas en general puedan llevar a cabo el fenómeno del movimiento. ¿Cómo se opera éste? Por la resultante de fuerzas diferentes. El reposo sólo se concibe cuando una fuerza no *lucha* con ninguna otra. No es lo mismo el equilibrio que el reposo. Al entablarse un pugilato entre dos fuerzas de la misma densidad con acción contraria, ambas se equilibran o ponderan. ¿Dónde hay accidental reposo? En la Materia. Esta es inerte,

porque acciona sobre sí misma, pero la Materia también verifica su reversión obligada por la concurrencia de otras fuerzas. La ley del desenvolvimiento de su propia vida la llevan en sí todos los seres. Esta Ley se halla particularizada en el fondo de cada existencia y establece, en general, la finalidad común. Las fuerzas naturales, sin ser conscientes, actúan, unas sobre otras, dentro de la propia finalidad, lo mismo exactamente que si lo fueran. ¿Por qué causa? Por las acciones y concomitancias que tienen los dos giros opuestos.

Del conocimiento de estos hechos, vinculados en sus diferentes modos de ser, surge esta idea más alta y superior. No hay más que una sola finalidad en los dos ciclos de la Vida, aunque éstos siguen direcciones contrarias. Sólo hay una causa primordial y fundamental, que da origen a todos los giros y movimientos del Universo. Esta se halla en la fuerza consciente del Espíritu. El Medio Universal da el régimen de la vida en el ciclo de reversión. Esto es innegable, porque al condensarse el Espíritu en materia, como ésta, por sí, carece de movimiento, todo acabaría en Materia si la fuerza contraria o del Espíritu, no se encargase de llevar a cabo la re-

versión de la misma, tomando cuerpos de resistencia en nuestros organismos y en nuestra propia vida consciente para realizar su cometido.

Esta finalidad se distribuye por partes en todos los seres que pueblan el Universo. La lucha se generaliza por doquier, como que es el fundamento de la Vida. Ahora nosotros, en la variedad, luchamos para ser redimidos. Después, cuando, al cambiar de signo, en la Unidad (Dios), pertenezcamos al ciclo directo, lucharemos para redimir. Estos son los dos términos diferenciales de la lucha universal. Luchar para redimir, y luchar para ser redimidos. En uno y otro caso, se imponen los principios de la Equidad y la Justicia, porque las acciones se invierten en giro eterno. Hay lucha en el Medio, la hay en el Individuo, pero todo es obra derivada de la Ley común.

El Espíritu necesita resurgir *en sí*, del fondo de la materia, pero esto no puede llevarse a cabo desde un principio, sino es por medio de la violencia. La lucha consiste en vencer la resistencia que impide el progresivo desarrollo de la Vida. Realizar un esfuerzo y llevar a cabo un trabajo; he aquí el premio de la lucha, o sea el de la vida: el trabajo realizado. Así es que todos los seres trabajan cada uno

en su esfera de acción. El Trabajo es el fundamento de la dicha, pero no se realiza sin fatigas ni dolores. El Dolor universal, por medio del Trabajo se convierte en Dicha universal.

Como acabamos de decir, el trabajo tiene dos formas. La del ciclo directo y la del ciclo inverso, que teniendo distintas direcciones se ponderan, sin embargo, admirablemente entre sí. En el ciclo inverso, o sea en la vida de reversión, trabajamos en formas diversas para la elevación del Espíritu. Después, en el ciclo directo, con giro de inversión, trabajamos unitariamente (aquí es Dios quien trabaja) para la propia elevación. Así resulta que, en ambos casos, trabajamos para nosotros, ya redimidos, ya redentores. De esta manera todos trabajan y la Vida universal no carece de objeto. El trabajo a la directa, se funda en la necesidad que tiene el oprimido de ser auxiliado por el que disfruta de libertad. El trabajo a la inversa corresponde al oprimido que lucha contra los opresores, pero como el que hoy es libre resulta mañana oprimido, invirtiéndose los términos al través del tiempo, tenemos que el Trabajo, a la directa y a la inversa, tiene una finalidad común, consubstancial a la misma Vida.

Fundamentalmente no hay premio ni cas-

tigo. El Bien que se obtiene por el trabajo que se realiza se halla contenido en el propio trabajo, y como el trabajo es lucha y luchando se vive, resulta que la Vida es un Bien. Nadie puede premiar ni castigar a otro. Puede acontecer y acontece, que el esfuerzo llevado a cabo por algún ser, no le produzca bien alguno, y hasta sea causa de sus más acerbos dolores, pero como la lucha siempre es un bien, dando un giro, hallamos que aquel esfuerzo ha producido bienes a otro. En este caso la forma del trabajo es directa. El castigo sólo puede aceptarse como obra del Accidente que altera o impide que el desenvolvimiento de la Vida se efectúe conforme a los principios de la Ley común. El castigo se sale de la Lógica suprema. Debe eliminársele como todas las fatalidades del Accidente. El premio tampoco tiene razón de ser por la misma causa. No hay más que cambiar los términos para observar que, en lo fundamental, el premio es tan ilógico como el castigo. No se puede condenar tampoco a la Vida, invocando los males que produce el dolor. Esto es accidental. Es obra del *Caos*. Y el *Caos* atrás se deja en el movimiento progresivo del Bien. En este progreso se halla, en todo instante, la Ley de infinita compensación, así pre-

sente como futura. Basta saber que hay quien sufre por nosotros para que prospere en nuestro ánimo la doctrina del Bien común contra el propio dolor, sobre todo cuando la idea abarca no sólo el porvenir, pero también el presente y el pasado. No hay que fundar esta Ley del Bien común en la Fe ni en la Religión. Nada de eso. Debe fundarse en la Razón y en la Filosofía. La lucha no es de ningún tiempo determinado. Lo es de todos los tiempos. El Bien se reparte equitativamente entre todos, en cada esfera y en cada momento. Vivir es bueno en todas ocasiones, en plena dicha o en pleno dolor, pero hay que girar para vivir y en el giro está la compensación, y como el giro es vida y movimiento, volvemos al punto de partida; y es que cada trabajo lleva, ya *en sí*, su debida compensación, porque fuera absurdo que el dolor imperase siempre, o que la dicha fuese eterna, siendo éste el único modo de anular la Vida cuya Ley necesaria es de giro y movimiento.

II

Las formas sociales de la Vida en el Mundo en que habitamos, naturalmente no

son perfectas, pero van siéndolo cada vez en mayor grado. Todavía no ha conseguido despojarse la Humanidad del elemento perturbador que, como pesado lastre, dificulta, y estanca a menudo, su progresivo desenvolvimiento. No olvidemos que en el escenario terrestre luchan, a la vez, el Planeta y el Hombre. Hay que hacer armónicas, en lo posible, estas dos existencias, evitando los choques de ambas, hasta encontrar la ponderación más acertada. Esto es el fundamento de la ley de la adaptación, tan admirablemente estudiada por Darwin. El estado progresivo se funda, en cada momento, en que una y otra puedan realizar su destino paralelamente, sin llegar al choque, uniéndose sólo por medio de contrastes.

Cuando el Hombre primitivo se ve obligado a luchar contra el Medio inclemente, toda su actividad se emplea en la defensa de la Vida. Esta es necesariamente indómita y salvaje, pero apenas encuentra estabilidad se extiende, tratando de ensanchar el campo de su acción. La especie humana se asocia por grupos, se esparrama por la superficie de la Tierra. Pero estas irradiaciones sociales se encuentran, y surgen los primeros choques por la defensa o invasión del territorio. Las

condiciones geográficas del Planeta limitan estos avances. Los mares, las montañas y hasta los ríos se ofrecen como lindes que dividen a los hombres en pueblos y naciones, como diques naturales a las oleadas invasoras y parapetos formidables de defensa contra la invasión. La fase de la lucha ha cambiado. El hombre lucha ahora contra el hombre, así como antes luchara contra la Naturaleza.

Determinados aquellos lindes geográficos, aparecen los primeros términos correspondientes a la tercera fase. El ser consciente observa que hay un Poder superior; que el misterio le envuelve por todas partes. No sabe distinguir entre el Accidente y la Ley y se hace supersticioso. Concede honores a la iniquidad. Acepta el privilegio. Establece la propiedad. Cimenta sobre principios supersticiosos la Alquimia, precursora de la Química; la Astrología, precursora de la Astronomía, y la Religión, precursora de la Filosofía fundada en el Bien común, en la forma que ya hemos establecido. Hace un símbolo a semejanza suya y le llama Dios, pero como esta creencia fundamental no la apoya en la Razón, y sí sólo en los sentidos, las formas deístas aparecen interpretadas conforme a los sentimientos diversos.

La Conciencia, aun no despojada del lunar que la afea de invertir la lógica de todos los hechos, cae, en el principio de esta tercera fase, en las aberraciones más estupendas. Las guerras religiosas ensangrientan la Tierra. Se invierten todos los valores humanos. Se concede más consideración al Accidente que a la Ley.

Al través de esta balumba de batallas y errores, la Verdad empieza a vislumbrarse, porque sus relampagueos iluminan a intervalos el fondo obscuro de la conciencia humana. Las ciencias se despojan de su lastre supersticioso. La observación y el análisis substituyen a los dogmas en el método de las investigaciones científicas. El Hombre va comprendiendo la necesidad de abandonar los campos de batalla, substituyendo el choque contra el hombre por el contraste. La lucha debe hacerse interiormente. El Hombre, en vez de luchar contra sus semejantes, debe luchar consigo mismo para elevar su espíritu. En la primera modalidad es esclavo de la Naturaleza, que le impone su indómito poderío. En la segunda modalidad lo es de su Conciencia, y en la tercera fase se reconoce como señor de sí mismo. El Hombre no es libre hasta este momento. El don precioso de la Libertad tiene aquí su

pedestal. El Espíritu impera sobre la Naturaleza. El ser libre lo es sólo cuando posee elementos de disciplina interior, que subordinan todos los actos de su vida al principio del Bien común. Se reintegra la lucha a su verdadero objeto. El Trabajo se impone a todos los asociados. No hay más que aplicar las leyes del Universo a la formación de las sociedades, para que éstas se hallen sabiamente regidas. El Trabajo es la fuente de la vida social. Aplíquense aquí todas las condiciones inherentes a la Vida Universal. Nadie tiene derecho a otro bien que el que le proporciona su trabajo. La finalidad social se halla en el Progreso, o sea en la eliminación por grados del Accidente y en el imperio progresivo de la Ley. Éste es el destino de las sociedades. Así es cómo el Espíritu triunfa de las imposiciones trágicas de la Fatalidad.

CAPÍTULO IX

EL BIEN SOCIAL O POSITIVO

I

NO es posible aplicar a la vida por Involución los términos de armónico contraste que ofrece el desarrollo por evolución. Con semejante posibilidad llegaríamos al Oasis eterno, estancamiento de la felicidad y negación de la Vida... La razón de ser única que tienen todos los hechos, exige que no pueda prescindirse de los choques para realizar el progreso de las sociedades. No se trata de la moral perfecta, sino de la moral que sigue el camino de la perfección, y este camino aparece continuamente interceptado por dificultades y escollos que sólo pueden superarse por medio de otros choques. Así es cómo se hace precisa la violencia en determinados momen-

tos históricos, y ésta es la causa que explica y justifica la necesidad de la Revolución. Ésta, empero, sólo debe aceptarse como un accidente en la marcha y perfeccionamiento de las sociedades. Luego deben aprovecharse, en obras fecundas, los períodos de la Paz.

El plan de gobierno no puede someterse a un sistema de acción sistemáticamente determinado. Tiene que modificarse según lo exija el desarrollo social, cuya ciencia es trunca y no puede fundarse sobre principios prácticamente fijos. Una ley de gobierno que hace la felicidad de un pueblo, por ejemplo, hace la desgracia de otro. La organización y disciplina que en ciertos estados se obtiene, merced a un procedimiento concreto, se traducen en indisciplina y desgobierno al aplicarse a otras sociedades, cuya manera de ser es otra en aquella etapa de su desarrollo. Así es que la Ciencia política se ofrece como la más difícil y enrevesada de las ciencias. Las mejores condiciones de gobierno que dotan felizmente al estadista, estriban en la orientación que éste debe dar a los elementos de progreso, para extraer de ellos el caudal de realidad aplicable que poseen. Aplicar en abstracto a los pueblos los principios filosóficos del Bien, revelaría un desconocimiento total

del modo de ser accidentado que tiene la vida por involución.

No hay que olvidar el origen caótico al cual debemos la existencia. Transcurren muchos siglos antes de que el Hombre se vea libre de la Fatalidad, polo opuesto al de la Libertad. Largos períodos se suceden en pleno reinado del Accidente. La Naturaleza avasalla aquí al Hombre con sus ciclones, tempestades y terremotos, como antes dijimos. No es posible llevarle de un salto a la Libertad. ¿Dónde se halla el elemento de acción intermediario que hace posible la Involución? En la Autoridad. La Autoridad es a la Fatalidad como la Libertad es a la Autoridad. No luchando los hombres contra la Naturaleza, luchan entre sí, imponiéndose la acción colectiva determinada y favorecida por los lindes geográficos. Éste es el origen de las grandes agrupaciones sociales. La acción colectiva sólo puede alcanzarse merced a la influencia de la Autoridad. Ésta se encarna en el prestigio que se otorga al más fuerte. Al guerrero que vence en la batalla. El derecho que no puede tener sanción en la Fatalidad tiene origen autoritario. Rodéase de los prestigios de la superstición religiosa y se hace divino. El despotismo se convierte en razón de estado. Esta

es la Fatalidad que en su involución toma esas formas humanas. Los yerros de la Naturaleza se convierten en yerros de Autoridad. Al ciclón sucede el ejército que invade zonas enteras, llevando por doquier la destrucción y el estrago. Una batalla es un terremoto; más todavía: una tempestad de sangre; pero, así y todo, la Autoridad es necesaria para que se cumpla el destino de los seres humanos y no se lleve a cabo su destrucción total.

En pleno dominio de la Autoridad rasgan el cielo obscuro de la conciencia los resplandores de una hermosa revelación. Es la Libertad que alborea. La Libertad no es enemiga de la Autoridad; por el contrario, tiene que servirse de ella como las fuerzas se sirven de los soportes de resistencia, para que sea posible su giro y movimiento. Aun la Fatalidad tiene abrigo en la conciencia de muchos hombres. La ignorancia, el fanatismo y la superstición se resisten como un lastre pesado al impulso progresivo que conduce a los pueblos por el camino de la Libertad y de la Civilización. La Autoridad se apoya en esos elementos. El Progreso se estanca y estalla la Revolución. Ésta causa estado cuando se impone por la justa derivación de los hechos, mas no cuando se debe al Accidente. En este caso

vuelve a imperar la reacción. Éste es el péndulo que rige, con un vaivén más o menos accidentado, la marcha de los pueblos. A todo exceso de Autoridad corresponde otro de Libertad. Y a la inversa, a todo exceso de Libertad se impone otro de Autoridad.

II

Mirando al Porvenir, éste nos ofrece sus rosadas auroras, mas no hay que olvidar las negruras del Pasado para deducir la realidad, posible bienhechora que conviene al Presente.

Hay muchos pensadores ilustres que creen, de buena fe, que el problema del Mal se resuelve extrayendo la quinta esencia del Bien puro, derramándola, luego, como un bálsamo sobre los males que sufre la Humanidad. Válgales su intención generosa. Toda solución se resuelve por los datos que la componen y no por el modo de ser de aquellos que tratan de resolverla. Es mucho más fácil cuajar las páginas de un libro de ideas altruistas que adaptar una cualquiera de ellas a la vida social. Por manera que, en vez de deducir del Bien puro la quinta esencia, hay que extraer sólo la parte asimilable o positiva, capaz de hacer la

dicha de los pueblos. Esta es la Ley de todo buen gobierno, y esta es la regla difícil, porque el timón tienen que manejarlo los hombres, cargados de errores y prejuicios, cuyas pasiones personales se sobreponen al objeto que deben realizar. En este caso se complica el problema; se desvía la cuestión. El gobierno del Pueblo se confía a los gobernantes. ¿Y qué ha de ocurrir si los gobernantes necesitan gobierno? Estos se vinculan, no con el alma de la Nación, sino con los elementos que les son personalmente afines. La función no realiza el Bien Público, sino el bien de los favorecidos. Se entronizan el privilegio y la injusticia, y la violencia se impone de nuevo como un medio necesario para poner término a semejante situación. Claramente se advierte que el Mal no se evita aplicándole ninguna de las esencias del Bien puro. No se trata aquí de bálsamos, sino de cáusticos. La Sociedad padece males que son como los que produce al cuerpo la Naturaleza, y exige toda clase de remedios, hasta la aplicación dolorosa del cauterio.

Emítense apreciaciones equivocadas sobre el modo que mejor realiza la perfección y progreso de las Sociedades. En general no se trata de que avancen los elementos que están en progresivo desarrollo. Este es un error co-

mún. La política es un arte. El escultor hace modular a la piedra para que ofrezca la forma bella. El arte de la Política consiste también en hacer modular al contingente de masa social que se petrifica, sirviendo de obstáculo para que se lleve a cabo el movimiento progresivo. Si adelantan unos y se estancan otros, el Bien público deseado no se produce. Por el contrario, se acentúan los choques y se hace el equilibrio más forzado y penoso. Tienen que moverse todos, aunque conservando sus iniciales impulsivas de origen. Los impacientes y generosos con el afán de avanzar mucho. Los rezagados, avanzando, pero resistiéndose al empuje. La Autoridad ocupa el término medio, constituyéndose en el fiel de la balanza compuesta de tan contrarios platillos. El punto de apoyo que hace el equilibrio se halla en vaivén constante, corriéndose en opuestas direcciones de un extremo a otro del brazo de dicha balanza, en solicitud de la ponderación más justa y equitativa. He aquí una Ley práctica de buen gobierno.

Otro de los errores vulgares consiste en la creencia, muy generalizada, de que el Progreso lo hacen sólo los gobernantes y no los gobernados, como si el interés de llegar al Bien positivo sólo radicase en aquéllos exclu-

objeto de que se opere el nuevo alumbramiento del Espíritu que en la Materia dormita, como dijo el Filósofo.

La Revolución es como el Caos en los primeros momentos. No hay que culparla de los estragos que produce. El choque es necesario para fraccionar el duro bloque, la pesada mole, en partes que no ofrezcan tan grave resistencia como el conjunto. Este es un trabajo doloroso, pero inevitable. Volviendo al ejemplo de la estatua, el escultor, provisto de cincel y martillo, al dar comienzo a la tarea, ¿qué hace? Golpear con toda su fuerza a la piedra de mármol, haciéndola saltar a grandes pedazos. Este es el período álgido de la revolución. Tal violencia va modulando poco a poco. Los golpes se suavizan a medida que avanza la labor y toma perfiles la estatua, hasta que, al fin, el contacto del cincel sobre la piedra parece una caricia. ¿Cuándo cesa el trabajo? Cuando el choque se ha convertido en contraste. La fuerza viva del Espíritu, que funciona a la directa, se ha impuesto a la Materia, que actúa a la inversa, como cuerpo de resistencia. La paz y la armonía se han restablecido. De este ejemplo se deriva la necesidad de la revolución, que empieza haciendo estragos y acaba estableciendo un nuevo pe-

ríodo de paz y progreso para el porvenir y dicha de los pueblos.

III

Toda doctrina de debilidad debe desecharse por completo. Cuantas soluciones afectan al bien positivo se fundan en la Fuerza, siendo ésta de distintos órdenes en consonancia con la índole del problema en solución. Desde la fuerza armada a la fuerza inteligente o de pura propaganda doctrinal. Lo peor de todo es que quede el Bien indefenso, pugnando este principio con el de la irrisistencia al Mal, que tiene su origen en el altruismo exagerado y romántico de algunas almas en extremo piadosas. Esta doctrina de la irrisistencia al Mal puede calificarse de doctrina de debilidad, contraria de todo punto a las energías que favorecen el desarrollo y práctica del Bien. Se contradicen los términos lógicos de la cuestión de un modo lamentable... ¿Para qué se quiere la irrisistencia al Mal? Para llegar al Bien más positivamente. Así lo afirman los partidarios que se declaran perfectos bienhechores de la Humanidad. En tal caso se destruye el fundamento de la Lucha. Pero la Lu-

cha es un Bien... luego hay que luchar contra el Mal en justa oposición a los dos extremos que abarca el problema.

No puede negarse que la Lucha es un bien, y que éste es necesario para que la Vida no carezca de objeto. ¿Y si no luchamos contra el Mal, contra quién hemos de dirigir nuestros esfuerzos? El Bien es el producto del trabajo, y el premio que el trabajo proporciona se halla cifrado en el Bien. No es posible salir de este giro racional de las ideas. Además debemos tomar ejemplo de las obras que realiza Dios, cuyo poder interno actúa en todo caso como causa determinante. Dios combate al Mal porque éste proviene de la fatalidad y de la fuerza ciega de la Materia. Él es el primero en emplear la violencia, haciendo que choquen las moles erráticas. Se ofrece a la contemplación de nuestro espíritu como el primer luchador. Selecciona a los organismos débiles. Obliga a que caigan los vencidos en la lucha contra la Naturaleza. Desea, no que vivan muchos, sino aquellos solamente para quienes la vida resulta un bien; de modo que su Ley se separa completamente de esas doctrinas de debilidad que acabarían por convertir el Mundo en un hospital de enfermos, viciosos y degenerados. Así es que el imperio

de la Ley debe ser ejercido con mano vigorosa y fuerte, y no con mano débil, al revés de lo que opinan los altruistas exagerados.

Estamos ya en el fondo del problema. La Fuerza es necesaria para regir a las sociedades, pero ésta ha de hallarse siempre al servicio de la Justicia. Por eso Dios, que es el más fuerte, es también el más justo. Lo que hay es que la Fuerza tiene malas aplicaciones. Sirve muchas veces para entronizar al ambicioso: da alientos al privilegio; ampara las riquezas sin revistar su origen... Deja indefensos a los desheredados de todas las fortunas, etc., etc. En semejante caso la Fuerza se desconceptúa, no porque sea mala, sino porque se pone al servicio de malas causas.

En este reino de la injusticia crecen como flores benéficas la Caridad y la Misericordia... Las almas, verdaderamente cristianas, se percatan de que hay desvalidos a quienes socorrer, pobres que se ven desamparados en semejante reino. Esta doctrina de Caridad y Misericordia tiene carácter accidental. Su valor es relativo. En el imperio de la Fuerza consagrada a la Justicia, la Caridad y la Misericordia no tienen ejercicio. Fuera de un injusto reino sólo sirven de moral superflua. El hombre no necesita ser misericordioso siendo justo.

La caridad de un asociado en favor de otro supone, inmediatamente, que el necesitado de ella es objeto de una arbitrariedad o una injusticia y que el Bien público no es común. En tal caso la Ley está en deuda con aquel individuo. Bien que otro le ampare, mas no a título de caridad, sino de obligación justa y precisa, doliéndose de tener que cumplirla y pidiendo la conmiseración del ser desgraciado. Dios no es caritativo. Es sencillamente justo. La Caridad no hace falta en el Reino de la Justicia. Dando un giro volvemos al Bien positivo. El Reino de la Justicia sólo puede hallarse en la suma perfección, no en el perfeccionamiento; de modo que la Caridad tiene que aceptarse como un elemento necesario para llegar al equilibrio, o sea al Bien social.

IV

Repudiamos los actos caritativos cuando la Piedad no es el sentimiento motor de la Caridad. Sólo cuando hacemos filosofía del Bien se puede hacer justicia sintiendo piedad. El Médico tiene que amputar el miembro gangrenado. Hace un bien, y, por consiguiente, es justo. Esto no empece para que el enfermo le

inspire una profunda conmiseración; pero si la Piedad, exaltándose en su alma, detuviera su brazo, entonces no obraría en justicia. Sería un mal médico. ¿Qué se deduce de este caso? Que hasta el sentimiento de la Piedad, don de las almas exquisitas y tiernas, halla su límite en el imperio necesario de la justicia relativa. El sentimiento de la Piedad se invierte en el ejemplo que hemos citado. El médico, operando, es piadoso, y por el contrario, fuera un acto impío dejar que la gangrena acabase con la existencia del enfermo. La operación es dolorosa. No puede evitarse el dolor inherente a todas las luchas que se establecen para llegar hasta el Bien. La Justicia, como antes dijimos, tiene que ser fuerte. Situada entre dos males, opta siempre por el mal menor. El propio sentimiento de la Piedad se ve precisado a ser fuerte, produciendo grandes dolores.

Estas inversiones y giros de los sentimientos débense al modo de ser de la Vida por involución, donde todo viene mezclado y confuso desde el Caos. Si nos situamos en el origen de la ley Filosófica, punto de partida de la Vida por Evolución, desaparecen estos desórdenes. Allí el problema del Mal no existe. El Bien primitivo es puramente abstracto,

como semilla cuyos frutos derraman bienes y dulzuras por todas partes. Mas luego este germen se siembra en tierra removida por tempestades y ciclones, donde el Mal tiene su asiento, y aquella semilla ya no produce tan hermosos frutos. Se hace particular y relativa: tiene que adaptarse a cada ocasión y a cada individuo, y por esto se da el caso de que las flores del Bien resulten muchas veces dolorosas. Aquí está el objeto de la lucha contra el Mal para que resulte un Bien. La irresistencia es una doctrina absurda y malsana, siendo, además, contraproducente, porque deja indefenso al Bien. Es la doctrina de la debilidad de los espíritus, como si dijéramos, de los enfermos del alma.

El campo de mayor florecimiento de los sentimientos de la Piedad se halla en el imperio máximo de la Injusticia. Donde la Maldad se prodiga, abundan también aquellas flores de bendición. Los tiranos no pueden impedir que latan los corazones, aunque los arroje a las fieras para que los despedacen. Un hombre produce un mal a otro. Le compadece un tercero y lo remedia. Lo mejor fuera que no se produjese el daño, pero esto no es posible porque no son buenos todos los hombres, y no lo son por su culpa, sino por-

que el Mal constituye la característica de la existencia, que es común a todos en semejante giro de involución. De manera que el Bien, para que resulte provechoso, tiene que proporcionarse conforme al término de adaptación que pueda tener con la oportunidad y la realidad. Lo mismo ocurre con la Ciencia Política, y con todas las ciencias cuya aplicación se funda en el dato real y positivo.

En el fondo la Moral, dentro de su carácter filosófico, sigue siendo la misma; pero como no es la Humanidad la que tiene que adaptarse de súbito a la Ley del Bien puro, sino que, por el contrario, es el Bien puro quien debe realizar las modulaciones necesarias para adaptarse a la Humanidad, hasta el procedimiento de aplicación de la moral cristiana se ha pervertido, teniendo que amoldarse a la realidad histórica y al modo de ser de la moral humana, que también involuciona.

Aquel movimiento de piedad, que tantos mártires produjo en los primeros tiempos del cristianismo, es una confirmación plena de las verdades que exponemos. A máxima injusticia, máximo sentimiento de piedad. La doctrina de Jesús no fué como la semilla que brota en campo florido, sino en terreno árido y seco, lleno de espinas. La Autoridad se hallaba en

pleno ejercicio. Era aquél el tiempo de los Césares, que degeneraban en tiranos. La diferenciación entre la doctrina piadosa y los actos de la tiranía había llegado a su grado máximo. El choque fué inevitable... La arena de los circos romanos se enrojeció con la sangre de los mártires. Ocurrió con el Cristianismo lo mismo que con todas las derivaciones del Bien cuando se trata de adaptarlo a la realidad en forma que no es asimilable según antes observamos. Produjo desgracias y dolores sin cuento, mas no ha logrado arraigar en las leyes prácticas. No ha conseguido hacer mejores a los hombres. ¿Por qué razón? Porque no está dentro de la Naturaleza humana. Es una luz que brilla desde muy lejos. Faro salvador de las almas separadas del cuerpo, no ha sabido adaptarse al orden científico de la Vida; por el contrario, lo ha perturbado, dando ocasión al misticismo Tolstoyano de la irresistencia al Mal, que es una doctrina profundamente perturbadora.

V

En todo tiempo las luchas se fundan en una razón de ser única, la cual constituye su

Ley. Los hombres no son mejores porque no pueden serlo. La involución de la Bondad no puede realizarse sin términos propicios de desarrollo. Compréndase que no es posible que el hombre sea altruista y generoso en la guerra..., ni que sea piadoso hasta poner la mejilla izquierda a disposición del que le abofetea la derecha. El mejor camino para llegar al Bien de todos es el que conduce a la supresión de la guerra y de la bofetada, mas para este caso aquella moral ya no sirve. Queremos decir con esto que la involución de la Bondad depende de la involución total de la Vida, hallándose comprendidos todos los progresos no sólo ya del Espíritu humano, sino hasta de los que realiza en su involución el Planeta, con objeto de dar mejor hospitalidad al Hombre. La santidad no es práctica en la lucha por la existencia, dentro de las actuales condiciones en que ésta se desenvuelve. De manera que los santos hacen bien en poner muros de piedra entre ellos y los luchadores, ya que su función es innecesaria como no sea también perturbadora y opuesta al giro de acción y movimiento del Bien positivo.

No afirmamos, tampoco, que la involución deba alcanzar, por igual, en todo momento y

ocasión, a cuantos elementos de vida la integran. No constituye el progreso humano una línea recta. Se desenvuelve por líneas mixtas y muy tortuosas; pero estas formas de desigualdad van constituyendo períodos transitivos, hasta que se determinan las ecuaciones de igualdad. Por virtud de estos irremediables vaivenes no pueden aplicarse, tampoco, por igual, a todos los pueblos los mismos códigos de Justicia, ni las mismas prácticas de gobierno; pero sí afirmamos que en cada período del desarrollo, el progreso que se obtiene depende del que a su vez han tenido que realizar otros elementos progresivos, ligados todos como están a la medula que los une entre sí. Pretender que el Hombre mejore en sus condiciones de bondad y moralidad, ennegrecido por el humo de la pólvora que se inflama en los campos de batalla, es un absurdo. El Hombre *en sí* no es malo como muchos suponen. Si así fuera, sería una utopía la esperanza de mejoramiento. El Hombre es bueno *en sí*, pero no se mejoran sus condiciones a virtud de predicaciones cristianas de carácter ético puramente, sino modificando, a la vez, la naturaleza del ambiente que le rodea, haciendo, por medio de las aplicaciones positivas del Bien, que ya

pueden contenerse dentro de la ciencia Política, que se modifiquen las causas productoras de la guerra, con arbitrajes inteligentes cuando se agote toda esperanza de arreglo por medio de la vía diplomática. He aquí las concreciones que debe tomar el bien colectivo.

Cuanto a las acciones individuales, ¿cómo se subordinan éstas a los principios abstractos para que influyan en la Voluntad y dejen de practicarse actos malos. Elevando la fuerza del Espíritu. Haciendo que la Razón intervenga en todos los conflictos. ¿Y cómo? Otorgándola los prestigios que merece. Siempre resulta que la acción progresiva tiene que ser simultánea. No se suprimen las guerras si no se eleva el grado de civilización de los pueblos. Esta es la obra común de gobernados y gobernantes. El momento decisivo en que la realización de un progreso causa estado, no se funda en la cultura que alcanza un individuo ni otros muchos, sino en la de todos, aunque sea con más bajo nivel. El hecho se impone entonces porque ya impera en la conciencia pública. ¿Quién duda que hay hombres excelentes, de conducta intachable, corazones bondadosos, almas generosas?... Esto no obstante dícese que el Hombre, como ser

moral, adelanta muy poco. La razón estriba en que la moral positiva tiene carácter colectivo y se encamina al bien de todos, y no al de uno solo o de muchos, y sus términos progresivos dependen de una concurrencia, de causas y hechos que afectan a toda la vida social.

VI

La Fatalidad obra de un modo que es contrario a la libertad del Espíritu; pero hay que ingresarla como un dato que no puede eliminarse en el problema del Bien. ¿Dónde se halla el fundamento del Progreso? En el giro de la Vida, que tiende paulatinamente a establecer el imperio del Bien sobre el Mal, o sea de la Ley sobre el Accidente. La Fatalidad tiene ciertas imposiciones inevitables. No hay, entonces, que batallar abiertamente contra ellas. Fuerza es aceptarlas como son, para deducir la mejor regla de conducta, que consiste en aminorar los daños que produce con frecuencia hasta lograr la impunidad completa para tales imposiciones. No hay que confiar en la Ley filosófica ni en el milagro absurdo para evitar los naufragios en días de tempestad, sino en las condiciones marinerías del

barco que conduce a los navegantes... En la firmeza y segura rotación de la hélice... En un buen timón y, sobre todo, en la pericia del piloto que guía la nave. Los males que produce el siniestro marítimo son lecciones que sirven para que el Hombre aprenda a navegar. Dolorosas son las pérdidas que se experimentan, mas ya dijimos, en otra parte, que el Dolor es el gran Pedagogo de la Vida. Proporciona los datos o factores que dan constitución al gran problema y no puede eliminarse. Dios no quiere que el barco se sumerja. Lo que quiere es que, con tales lecciones, se eleve el exponente de la inteligencia humana, y eso es lo que consigue. De manera que la voluntad humana se halla de acuerdo con la Voluntad divina. La borrasca en los mares tampoco es ociosa. Realiza una misión y no hay rezos ni oraciones que puedan mitigarla. Los progresos de la navegación, al fin, se imponen sobre toda fatalidad evitable. ¿Y qué resulta? Que el Mar y los hombres realizan cada cual su objeto, disminuyéndose, hasta un grado mínimo, los males que provienen de la Fatalidad hasta convertirse en un Bien para todos.

En todo caso adviértese que el barco tiene que cruzar los mares bien dotado de cuantos

elementos de lucha se deben al perfeccionamiento de las ciencias concurrentes. Si nos atenemos en abstracto a las excelencias del Bien puro que remedian todo daño y dolor, y con esta idea de que, siendo buenos nada malo puede sucedernos, tomamos pasaje en una embarcación de malas condiciones, estamos perdidos irremisiblemente por poca violencia que traiga la tempestad. Por este ejemplo, que es de algún apremio, se confirman nuestras verdades anteriores. Hay que deducir del Bien puro o de la Ley filosófica las otras leyes de derivación aplicables a las luchas con concreciones salvadoras que aseguren la vida de los tripulantes. No es que la Ley de origen sea mala. La Ley nunca es mala, pero obra sólo como causa determinante. Ahora hay que poner trabajo para llegar a las determinaciones que, en involución más o menos progresiva, más altas o más bajas, según el signo de elevación del Espíritu, ponen al servicio del Hombre los medios que éste necesita para llevar a la práctica los dones fecundos que proporciona el Progreso.

Por eso, si se le dice a un hombre: «Has de ser feliz con la moral cristiana», resulta que aquel hombre no es feliz si además no posee

los bienes positivos que hacen la Felicidad. Hay ricos muy adinerados, que gozan de cuantas dulzuras y regalos proporciona el dinero, que creen de buena fe que la dicha que disfrutan se debe a sus convicciones religiosas. Esto no es decir que no haya también pobres dichosos, pero son muy contados aquellos otros que, pasando mil privaciones y miserias, encuentran su áncora de salvación en la idea pura de la moral cristiana. Caso de que exista alguno debe ser considerado como una excepción muy rigurosa de la regla general. Lo positivo es que ocurra en este caso lo que ocurre en el ejemplo del barco de que antes hicimos mérito.

La Felicidad tiene también sus Leyes puras. Ya sabemos cómo ha de ser la Dicha en abstracto, pero no se trata de esta dicha, sino de aquella otra que sea adaptable al mayor número. Hay hombre feliz que es un monstruo, y citamos este caso para demostrar la realidad que tiene el concepto. Lo que hace la felicidad de unos puede ser causa de la infelicidad de otros. Dícese que el hombre que menos sabe y cuyos sentimientos se revisitan de la menor delicadeza, es el más dichoso. Esta es una vulgarísima apreciación de la razón de ser que tienen los hechos. Por ese ca-

mino la piedra podría servirnos de emblema de la Felicidad. Si se suprimen las fuerzas activas para disfrutar de los bienes que la Vida proporciona, ¿cómo ¡miles de diablos!, que diría Darwin, se puede llegar al logro y satisfacción de semejantes bienes? Si se restan las delicias que produce el arte... Si se niegan los encantos del saber... La magia que proporciona al Espíritu el descubrimiento científico... La inefable ventura de socorrer al necesitado y de consolar al triste... y hay que renunciar al perfume de la rosa porque tiene algunas espinas... ¿qué queda? El alma inactiva, y, por lo tanto, incapaz para disfrutar de la verdadera felicidad.

Por cuantos senderos dirigimos la investigación nos encontramos con la imagen augusta y severa de la Verdad que sustentamos. La Felicidad tiene que concretarse. No consiste en la dicha de uno ni en la de otro, sino en la del mayor número, y si es posible en la de todos. Esta es la definición, que puede servir también de definición del Bien y la Moral. Aquella dicha concreta que mejor se adapte a la naturaleza humana y a la vida social en cada uno de los períodos de su involución, constituye el mayor grado de felicidad que puede apetecerse.

VII

Ordinariamente se confunden el Placer, la Felicidad y el Bien. Hay que hacer el deslinde para deducir nuevas enseñanzas. El Placer es más individual que los otros dos elementos de la Dicha. Se obtiene por medio de actos que pueden ser exclusivamente fisiológicos. No es justa la idea de considerar a un hombre feliz sólo por esto. Para serlo verdaderamente, el placer tiene que involucionar hasta el Espíritu. Hay que ingresar en la ecuación elementos que ya son de orden psíquico. El Placer se eleva y entonces ya puede llamarse Felicidad. Observemos, ahora, que la modalidad se extiende. Establece una tónica que comprende a elementos de gran generalización. Para el placer fisiológico el Hombre se aísla en algunos casos. En el deleite que proporciona la audición orquestal de una pieza inspirada de música, por ejemplo, el carácter de la dicha que se obtiene es más general. El placer se hace colectivo. Hay reunión de músicos. Necesítase del concierto mutuo y colectivo para producir la obra de arte. Puede también un individuo sentir el goce inefable de

la Música cultivando un instrumento, pero el desarrollo de este placer semi-espiritual requiere el concurso de ciertas colectividades. De este modo el Placer se generaliza. Ya pertenece a muchos y no a uno solo exclusivamente, como queríamos demostrar. A esto se le llama Felicidad.

Siguiendo este orden de involución, el Bien tampoco puede decirse que se encuentra en la felicidad que experimentan ciertos individuos, quienes se poseen de determinadas predilecciones por el Arte en sus varios modos de ser. Hay que ingresar en la ecuación cuantos elementos espirituales pueden reunirse para hacer la dicha de todos en lo posible. La modalidad se extiende por completo hasta alcanzar sus grados superiores. Las diferencias particulares ya no se hacen tan ostensibles. La generalidad en la satisfacción se impone. El goce más alto y exquisito se encuentra en la dicha que se experimenta, no por la propia, sino también por la ajena felicidad. Este es el Bien.

Por todo lo expuesto se demuestra que el Bien, como la Felicidad y el Placer, son orgánicos, ya que tienen que adaptarse a los organismos, siguiendo la Ley de que todo cuanto pertenece a la vida orgánica, debe ser orga-

nizado. Por esta causa la organización del Bien no es la misma en todos los casos, conforme ya expusimos.

La Moral también es adaptable, pero se sobrepone a todos los elementos de la Dicha, constituyendo la que pudiéramos llamar su Higiene. Viene a ser como el régimen que debe seguirse para llegar hasta el Bien, abarcando los dos órdenes impuestos por la Naturaleza humana: el espiritual y el sentimental. Siendo el alma, como es, orgánica, la Moral tiene también que serlo, pero en el fondo persevera su esencia de infinito origen. La Religión dice al Hombre: sé bueno y justo para alcanzar la Gloria eterna. La Moral pura le dice: sé justo y bueno por ley de justicia y don de bondad. Más concisamente...: sé bueno para ser bueno. Este concepto del Bien superior pertenece a la Filosofía, de donde se deriva la Religión verdadera.

ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
CAPÍTULO I. — FALTA DE BUEN EQUILIBRIO ENTRE LA VIDA FÍSICA, LA VEGETAL Y LA ANIMAL	7
CAPÍTULO II. — REVELACIÓN DEL DESTINO DE LOS SERES POR SUS FUNCIONES NATURALES.	25
CAPÍTULO III. — CAUSA PRIMORDIAL DE LAS ENFERMEDADES	47
CAPÍTULO IV. — LAS FUENTES DEL MAL.	75
CAPÍTULO V. — LA SOLUCIÓN DEL PROBLEMA	91
CAPÍTULO VI. — SOLIDARIDAD DE LA HIGIENE Y LA ÉTICA.	129
CAPÍTULO VII. — EL MAL POR LAS IDEAS ESTANCADAS.	147
CAPÍTULO VIII. — EL BIEN PURO O FILOSÓFICO	161
CAPÍTULO IX. — EL BIEN SOCIAL Y POSITIVO	173

ERRATA

En la página 159, línea 19, se lee: *Un faro luminoso*, y debe leerse *un faro intensamente luminoso*.

Revolución de las ideas en el Arte, la Ciencia y la Filosofía

PUBLICADO

Libro I ORIGEN DEL MAL.

EN PRENSA

> II. TEORÍA DEL ARTE.

EN PREPARACIÓN

> III EL PLAN DE LA CREACIÓN.

> IV LA LUZ.

> V. EL UNIVERSO EN EVOLUCIÓN.

> VI FORMACIÓN DE LOS MUNDOS.

> VII EL UNIVERSO EN INVOLUCIÓN.

> VIII. FORMACIÓN DEL HOMBRE.

> IX TEORÍA DEL CONOCIMIENTO.

> X. GENEALOGÍA DE LAS LEYES
UNIVERSALES.

> XI GENIOS DE LA FILOSOFÍA.

(Sigue la serie)

**Revolución de las ideas en el Arte, la Ciencia
y la Filosofía**

PUBLICADO

Libro I ORIGEN DEL MAL. 2 ptas.

EN PRENSA

> II. TEORÍA DEL ARTE.

EN PREPARACIÓN

> III EL PLAN DE LA CREACIÓN.

> IV LA LUZ.

> V. EL UNIVERSO EN EVOLUCIÓN.

> VI FORMACIÓN DE LOS MUNDOS.

> VII EL UNIVERSO EN INVOLUCIÓN.

> VIII. FORMACIÓN DEL HOMBRE.

> IX TEORÍA DEL CONOCIMIENTO.

> X. GENEALOGÍA DE LAS LEYES
UNIVERSALES.

> XI GENIOS DE LA FILOSOFÍA.

(Sigue la serie)